

REFLEXIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO

San Alfonso M.^a de Ligorio

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.354-2012

ISBN: 978-84-7770-071-5

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España / Printed in Spain



San Alfonso M^a de Ligorio,
Doctor de la Iglesia

PROLOGO

Resumen bibliográfico de San Alfonso M.^a de Ligorio

Nació en Nápoles el 27 de septiembre de 1697 y murió a la edad de 91 años en 1787.

A los pocos días de nacer, un siervo de Dios, San Francisco de Jerónimo, cogiéndolo en brazos exclamó en tono profético: «Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Dios».

Estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero el Señor que lo quería para su servicio permitió su primer fracaso en un pleito dependiendo al Duque de Orsine. Entonces fue cuando Alfonso desengañado de las falacias del mundo tomó la seria resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios.

«A todos los obliga por igual el precepto del amor, y, precisamente, la verdadera santidad consiste en el amor a Jesucristo, nuestro soberano Bien, nuestro Redentor y nuestro Dios». Así escribía el Santo y a esto encaminó por completo su vida entera. El celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fué el primer misionero,

recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humilde, resuelto, inflamado de amor a Dios y a las almas que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito, en la catequesis a los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Su celo por la salvación de las almas que tan caras habían costado al Redentor le hacía no contentarse con que le oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan por su popularidad Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo Sacramento, La Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma, Las Reflexiones sobre la Pasión de N. S. Jesucristo, La Preparación para la Muerte, y El Gran Medio de la Oración.

En la «Civiltà Cattolica» se dice que San Alfonso M.^a de Liguori «sobrepasa con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia».

Entre todos los innumerables santos que han

prestigiado la Iglesia solamente 32 han sido honrados con este glorioso título.

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? ¿Qué pretende nuestra madre la Iglesia al honrar a ciertos santos con este glorioso título? Lo que significa y lo que pretende la Santa Iglesia al honrar a ciertos santos con esta distinción, no es más que tratar de garantizarnos su doctrina manifestándonos que sus escritos tienen la plena aprobación de la Iglesia. Un santo significa un héroe en la virtud y en el amor de Dios, y un doctor de la Iglesia significa un maestro de doctrina segura a quien podemos seguir con plena seguridad.

Entre los 32 doctores de la Iglesia hay tres que se destacan entre todos por su sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: En la edad antigua o primeros años del cristianismo San Agustín; en la edad media Santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna San Alfonso M.^a de Liguorio.

San Alfonso fué un entusiasta de Santa Teresa de Jesús a quien llama su *abogada* y *maestra*. Como veremos, la cita continuamente en sus obras. Para San Alfonso M.^a de Liguorio, después de las Sagradas Escrituras nada era tan importante como la doctrina de Santa Teresa a quien amaba, admiraba e imitaba. Por su parte, Santa Teresa escribió algo que nosotros podemos muy bien aplicar a San Alfonso. Dice la Santa: «Aquellos libros cuyos autores no eran muy autorizados no me gustaba leer». Y ¿qué autor más autorizado que S. Alfonso Doctor de la Iglesia a quien se le denomina: «*Doctor Celosísimo*», «*Escritor Inspirado*», «*Martillo de Herejes*», «*Príncipe de*

Moralistas», «Patrono de Confesores» y «Maestro de Santidad», etc. etc.?

Dos razones tenemos muy especiales para confiar plenamente en la doctrina de San Alfonso. La primera es por razón de su santidad. Según él, un santo no puede menos de decir claramente la verdad.

Ha habido autores que han dicho que ciertas expresiones de alabanza que algunos santos dirigieron a la Virgen, eran exageraciones que no podían tomarse a la letra ni aceptar su significado. A esto responde el Santo: «El exagerar las cosas o usar hipérboles es ir contra la verdad, lo cual no hicieron los santos que hablaron con el espíritu de Dios que es espíritu de verdad» (Glorias de María).

La segunda razón para seguir al santo es su sabiduría, aprobada y recomendada por la Iglesia al concederle el honroso título de Doctor.

Ya en vida, cuando al papa Benedicto XIV le consultaban algún problema difícil aconsejaba seguir el consejo del P. Alfonso de Ligorio. Los elogios que los siguientes papas, cardenales, obispos y escritores han hecho de San Ligorio en estos últimos siglos son innumerables y no pueden ser más elogiosos, como pueden verse en el c. 2 del «*Acta Doctoratus*». Razón tuvo, pues, S. S. Gregorio XVI para afirmar que todos pueden seguir con paso firme y seguro los caminos literarios de la doctrina alfonsiana que con paso firme nos encamina de la tierra al cielo (Bula de Canonización).

San Alfonso no era un autor que escribiera corriendo y a la ligera. El mismo confesaba: «En cada libro suelo trabajar el doble que los demás escritores, por-

que me gusta documentarme bien de cuantos autores tengo a mano». «En este esfuerzo del Santo —dice un autor— estriba nuestro descanso, y en este su afán, nuestra seguridad, porque en esta preocupación de exponer la más aquilatada doctrina está la tranquilidad de nuestra conciencia».

Dice San Alfonso en su obra «La Selva» que una sola palabra de un santo suele hacer mucho más bien a las almas que un largo discurso de un sacerdote corriente. Pues ya que en vida de ellos no sabemos cuáles son santos, aprovechémonos de sus escritos que harán muchísimo bien a nuestras almas. Elijamos siempre para leer libros de autores santos, y principalmente santos de la talla de San Alfonso, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, etc. porque estos además de su santidad, tenemos la seguridad que nuestra madre la Iglesia nos da de su doctrina al haberlos honrado con el glorioso título de *Doctores de la Iglesia*.

Muchos se preguntarán por qué hemos suprimido en este libro las notas que llevan otras ediciones. La razón es triple: 1.^a, que el noventa por ciento de los lectores no leen ni le interesan las notas, 2.^a, que para aquellos pocos que le interesen ya existen otras ediciones, y 3.^a, que al suprimirlas se abarata el libro un 25 por ciento y se consigue una edición más popular.

Relación de obras de San Alfonso M.^a de Liguorio que pueden pedirse a nuestra Editorial:

Práctica de Amor a Jesucristo

Preparación para la Muerte

El Gran Medio de la Oración

Las Glorias de María, 1.^a Parte

Las Glorias de Maris, 2.ª Parte
El Amor del Alma
La Santidad Sacerdotal (La Selva)
Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo
Conformidad con la Voluntad de Dios
Visitas al Santísimo Sacramento
y la Vida de San Alfonso M.ª de Liguorio

INTRODUCCIÓN

Cuán agradable sea a Jesucristo que meditemos frecuentemente su pasión y la muerte ignominiosa que padeció por nosotros, bien se echa de ver en la institución del santísimo Sacramento del altar, que dejó en su Iglesia como monumento para que siempre viviera en nosotros la memoria del amor que nos tuvo, sacrificándose en la cruz por nuestra salvación. Sabemos que en la noche anterior a su muerte instituyó este sacramento de amor, y después de haber distribuido su cuerpo a los discípulos, les dijo, y en ellos nos dijo a todos nosotros, que al recibir la sagrada comunión nos recordásemos de lo que padeció por nosotros. Por eso la santa Iglesia ordena al celebrante que en la misa, después de la consagración, diga en nombre de Jesucristo: *Siempre que hicieréis esto, hacedlo en memoria de mí*. Y el angelico Santo Tomás escribe «que, para que se conservara entre nosotros la memoria de tan grande beneficio, nos dejó su cuerpo para que lo tomáramos en alimento. Y continúa el Santo diciendo que por este sacramento se conserva la memoria del inmenso amor que Jesucristo nos patentizó en su pasión.

Si alguien hubiera padecido por un amigo injurias y heridas, y supiera luego que el amigo, al oír hablar de lo acontecido, no quisiera recordarlo, y cuando se le recordara, dijese: «¡Hablemos de otra cosa!», ¡qué pena sentiría aquél al ver el olvido del ingrato! Por el contrario, ¡qué consuelo experimentaría al cerciorarse de qué amigo profesaba testimoniarle eterna grati-

tud y que siempre le recordaba, hablando de él con ternura y sollozos! De ahí que todos los santos, conocedores del gusto que proporciona a Jesucristo el evocar a menudo su pasión, se hayan preocupado en meditar casi de continuo los dolores y desprecios que padeció el amabilísimo Redentor durante la vida y especialmente en la muerte. Escribe San Agustín que no hay nada tan provechoso al alma como meditar diariamente la pasión del Señor. Reveló Dios a un santo anacoreta que no hay ejercicio más apto para inflamar los corazones en el divino amor como el pensar en la muerte de Jesucristo. Y a Santa Gertrudis le reveló, como atestigua Luis de Blois, que quien mira devotamente el Crucifijo, siempre que le mira es mirado por Jesús con amor. Añade el mismo autor que el considerar o leer cualquier cosa acerca de la pasión reporta más bien que otro cualquiera ejercicio devoto. Por eso escribía San Buenaventura: «¡Oh amable pasión, que divinizas al alma que en ti medita!» Y, hablando de las llagas del Crucifijo, las llamó llagas que hieren los más duros corazones e inflaman a las almas más frías en el amor divino.

Cuéntase en la vida del Beato Bernardo de Corleón, capuchino, que, deseosos sus hermanos en religión de enseñarle a leer, fue a consultarlo con el Crucifijo, y le respondió el Señor: «¿Para qué lecturas? ¿Para qué libros? Tu libro quiero ser yo crucificado, en quien leerás el amor que te he tenido». Jesucristo crucificado era también el libro predilecto de San Felipe Benicio, por lo que, al morir, pidió el Santo le dieran su libro, y quienes le asistían dudaban qué libro darle; pero su confidente, Fr. Ubaldo, le dio la imagen de Jesús crucificado, y entonces exclamó el Santo: «Este es mi libro», y besando las sagradas llagas, exhaló su bendita alma.

En mis obritas espirituales hablé repetidas veces de la pasión de Jesucristo; con todo, creo no estará de más añadir aquí, para utilidad de las almas fervorosas, muchas otras cosas y reflexiones que he leído después en diversos libros y en las cuales he pensado a menudo. Quise trasladarlas aquí para utilidad de los demás, pero sobre todo para provecho mío propio, ya que escribo el librito próximo a la muerte, pues cuento setenta y siete años de edad y quiero ocuparme en estas consideraciones para prepararme al día de las cuentas. En efecto, yo mismo utilizo estas pobres meditaciones leyendo con frecuencia algún pasaje, a fin de que, cuando llegue la hora suprema de mi vida, tenga ante los ojos a Jesús crucificado, que es toda mi esperanza; así espero tener entonces la suerte de entregar el alma en sus manos.

Entremos ahora en las reflexiones prometidas.

CAPÍTULO I

REFLEXIONES SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO EN GENERAL

I

Necesidad de un Redentor.— Peca Adán, rebélase contra Dios, y, por ser el primer hombre y padre de toda la humanidad, queda él perdido con todo el género humano. La injuria fue hecha a Dios, por lo que ni Adán ni el resto de los hombres podían con todos sus sacrificios, ni aun con el sacrificio de sus vidas, ofrecer digna satisfacción a la divina Majestad ofendida, para aplacarla cumplidamente era preciso que una persona divina satisficiera a la divina justicia. Y he aquí al Hijo de Dios, que, movido de compasión a los hombres e impelido por las entrañas de su misericordia, se brindó a revestirse de carne humana y a morir por ellos, para de este modo tributar a Dios cumplida satisfacción por todos sus pecados y alcanzarles la gracia divina perdida.

Vino, pues, al mundo el amoroso Redentor y quiso, al hacerse hombre, remediar todos los daños que el pecado había ocasionado. Y, a la vez, no sólo con sus enseñanzas, sí que también quiso con los ejemplos de su santa vida inducir a los hombres a observar los divinos preceptos, conquistando así la vida eterna. A tal fin renunció Jesucristo a todos los hono-

res, delicias y riquezas de que hubiera podido disfrutar en esta vida, eligiéndose otra humilde, pobre y atribulada, hasta morir de dolor en una cruz. Engañáronse los judíos al fantasear que el Mesías había de venir a la tierra triunfador de todos los enemigos con el poderío de sus armas, y después de haberlos aniquilado y conquistado el dominio de toda la tierra, había de enriquecer y ennoblecer a sus seguidores. Si el Mesías hubiera sido tal como los judíos lo imaginaban, príncipe triunfador y honrado por todos los hombres como soberano de toda la tierra, no habría sido el Redentor prometido por Dios y predicho por los profetas. El mismo lo declaró al contestar a Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Por eso San Fulgencio reprochó a Herodes tanto temor de perder el reino por parte del Salvador, que había venido no a vencer a los reyes con las armas, sino a conquistarlos con su muerte.

Dos fueron los engaños de los judíos acerca del Redentor: el primero, pensar que los bienes predichos por los profetas (bienes espirituales y eternos), con los que el Mesías enriquecería a su pueblo, serían bienes terrenos y temporales. Los bienes prometidos por el Redentor son: la fe, la ciencia de la virtud, el santo temor de Dios; éstas fueron las riquezas de salvación prometidas. El Señor prometió también a los penitentes la curación de sus males, el perdón a los pecadores y la libertad a los esclavos de Satanás.

El segundo engaño en que cayeron los judíos fue el predicho por los profetas acerca de la segunda venida del Salvador, al fin de los siglos, a juzgar al mundo, tomándolo los judíos como dicho de la primera venida. Ciertamente David había predicho del futuro Mesías que vencería a los príncipes de la tierra, abatiría la soberbia de muchos y con la fuerza de la espada

destruiría toda la tierra. Pero esto ha de entenderse de la segunda venida, cuando venga como juez a condenar a los malvados.

Verdadero carácter del mesías.— En cuanto a la primera venida de Nuestro Señor, en que había de consumar la obra de la redención, sobrado claramente predijeron los profetas que el Redentor viviría vida pobre y despreciada. He aquí lo que escribe el profeta Zacarías, hablando de la vida plagada de humillaciones de Jesucristo: *He aquí que tu Rey llega a ti; es justo y victorioso, humilde y montado sobre un asno, sobre un pollino de cria de asnas*, lo que se realizó de modo particular cuando entró Jesús en Jerusalén montado sobre un asnillo y fue recibido honrosamente cual anhelado Mesías, como dice San Juan: *Hallando Jesús un asnillo, montó sobre él, según está escrito: No temas, hija de sión; mira, tu Rey viene montado sobre un pollino de asna*. Sabemos que fue pobre desde su nacimiento en Belén, humilde ciudad, y dentro de una cueva: *Mas tú, Belén Efratá, la más pequeña entre las regiones de Judá, de ti me saldrá quien ha de ser dominador en Israel, cuyos orígenes vienen de antiguo*; profecía que anota San Mateo y San Juan. Además, el profeta Oseas escribió: *De Egipto llamé a mi hijo*, como se verificó cuando Jesucristo, niño aún, fue llevado a Egipto, donde vivió siete años como extranjero, en medio de bárbaras gentes, lejos de parientes y amigos, por lo que forzosamente hubo de vivir muy pobremente. Y cuando retornó a Judea continuó la pobreza de su vida. Ya había predicho frecuentemente, por boca de David, que durante toda su vida había de ser pobre y lleno de fatigas.

Dios no podía ver plenamente satisfecha su justicia con todos los sacrificios que le hubieran ofrecido los

hombres, aun de sus vidas, y por eso dispuso que su Hijo tomara carne humana y alcanzarles así la salvación: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito.* Y el unigénito Hijo consintió de buen grado en sacrificarse por nosotros y bajó a la tierra para inmolarse con su muerte y llevar a cabo la obra de la redención.

Dijo el Señor, hablando a los pecadores: *¿Para qué se os va a golpear más?*; y lo decía para darnos a entender que, por mucho que castigara a los que le ofenden, todos los castigos no llegarían a reparar su ofendido honor; de aquí que mandara a su mismo Hijo a satisfacer por los pecados de los hombres, porque su Hijo tan sólo podía satisfacer plenamente a la divina justicia. Por esta razón declaró por Isaías, hablando de Jesús, víctima de nuestros pecados: *Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte.* Y no se contentó con una satisfacción cualquiera, sino que quiso verlo gastado por los tormentos.

¡Oh Jesús mío, oh víctima de amor, consumida por los dolores en la cruz para saldar la deuda de mis pecados!, quisiera morir de dolor al pensar en las veces que os ofendí, después de haberme vos amado tanto. No permitáis que viva aún ingrato a tanta bondad. Unidme por completo a vos y hacedlo por los méritos de la sangre por mí derramada.

II

Jesucristo nos quiso redimir por el camino de la cruz.— Cuando el Verbo divino se brindó a redimir a los hombres, se le presentaron dos caminos para conseguirlo, uno de gozo y de gloria, y el otro de penas y vituperios. Mas quien con su venida no sólo quería

librar a los hombres de la muerte eterna, sino también conquistarse el amor de todos los corazones humanos, rechazó la vida de gozo y de gloria y eligió la de penas y vituperios. Por lo tanto, para satisfacer por nosotros a la divina justicia y a la vez para inflamarnos en su santo amor, quiso cargar con todas nuestras deudas y, muriendo en la cruz, alcanzarnos la gracia y la vida bienaventurada, según se expresa Isaías: *Nuestros sufrimientos él los ha llevado, nuestros dolores él los cargó sobre sí.*

El Antiguo Testamento trae dos figuras expresas de esto: la primera la ceremonia que se usaba todos los años con el *macho cabrío emisario*, sobre el cual cargaba el sumo sacerdote de maldiciones, le arrojaban a la selva para que allí viviese como objeto de la divina ira. Este animal figura de nuestro Redentor, que quiso cargar con todas las maldiciones que por nuestras culpas merecíamos, *hecho por nosotros objeto de maldición*, o por mejor decir, la misma maldición; y todo para alcanzarnos la bendición divina. Por esto escribe en otro lugar el Apóstol: *Al que no conoció pecado, por nosotros le hizo pecado, a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El.* Es decir, como explican San Ambrosio y San Anselmo: quien era la misma inocencia apareció a los ojos de Dios como si fuese el mismo pecado; o mejor, vistió el traje de pecador, queriendo padecer las penas que debíamos pagar los pecadores para alcanzarnos el perdón y hacernos justos ante Dios.

La segunda figura del sacrificio que Jesucristo ofreció por nosotros al Eterno Padre en la cruz fue la de la *serpiente de bronce*, puesta en un madero, con cuya mirada curaban los hebreos mordidos de serpientes venenosas. San Juan escribía luego: *Y como Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es*

necesario que sea puesto en alto el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él alcance la vida eterna.

Nótese con qué claridad se predice la muerte ignominiosa de Jesucristo en el libro de la Sabiduría. Aunque las palabras de este segundo capítulo puedan aplicarse a la muerte de todo justo, sin embargo, dicen Tertuliano, San Cipriano, San Jerónimo y muchos otros Santos Padres que principalmente se aplican a la muerte de Cristo. *Que si el justo es Hijo de Dios –se lee en libro de la Sabiduría–, él le protegerá y le librará de manos de sus adversarios.* Los judíos escogieron para Jesucristo la muerte de cruz, como la más ignominiosa, para que su nombre fuera infame para siempre y ni siquiera se le nombrase ya, como había dicho Jeremías: *Destruyamos el árbol con su fruto, borremoslo de la tierra de los vivos y no se miente más su nombre.* Pues bien, ¿cómo podrán hoy día negar los judíos que Jesucristo sea el Mesías prometido, habiendo muerto con muerte afrentosísima, cuando los mismos profetas predijeron esa muerte?

Jesucristo murió para expiar nuestros pecados.— El redentor aceptó muerte tan ignominiosa porque moría para pagar nuestros pecados, y por eso quiso ser circuncidado cual pecador, ser rescatado en su presentación en el templo, recibir el bautismo de penitencia de manos del Bautista, y, finalmente, en su pasión, quiso que le clavarán en la cruz para pagar nuestras malditas licencias: quiso con su desnudez pagar nuestra avaricia, con sus humillaciones nuestra soberbia, con su obediencia a los verdugos nuestras ambiciones de dominio, con sus espinas nuestros malos pensamientos, con su hiel nuestras intemperancias y con los dolores de su cuerpo nuestros sen-

suales placeres. De ahí que, con lágrimas de ternura, deberíamos agradecer al Padre habernos dado a su inocente Hijo para que con su muerte nos librase de la muerte eterna: *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todo lo entregó, ¿cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas cosas?* Y San Juan añade: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito.* La misma santa Iglesia, en el *Exultet* del sábado santo, dice: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para nosotros! ¡Oh inestimable amor de los amores, que para salvar al siervo entregaras al Hijo». ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de nuestro Dios! ¡Oh santa fe! Quien esto cree y confiesa, ¿cómo puede vivir sin abrasarse de santo amor hacia este Dios tan amante y tan amable?

¡Oh Dios eterno!, no me miréis a mí, tan cargado de pecados; mirad a vuestro inocente Hijo pendiente de una cruz, ofreciéndoo tantos dolores y oprobios para que tengáis compasión de mí. La compasión que yo quiero es que me deis vuestro santo amor. Atraedme por completo a vos del lodo de mis bajezas. Abrasad, fuego consumidor, cuanto veáis impuro en mi alma que la impida ser toda vuestra.

Agradezcamos al Padre y agradezcamos igualmente al Hijo, que se vistió de nuestra carne y a la vez tomó sobre sí nuestro pecados para dar a Dios, con su pasión y muerte, cumplida satisfacción. Por eso dice el Apóstol que Jesucristo se hizo nuestro fiado, es decir, que se obligó a saldar nuestras deudas. El, como mediador entre Dios y los hombres, hizo un pacto con Dios, por el que se obligó a satisfacer por nosotros a la divina justicia y nos prometió de parte de Dios la vida eterna. El Eclesiástico nos exhortó de antemano a no olvidarnos del beneficio de este divino fiador, que para alcanzarnos la salvación quiso

sacrificar su vida. Y para mejor asegurarnos el perdón, dice San Pablo que Jesucristo canceló con su sangre el decreto de nuestra condenación, en que estaba escrita contra nosotros la sentencia de muerte eterna, y lo fijó en la cruz, en que murió satisfaciendo por nosotros a la divina justicia.

Por favor, Jesús mío, en vista del amor que os hizo prodigar sangre y vida sobre el Calvario por mí, haced que yo muera a todo efecto terreno: haced que lo olvide todo para no pensar más en amaros y agradaros. ¡Oh Dios mío, digno de infinito amor!, vos me habéis amado sin reserva, y sin reserva quiero amaros yo. Os amo, sumo bien mío; os amo, amor mío y mi todo.

III

La muerte de Cristo es nuestra salvación.— En suma, todo el bien que podemos tener, toda salvación y toda esperanza, todo en absoluto lo debemos a los méritos de Jesucristo, como dice San Pedro: *Y no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos.* De modo que no tenemos esperanza de salvación más que en los méritos de Jesucristo; de lo que concluye Santo Tomás, con todos los teólogos, que, después de la promulgación del Evangelio, hemos de creer explícitamente, no sólo como necesidad de precepto, sino también de medio, que sólo podemos salvarnos por medio de nuestro Redentor.

Todo el fundamento, por tanto, de nuestra salvación, está en la humana redención, llevada a cabo en la tierra por el Verbo divino. Nótese, en cuanto a las

obras de Jesucristo en la tierra, que, por ser obras de una persona divina, tuvieron mérito infinito, de suerte que aun la menor de ellas bastaba a satisfacer a la divina justicia por todos los pecados de los hombres, y, sin embargo, la muerte de Jesucristo fue el gran sacrificio que terminó nuestra redención; de ahí que en las Sagradas Escrituras se atribuya principalmente la obra de la humana redención a la muerte por El padecida en la cruz. Y añade el Apóstol que al recibir la sagrada Eucaristía debemos evocar la muerte y no la encarnación, el nacimiento o la resurrección. Porque la muerte, por ser el suplicio más humillante y doloroso de Jesucristo, puso el sello a la obra de la redención.

Y seguía San Pablo: *Resolví no saber cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado*. Sobrado conocido tenía el Apóstol que Jesucristo había nacido en una gruta, que había vivido treinta años en un taller, que había resucitado y subido al cielo. ¿Por qué, pues, escribe que no quiere saber nada más que a Jesús crucificado? Porque la muerte padecida por Jesucristo en la cruz era la que más le movía a amarle, a obedecerle, a ejercer la caridad con el prójimo y la paciencia en las adversidades, virtudes que de modo especial practicó y enseñó Jesucristo en la cátedra de la cruz. Santo Tomás dijo «que en la cruz se halla el remedio en las tentaciones, la obediencia a Dios, la caridad con el prójimo y la paciencia en las adversidades; que por eso dijo San Agustín: «La cruz no fue sólo patíbulo donde Cristo padeció, sino también cátedra donde enseñó».

La pasión de Cristo, motivo de confianza y de amor.— Procuremos, almas piadosas, imitar a la Esposa de los Cantares, que decía: *A su sombra estoy sentada, como deseé*. Tengamos a menudo ante los

ojos, particularmente los viernes, a Jesús expirando en la cruz, y detengámonos a considerar con ternura, por espacio de algún tiempo, sus dolores y el afecto que nos mostró cuando agonizaba en aquel lecho de dolor. Repitamos también nosotros: *A su sombra estoy sentada, como deseé.* ¡Qué tranquilo descanso hallan las almas amantes de Dios entre el tumulto del mundo, las tentaciones del infierno y hasta el temor del divino juicio, cuando se detienen a contemplar a solas y en silencio a nuestro amoroso Redentor agonizando en la cruz y cómo su sangre corría gota a gota de sus miembros heridos y abiertos por los azotes, las espinas y los clavos! Y icómo a vista de Jesús crucificado se desvanecen del pensamiento todos los deseos de honra mundana, de riquezas terrenas y de placeres de los sentidos! Entonces brota de la cruz una como aura celeste que nos desprende con suavidad de las cosas terrenas y enciende en nosotros santo deseo de padecer y morir por amor de quien tanto quiso padecer y morir por nosotros.

Si Jesucristo, en vez de ser lo que es, Hijo de Dios y verdadero Dios, Creador nuestro y supremo Señor, fuera solamente un simple mortal, ¿quién no se compadecería viendo un joven de noble sangre, inocente y santo, morir a puro tormentos en infame leño, en pena no de sus delitos, sino de los de sus enemigos, y así librarlos de la muerte por ellos merecida? ¿Cómo habrá, pues, corazones que resistan al amor de un Dios que muere en un mar de desprecios y dolores por amor de sus criaturas? Y ¿cómo podrán estas criaturas amar otra cosa, fuera de Dios? ¿Cómo pensarán en ser agradecidas a otros y no a este su amante bienhechor?

¡Oh si conocieras el misterio de la cruz!, decía San

Andrés al tirano que pretendía hacerle renegar de Jesucristo por haber muerto crucificado como malhechor. ¡Oh si conocieras, tirano, el amor que te manifestó Jesucristo muriendo en la cruz para satisfacer tus pecados y alcanzarte una felicidad eterna, ciertamente no te cansarías en persuadirme renegara de El, sino que tú mismo abandonarías cuanto tienes y esperas en la tierra, para complacer y contentar a un Dios que tanto te amó! Así obraron tantos santos y tantos mártires, que lo abandonaron todo por Jesucristo. Grande debiera ser nuestra vergüenza al ver cuántas tiernas virgencitas renunciaron las bodas con príncipes y las riquezas reales y todas las delicias terrenas, para sacrificar voluntariamente su vida y testimoniar de alguna manera su afecto al amor que les demostró este Dios crucificado. ¿Cómo se explica, pues, que muchos cristianos se impresionen tan poco ante la pasión de Jesucristo? La razón es que pocos son los que se detienen a considerar cuánto padeció Jesucristo por nuestro amor.

¡Ah, Redentor mío!, también yo me he contado entre estos ingratos. Vos sacrificasteis vuestra vida en la cruz para no verme perdido, y yo tantas veces quise perderos a vos, bien infinito, perdiendo vuestra gracia. Ahora el demonio, trayéndome la memoria de mis pecados, querría hacerme creer que es muy difícil mi salvación; mas la vista de vos crucificado, Jesús mío, me asegura de que no me arrojéis de vuestra presencia, si me arrepiento de haberos ofendido y quiero amaros. Sí, me arrepiento y quiero amaros de todo corazón. Detesto aquellos malditos placeres que me hicieron perder vuestra gracia. Os amo, amabilidad infinita, y quiero amaros siempre, y la memoria de mis pecados me servirá para inflamarme más en vuestro amor, ya que os dignasteis buscarme cuando

de vos huía. No; ya no quiero separarme más de vos ni dejar de amaros, Jesús mío.

¡Oh María, refugio de pecadores!, vos que tanto participasteis de los dolores de vuestro Hijo en su muerte, rogadle que me perdone y me otorgue la gracia de amarlo.

CAPÍTULO II

DE LOS TRABAJOS PARTICULARES QUE PADECIÓ JESUCRISTO EN SU PASIÓN

I. Abatimientos del Redentor

Consideremos los trabajos particulares que padeció Jesucristo en su pasión, y que muchos siglos antes fueron predichos por los profetas, especialmente por Isaías, en el capítulo 53. Este profeta, según dicen San Ireneo, San Justino, San Cipriano y otros, habló tan a claras de los trabajos de nuestro Redentor, que se diría ser otro evangelista, por lo que decía San Agustín que sus palabras, tocante a la pasión de Jesucristo, más que de explicaciones de sagrados intérpretes, precisan meditarlas entre sollozos; y Hugo de Grocio escribe que hasta los antiguos judíos no pudieron negar que Isaías hablase del Mesías prometido, y precisamente en el capítulo 53. Hubo quien quiso aplicar los pasajes de Isaías a otros personajes nombrados en la Sagrada Escritura, y no a Jesucristo; pero dice Grocio: «¿A qué rey o a qué profeta se le pueden aplicar estos pasajes? Ciertamente que a ninguno». Así escribe este autor, que también intentó más de una vez aplicar a otros las profecías que hablan del Mesías.

Comienza Isaías preguntando: *¿Quién ha creído nuestra noticia?; y el brazo de Yahveh, ¿sobre quién*

se ha revelado? Esto se verificó cuando, como dice San Juan, los judíos, no obstante los múltiples milagros obrados por Jesucristo, que lo presentaban como el verdadero Mesías, mandado por Dios, se negaron a creer en El: *Habiendo obrado tan grandes maravillas en presencia de ellos, no creían en El, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, cuando dijo: «Señor, ¿quién dio fe a nuestro mensaje? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor?»* ¿Quién creerá, decía Isaías, a cuanto tenemos oído? ¿Quién conoce el brazo, es decir, el poder del Señor? Palabras con que predecía Isaías la obstinación de los judíos en tomar a Jesucristo como Redentor. Fantaseaban ellos que el Mesías había de venir a la tierra con gran pompa, para hacer gala de poderío entre la nobleza; que triunfaría de sus enemigos y así colmaría de riquezas y honores al pueblo judío; pero no; el profeta continúa el pensamiento anterior con el siguiente: *Creció como un pimpollo delante de El, como raíz de tierra seca.* Pensaban los judíos que el Salvador había de aparecer con la arrogancia del cedro del Líbano; pero Isaías predijo que había de aparecer cual humilde arbolillo o cual raíz que brota de tierra árida, despojada de toda belleza y esplendor: *No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en él.*

Prosigue Isaías describiendo la pasión del Señor: *No tiene aspecto para que en él nos complazcamos.* Lo contemplamos, quisimos reconocerlo, y no nos fue posible, ya que no vimos sino un hombre, el más despreciado y vil de la tierra, un varón de dolores.

Adán, negándose soberbiamente a obedecer el divino mandato, acarreó la ruina a todos los hombres, por lo que el Redentor quiso con su humildad poner remedio a tamaño mal, contentándose con ser trata-

do como el último y más abyecto de los hombres, es decir, cayendo en el postrer grado de abatimiento. De aquí que San Bernardo exclame: «¡El Altísimo sumido en tan gran bajeza! ¡El sublime caído en tal humillación! ¡La gloria de los ángeles hecha ludibrio de los hombres! ¡Nadie como El tan sublime y nadie como El tan humillado!» Por lo cual, continúa el Santo, si el que es el primero de todos los seres quiso aparecer como el más humillado de todos, hemos de ambicionar el lugar postrero, con temor de ser preferidos al más pequeño.

Y yo, Jesús mío, que temo ser pospuesto a uno solo y quisiera adelantarlos a todos... Señor, dadme humildad. Vos, Jesús mío, abrazasteis con tanto amor los desprecios para enseñarme la humildad y amor a la vida obscura y despreciada, y yo quiero ser estimado de todos y figurar en todo... No permitas que viva más ingrato al amor que me profesasteis, y, pues sois omnipotente, tornadme humilde, santo y todo vuestro.

II. Humillaciones y sufrimientos de Jesucristo

Isaías llama al Redentor *varón de dolores*, y bien se le aplica a Jesucristo el texto de Jeremías: *Grande como el mar es tu quebranto*. Como en el mar se citan todas las aguas de los ríos, así en el corazón de Cristo se reunieron, para atormentarlo, todos los dolores de los enfermos, todas las penitencias de los anacoretas y todos los despedazamientos y ultrajes que padecieron los mártires; fue colmado de dolores en el alma y en el cuerpo. Padre mío, decía nuestro Redentor por boca de David, estrellaste sobre mí todas las olas de tu indignación, por lo que al morir

decía que agonizaba en un mar de dolores y de ignominias. Escribe el Apóstol que Dios, cuando envió al Hijo a que expiara con su sangre las penas merecidas por nuestros pecados, quiso con ello patentizar lo grande de su justicia: *Al cual (a Cristo Jesús) exhibió Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia.* Nótese la expresión *para demostración de su justicia.*

Para darse una idea de lo que Jesús padeció en su vida y especialmente luego en su muerte hay que tener en cuenta lo que el mismo Apóstol trae en su Carta a los Romanos: *Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne.* Al ser enviado Jesucristo a redimir al hombre, se revistió de nuestra carne, inficionada por el pecado de Adán, y, aun cuando no contrajo la mancha del pecado, con todo, cargó con las miserias contraídas por la naturaleza humana en pena del pecado y se ofreció al Padre Eterno a satisfacer con sus penalidades a la divina justicia por todas las deudas del género humano; y el Padre, como escribe Isaías, *hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros.* Mira, por ende, a Jesús cargado con todas las blasfemias, todos los sacrilegios, obscenidades, hurtos, crueldades y con todas las maldades cometidas y que aun pueden cometer los hombres. Míralo, en una palabra, hecho objeto de todas las divinas maldiciones que se habían acarreado los hombres por sus crímenes: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho por nosotros objeto de maldición.*

Dolores exteriores de Cristo.— De lo anteriormente expuesto concluye Santo Tomás que tanto los dolores interiores como los exteriores de Jesucristo excedieron a cuantos se pueden padecer en esta vida. En

cuanto a lo que al dolor exterior del cuerpo atañe, baste saber que el Padre dotó a Jesucristo de cuerpo hecho a propósito para padecer, por lo que éste dijo: *Me diste un cuerpo a propósito*. Nota Santo Tomás que nuestro Señor padeció dolores y tormentos en todos sus sentidos: padeció en el tacto, porque le fueron desgarradas las carnes; padeció en el gusto con la hiel y vinagre; padeció en el oído con las blasfemias y burlas; padeció en la vista con sólo mirar a la Madre, que asistía a su muerte. Padeció también en todos sus miembros: atormentáronle la cabeza con espinas, las manos y pies con clavos, el rostro con bofetadas y salivas y todo el cuerpo con la flagelación, en que se verificó la profecía de Isaías de que el Redentor había de parecer en su pasión como un leproso que no tiene parte sana e inspira horror a quien lo mira, al verle tan plagado de llagas desde los pies a la cabeza. Basta decir que Pilatos, contemplando a Jesús después de la flagelación, creyó que los judíos lo librarían de la muerte cuando lo presentara al pueblo desde el balcón, diciendo: *Ved aquí al hombre*.

Nota San Isidoro que el resto de los hombres, cuando el dolor es intenso y prolongado, por su misma intensidad, sienten embotado el sentido por el dolor. Pero en Jesucristo no aconteció así: los postremos dolores fueron tan ásperos como los primeros, y los primeros latigazos de la flagelación fueron tan dolorosos como los últimos; sí, porque la pasión de nuestro Redentor no fue obra de los hombres, sino de la justicia divina, que quería castigar al hijo con todo el rigor que merecían los pecados de los hombres.

De manera, Jesús mío, que en vuestra pasión quisisteis cargar con todas las penas que yo merecía por mis pecados, por lo que, si yo os hubiese ofendido menos, menos hubierais vos padecido en vuestra

muerte. Sabiendo esto, ¿viviré en adelante sin amaros y sin llorar continuamente las ofensas que os hice? Jesús mío, me arrepiento de haberos menospreciado y os amo sobre todas las cosas. Por favor, no me rechazéis, como tengo merecido; recibidme en vuestro amor, ya que ahora os amo y no quiero amar nada fuera de vos. Harto ingrato sería si, después de tantas misericordias como conmigo usasteis, amara aún algo fuera de vos.

III. Jesucristo sufrió voluntariamente por nosotros

Todo lo profetizó Isaías con estas palabras: *Nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Fue traspasado por causa de nuestros pecados, molido por causa de nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz cayó sobre él, y por sus verdugones se nos perdonó. Todos nosotros como ovejas errábamos, cada uno a su camino nos volvíamos, mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros. Y Jesús, lleno de caridad, se ofreció voluntariamente y sin réplica a los designios del Padre, que quería sacrificarlo a manos de los verdugos, para que le atormentaran a su placer: Fue maltratado, mas él se dobló y no abre su boca; como cordero llevado al matadero y cual oveja entre sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca. Como el corderillo que se deja trasquilar sin quejarse, nuestro amoroso Redentor en su pasión se dejó trasquilar, no ya la lana, sino la piel, sin proferir ni una queja.*

¿Qué obligación tenía El de expiar nuestras culpas? Sin embargo, quiso cargar con ellas para librar-nos de la condenación eterna; agradezcámoselo y digámosle: *(Has librado) mi vida de la hoya de perdi-*

ción; te has echado a la espalda todos mis pecados. Haciéndose de ese modo Jesús voluntario deudor, por su bondad, de nuestras deudas, quiso sacrificarse completamente por nosotros, hasta ofrecer la vida entre los dolores de la cruz, como lo declaró por San Juan: Yo doy mi vida... Nadie me la quita, sino que yo por mí mismo la doy.

IV. De los extremados sufrimientos de Jesucristo

Hablando San Ambrosio de la pasión de Nuestro Señor, escribe que Jesucristo, en los dolores por nosotros padecidos, tuvo quien le imitara, pero no quien la igualara. Procuraron los santos imitar a Jesucristo en sus padecimientos para asemejársele, pero ¿quién de ellos logró, ni de lejos, igualarlo en sus sufrimientos? Cristo padeció por nosotros, a buen seguro, más de cuanto padecieron todos los penitentes, todos los anacoretas y todos los mártires, porque Dios le encargó satisfacer cumplidamente a su divina justicia por todos los pecados de los hombres: *Yahveh le plugo destruirle con padecimiento.*

Leyendo el martirologio, diríase que algunos mártires sufrieron dolores más acerbos que los que sufrió Jesucristo; con todo, al decir de San Buenaventura, no hubo dolor de mártir alguno que pudiera igualar en vivacidad a los dolores de nuestro Salvador, que fueron los dolores más agudos. Santo Tomás opina que el dolor sensible de Cristo fue el mayor que se pueda padecer en la vida. Por eso escribe San Lorenzo Justiniano que Nuestro Señor en cada tormento que sufrió, por razón de lo intenso y acerbo del dolor, padeció todos los suplicios de los mártires. Todo esto estaba predicho en breves palabras, cuan-

do el rey David, hablando de Cristo, escribía: *Sobre mí tu furor está pesando... Sobre mí han pasado tus furores*. De manera que toda la ira divina, excitada por nuestros pecados, descargó sobre la persona de Jesucristo. Entiéndase de igual manera lo que de El dice el Apóstol: *Cristo... hecho por nosotros objeto de maldición*. Jesús se trocó en *la maldición* —como se lee en el texto griego—, esto es, en el objeto de todas las maldiciones merecidas por nuestros pecados.

V. Dolores interiores del Salvador

Hasta ahora sólo hemos hablado de los dolores exteriores de Jesucristo, pero ¿quién será capaz de explicar, ni siquiera comprender, los dolores corporales? Tales fueron estas penalidades internas, que en el huerto de Getsemaní le hicieron sudar sangre de todos sus poros, forzándole a exclamar que bastaban ellas para causarle la muerte: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte*. Mas ¿por qué no murió, cuando la tristeza bastaba a arrebatarse la vida? No murió, responde Santo Tomás, porque El mismo impidió la propia muerte, reservándose el entregar la vida poco después en el patíbulo de la cruz. La tristeza mortal del huerto la había ya padecido Jesucristo durante toda su vida, dado que siempre tuvo ante los ojos las causas de sus dolores internos, una de las cuales, la más aflictiva, fue la consideración de la ingratitud de los hombres al amor que les patentizaría en la pasión.

Cierto que en el huerto bajó un ángel a confortar al Redentor, como dice San Lucas: *Y se le apareció un ángel venido del cielo, que le confortaba*; pero cierto también, según el venerable San Beda, que este alien-

to, lejos de disminuir, aumentó el dolor de Cristo, porque el ángel reanimó sus fuerzas para que padeciese con más constancia por la salvación del hombre; de donde concluye Beda que si el ángel animó a Jesús a padecer, representándole la magnitud de los bienes que de su pasión se reportarían, ello no disminuía ni en un punto de la magnitud del dolor. Por eso, inmediatamente después de la aparición del ángel, el evangelista escribe que Jesucristo, *venido en agonía, oraba más intensamente. Y se hizo su sudor como grumos de sangre, que caían hasta el suelo.*

Según San Buenaventura, el dolor de Jesucristo alcanzó entonces el sumo grado, de modo que el afligido Señor, al ver las penalidades que había de padecer al fin de su vida, se impresionó tanto, que llegó a suplicar al Eterno Padre le librase de ellas: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*; aun cuando esto decía no para librarse de las penalidades a que se había ofrecido, sino para darnos a entender las angustias de alma que experimentaba al tener que pasar por una muerte tan amarga a la naturaleza. Con todo, dominando la razón a los sentidos, tanto para secundar la voluntad del Padre como para alcanzar nuestra salvación, por la que tanto suspiraba, añadió inmediatamente: *Mas no como yo quiero, sino como quieres, tú*; y de esta suerte prosiguió orando durante tres horas: *Y oraba diciendo...: Oró por tercera vez...*

VI. Frutos de la muerte de Jesucristo

Prosigamos con las predicciones de Isaías. Predijo las bofetada, puñetazos, esputos y demás infames tratamientos padecidos por Jesucristo en la víspera de su muerte de parte de los verdugos, que lo tuvieron

encarcelado en el palacio de Caifás, para llevarlo a la mañana siguiente a que Pilatos lo condenase a muerte de cruz: *Mi espalda ofrecí a los que golpeaban, y mis mejillas, a quienes, mesaban la barba; mi rostro no hurté a la afrenta y al salivazo.* También estos malos tratos fueron descritos por San Marcos, quien llega a decir que los verdugos, tratando a Jesús como falso profeta, para escarnecerlo vendáronle los ojos y lo abofetearon y dieron empellones, importunándole a que adivinara quién le había sacudido: *Y comenzaron algunos a escupirle, y a envolverle el rostro, y a darle puñadas, y a decirle: «Profetiza»; y los criados le recibieron a bofetadas.*

Continúa Isaías hablando de la muerte de Jesucristo, y dice: *Como cordero llevado al matadero.* Cuentan los Actos de los Apóstoles que el ministro de la reina Candace, eunuco, leyendo este pasaje de Isaías, preguntó a San Felipe (quien se le había unido en el viaje por inspiración divina) a quién se aplicaban estas palabras de Isaías, aprovechando el santo apóstol para explicarle todo el misterio de la redención obrada por Jesucristo. El eunuco, iluminado por luz celestial, pidió inmediatamente el bautismo.

El profeta termina prediciendo el extraordinario fruto que el mundo reportaría de la muerte del Salvador, de la que nacerían espiritualmente muchos santos: *Cuando él ponga su vida como medio expiatorio, verá descendencia, prolongará sus días...; por medio de su conocimiento, mi siervo, el justo, justificará a muchos».*

VII. Profecías mesiánicas de David

También David predijo otras circunstancias particulares de la pasión de Jesucristo, especialmente en el salmo 21, en que habló de las manos y pies taladrados y cómo se podrían contar al Redentor todos sus huesos: *Taladraron mis manos y mis pies; cuento todos mis huesos*. Anunció que antes de la crucifixión le quitarían los vestidos para sortearlos entre los verdugos, y que la túnica interior, inconsútil, había de ser sorteada: *Repártense entre sí mis vestiduras y echan sobre mí túnica las suertes*. De esta profecía se hacen eco San Mateo y San Juan.

Además, San Mateo nos recuerda las blasfemias y burlas de los judíos contra Jesús, pendiente de la cruz: *Y los que por allí pasaban le ultrajaban moviendo sus cabezas y diciendo: «Tú, el que destruye el santuario y en tres días le reedifica, sálvate a ti mismo, si es que eres Hijo de Dios, y baja de la cruz»*. De semejante manera también los sumos sacerdotes, a una con los escribas y ancianos, en son de burla, decían: *«A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; Rey es de Israel, baje ahora de la cruz, y nos comprometemos a creer en él. Ha puesto en Dios su confianza; libréle ahora si de verdad le quiere; como que dijo De Dios soy Hijo»*. Casi todos estos detalles los predijo compendiosamente David al decir: *Todos cuantos me ven, de mí se mofan, tuercen los labios, mueven la cabeza. Confió en el Señor, pues que el le libre; ya que en El se complace, que le salve*.

Predijo también David la gran pena que había de sufrir Jesús al verse en la cruz abandonado de todos, y hasta de sus discípulos, fuera de San Juan y de la Santísima Virgen; pero la presencia de esta Madre querida no disminuía las penas del Hijo, sino que las

aumentaba, por la compasión que excitaba en su corazón al verla tan afligida por su muerte. Por manera que el pobre Señor no tuvo quien lo consolase en sus angustias mortales, como lo profetizó David: *Y esperaré a un compasivo, y no lo hubo; y a los consoladores, y no hallé.* Pero el tormento mayor que afligió a nuestro Redentor fue el verse abandonado hasta del Eterno Padre, lo que le hizo exclamar, según David: *Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me abandonaste? Alejado estás de mis plegarias, de las palabras del rugido mío.* Como si dijera: Padre mío, los pecados de los hombres, que llamo míos, porque con ellos cargué, me impiden verme libre de estos tormentos, que me están quitando la vida, y vos, Dios mío, ¿por qué en tal desolación me abandonáis? Con estas palabras de David están acordes las de San Mateo cuando cuenta cómo Jesús exclamaba poco antes de morir: *Eli, Eli, lamma sabachthani, esto es, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*

VIII. Jesucristo, verdadero Mesías. Sobreabundancia de sus méritos

De todo lo cual se deduce cuán desacertados anduvieron los judíos en negarse a reconocer como su Mesías al Salvador por haber muerto con muerte tan ignominiosa. Pero y ¿por qué no reconocerán que si Jesucristo, en lugar de morir como reo en una cruz, hubiera muerto con muerte gloriosa y triunfante ante los hombres, no habría sido el Mesías prometido por Dios y predicho por los profetas, quienes desde tantos siglos antes habían prefijado que nuestro Redentor moriría saciado de oprobios? *Ofrezca la mejilla al que le hiere, hártese de oprobios.* Todas estas humi-

llaciones y padecimientos de Jesucristo, ya predichos por los profetas, no fueron comprendidos ni por los discípulos hasta luego de la resurrección y ascensión a los cielos: *Estas cosas no las conocieron sus discípulos desde un principio, sino que, cuando fué glorificado Jesús, entonces recordaron que tales cosas estaban escritas sobre él, y éstas fueron las que con él hicieron.*

En fin, con la pasión de Jesucristo, sufrida con tantos dolores e ignominias tantas, se verificaron las palabras de David: La justicia y la paz se besarán. Y se besaron la paz y la justicia, porque los hombres, por los méritos de Jesucristo, alcanzaron la paz con Dios, y, por otra parte, con la muerte del Redentor quedó sobreabundantemente satisfecha la divina justicia. Digo sobreabundantemente porque para rediminos no era necesario que Jesucristo padeciese tantos ultrajes y oprobios, sino que bastaba, como vulgarmente se dice, una sola gota de su sangre, una sencilla oración para salvar al mundo; pero El, para acrecentar nuestra esperanza y para inflamarnos más y más en su amor, quiso que nuestra redención fuese no sólo suficiente, sino también sobreabundante, como predijo David: Más que los centinelas por la aurora, espere Israel por el Señor. Porque hay en el Señor misericordia y hay en El abundante redención.

Y esto lo declaró claramente Job cuando, al hablar en la persona de Cristo, dijo: *¡Ojalá pudiera pesarse puntualmente mi disgusto, y mi infortunio se pusiera a un tiempo en balanza! ¡Porque él es más pesado que la arena de los mares!.* Aquí Jesús llamó, por boca de Job, suyos nuestros pecados, puesto que se había ofrecido a satisfacer por nosotros para revestirnos de su justicia. «Jesucristo —dice San Agustín— hizo suyos nuestros delitos para poder revestirnos de

su justicia». La *Glosa* comenta el texto de Job, diciendo que en la balanza de la justicia divina más pesa la pasión de Cristo que todos los pecados de la naturaleza humana. La vida de todos los hombres no era suficiente para satisfacer por un solo pecado, pero las penas de Jesucristo ganaron por todas nuestras culpas: *Y El es propiciación por vuestro pecados.*

Por eso anima San Lorenzo Justiniano a los pecadores sinceramente arrepentidos a esperar ciertamente el perdón por los méritos de Jesucristo, con estas palabras: «Mide tus delitos según las aflicciones de Cristo»; como si dijese: Pecador, no quieras medir tus culpas por la grandeza de tu arrepentimiento, porque todas tus acciones no te pueden alcanzar el perdón, sino mídelas con las penas de Jesús, y así es como debes esperar el perdón, porque tu Redentor pagó con creces por ti.

¡Oh Salvador del mundo!, en vuestras carnes, desgarradas por los azotes, las espinas y los clavos, reconozco el amor que me habéis tenido y la ingratitud con que os pagué, injuriándoos tanto después de tanto amor; pero vuestra sangre es mi esperanza, pues con su precio me librasteis del infierno siempre que lo merecí. ¡Oh Dios!, ¿qué hubiera sido de mí por toda la eternidad si no hubieseis pensado en salvarme con vuestra muerte? Bien sabía yo, desventurado de mí, que, perdiendo vuestra gracia, me condenaba por mí mismo a vivir siempre separado de vos en el infierno, con las desesperaciones del apartamiento, y, con todo, me atreví osadamente a volveros las espaldas! Pero me complazco en repetirlo: vuestra sangre es mi esperanza. ¡Ojalá hubiese muerto antes que ofenderos! ¡Oh Bondad infinita!, merecía permanecer en mi ceguera, y vos me iluminasteis con nuevas

luces; merecía vivir endurecido en mis pecados, y me ablandasteis y disteis arrepentimiento, por lo que ahora aborrezco más que a la misma muerte los desprecios que os causé y siento vehementes deseos de amaros. Estas gracias, recibidas de vos, me aseguran de vuestro perdón y de que me queréis salvar. ¡Ah, Jesús mío!, ¿quién podrá dejar de amaros en lo futuro y no amar más que a vos solo? Os amo, Jesús mío, y en vos confío; acrecentad en mí esta confianza y este amor, para que de hoy más lo olvide todo y no piense más que en amaros y agradaros.

¡Oh María, Madre de Dios!, alcanzadme la fidelidad a vuestro Hijo y mi Redentor.

CAPÍTULO III

REFLEXIONES SOBRE LA FLAGELACIÓN, LA CORONACIÓN DE ESPINAS Y LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

I. La flagelación

Escribe San Pablo de Jesucristo: *Se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo*. Lo que apostilla San Bernardo con estas palabras: «No sólo tomó la forma de esclavo para someterse a otro, sino de mal esclavo, para ser azotado». Quiso nuestro Redentor, que es el Señor de todo, no sólo rebajarse a la condición de esclavo, sino también de mal esclavo, para ser castigado cual malhechor, satisfaciendo de esta suerte por nuestras culpas.

Cierto que la flagelación fue el tormento más cruel y el que más abrevió la vida de nuestro Redentor, porque la gran efusión de sangre (predicha en San Mateo: *Esta es mi sangre la alianza, por muchos es derramado*), fue la principal causa de su muerte. Cierto que esta sangre fue derramada primero en Getsemaní, en la coronación de espinas y en la crucifixión; pero la derramó en mayor abundancia en la flagelación. Este suplicio fue para Jesucristo vergonzoso y humillante, porque era suplicio reservado a los esclavos, por lo que los tiranos, después de condenar a muerte a los mártires, primero los azotaban y después les quitaban la vida; en cambio, nuestro

Señor fue antes azotado que condenado a muerte. Durante su vida había predicho a sus discípulos que sería condenado a esta muerte cruel: *Será entregado a los gentiles y escarnecido... y después de azotarle le matarán*, anunciándoles el gran dolor que había de experimentar en este tormento.

Según revelación hecha a Santa Brígida, un verdugo mandó a Jesús que se despojara de sus vestiduras; obedeció, se abrazó a la columna a la que le ataron, y le azotaron tan cruelmente, que su cuerpo quedó completamente lacerado; y añade la revelación que los azotes no sólo herían, sino que surcaban las sacrosantas carnes. De tal modo fue azotado, que, como continúa la revelación, se veían las costillas a través del pecho. Concuerda con esto lo que escribe San Jerónimo: «Los azotes destrozaron el sacratísimo cuerpo de Dios», y San Pedro Damiano, que los verdugos perdieron las fuerzas en la flagelación del Señor. Todo lo cual predijo el profeta Isaías con estas palabras: *Fue traspasado por causa de nuestros pecados*. La palabra *attritus* tiene también el significado de *desmenuzado* o *molido*.

¡Jesús mío!, aquí tenéis a uno de vuestro más crueles verdugos, que os flageló con sus pecados; pero tened compasión de mí. ¡Amable Salvador mío!, poca cosa es un corazón para amaros. Ya no quiero vivir para mí, sino sólo para vos, amor mío y mi todo. Por eso, os diré con Santa Catalina de Génova: «¡Oh amor, oh amor, no más pecar!» Basta ya de ofensas, que en adelante espero ser todo vuestro, y con vuestra gracia, también espero serlo por toda la eternidad.

II. La coronación de espinas

La Madre de Dios reveló a Santa Brígida que la corona de espinas ceñía toda la sagrada cabeza de su Hijo, abarcándole hasta la mitad de la frente, y que las espinas fueron tan violentamente clavadas, que la sangre corría en abundancia por el rostro de Jesús, que aparecía cubierto de sangre.

Dice Orígenes que esta corona de espinas no se le quitó de la cabeza al Señor hasta después de expirar en la cruz. Mas, como la túnica interior no era cosida, sino inconsútil, razón por la que la sortearon los soldados y no se la dividieron, como los otros vestidos externos, como tenían que sacarla por la cabeza, con más probabilidad afirman otros autores que al sacársela le quitaron la corona, que le volvieron a poner antes de clavarlo en la cruz.

Léese en el Génesis: *Maldita será la tierra por tu causa...; espinos y abrojos te germinarán*. Dios fulminó esta maldición contra Adán y su descendencia, porque, al decir tierra, no sólo se hablaba de la tierra material, sino también de la carne humana, que, inficionada por el pecado de Adán, sólo produce espinas de pecados. Ahora bien, para contrarrestar esta infección de la carne, dice Tertuliano que era necesario que Jesucristo ofreciese a Dios el sacrificio de este extraordinario tormento de la coronación de espinas.

Este tormento, en sí tan doloroso, estuvo, además, acompañado de otros tormentos, como bofetadas, salvazos y sarcasmos de los soldados, según atestiguan San Mateo y San Juan: *Y trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha; y, doblando la rodilla delante de El, le mofaban diciendo: Salud, rey de los judíos. y escupiendo en El, tomaron la caña y le daban golpes*

en la cabeza. Y los soldados, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y le vistieron un manto de púrpura; y venían a El y le decían: ¡Salud, Rey de los judíos! Y le daban bofetadas.

¡Oh Jesús mío, y cuántas espinas añadí a vuestra corona con mis malos pensamientos consentidos! ¡Quien pudiera morir por ello de dolor! Perdonadme, por los méritos de aquel dolor que aceptasteis precisamente para perdonarme. ¡Ah, Señor mío, tan humillado y vilipendiado! Cargasteis con tantos dolores y desprecios para moverme a compasión de vos, a fin de que, al menos, os amase por compasión y no os causase más disgustos. ¡Ea, Jesús mío!, dejad ya de padecer, pues que estoy persuadido del amor que me profesáis y os amo con toda mi alma. Pero comprendo que no estáis del todo satisfecho, ni saciado de trabajos, hasta que no muráis en la cruz de puro dolor. ¡Oh Bondad, oh Caridad infinita, desgraciado del corazón que no os ama!

III. Jesús, conducido al Calvario

La cruz comenzó a atormentar a Jesucristo antes de que en ella le clavasen, pues, luego de condenarlo Pilatos, se la impusieron sobre los hombros para que la llevase al Calvario y en ella muriese crucificado. El la llevó sin manifestar repugnancia alguna. San Agustín, glosando a San Juan, exclama: «A los ojos del impío, esto es gran ignominia, pero es grande misterio a los ojos de la fe». En efecto, mirando la crueldad que se usó con Jesucristo, obligándole a cargar con su patíbulo, fue grande humillación; pero, considerando el amor con que El abrazó la cruz, se admira el grande misterio, porque, al llevar la cruz,

quiso nuestro Capitán enarbolar el estandarte debajo del que habían de alistarse y militar sus seguidores en la tierra, para compatir después con El el reino de los cielos.

San Basilio, comentando este paso de Isaías: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, sobre cuyo hombro está el principado*, dice que los tiranos de la tierra agobian a sus vasallos con injustos tributos para acrecentar su poderío, en tanto que Jesucristo quiso cargar con todo el peso de la cruz y llevarla sobre sí, dejando en ella la vida, para alcanzarnos la salvación. Nótese, además, que los reyes terrenos fundan su imperio sobre la fuerza de las armas y en la abundancia de las riquezas, en tanto que Jesucristo fundó su principado en el ludibrio de la cruz, es decir, en ludibrios y padecimientos, y por eso aceptó voluntariamente el llevar la cruz, en aquel doloroso viaje, para darnos con su ejemplo valor para abrazar la propia cruz y poderlo seguir. De ahí que luego dijese a sus discípulos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame*.

Notables son los elogios que San Juan Crisóstomo hace de la cruz, llamándola *Esperanza de los desesperados*; y ¿qué esperanza de salvación tendrían los pecadores si por salvarlos no hubiera muerto Cristo en la cruz? —*Guía de los navegantes*. En el proceloso mar de este mundo, por el cual vamos navegando; en la humillación de la cruz, es decir, en la tribulación, hallaremos el seguro guía que nos lleve por ruta de los divinos mandamientos y nos vuelva a ella si, por desgracia, la hubiéramos perdido, como dice David: *Bueno me es haber sido afligido, para aprender así tus estatutos. Consejera de los justos*. Los justos toman ocasión de la adversidad para unirse más ínti-

mamente con Dios. –*Descanso de atribulados*. Y ¿dónde mayor descanso que mirar la cruz, en la que nuestro Redentor y Dios murió de dolor por nuestro amor? –*Gloria de los mártires*. Gloria fue de los mártires el haber podido unir sus dolores y su muerte a la muerte y dolores que padeció Jesucristo en la cruz. De ahí que San Pablo dijese: *A mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*. –*Médico de los enfermos*. ¡Qué gran remedio es para muchos que padecen enfermedades espirituales, pues las atribulaciones los hacen entrar dentro de sí y los desprenden del mundo –*Fuente que apaga la sed*. La cruz, o el padecer por Cristo, es el gran deseo de los santos. Santa Teresa decía: «Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí»; y Santa Magdalena de Pazzi llegaba hasta decir: «Padecer y no morir», como si rehusara morir e ir al cielo para quedar padeciendo en la tierra.

Por lo demás, generalmente hablando, todos, justos y pecadores, tienen su cruz. Y aunque los justos disfruten de paz de conciencia, aun tienen sus vicisitudes, ya que unas veces son consolados con visitas divinas y otras son afligidos por enfermedades corporales y demás contrariedades, desolaciones, obscuridades, arideces de espíritu, escrúpulos, tentaciones y temores de la propia salvación. Más pesada es aún la cruz de los pecadores por los remordimientos de conciencia que padecen, los temores que de ellos se apoderan al recordar los castigos eternos y las angustias que sufren en la contrariedad. Los santos se conforman con la voluntad de Dios y llevan pacientemente las contrariedades, pero los pecadores, ¿cómo podrán conformarse con la voluntad divina, si viven como enemigos de Dios? Las penas de los enemigos de Dios son penas sin alivio ni consuelo. Razón tenía

Santa Teresa para decir: «Y no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y así las lastima, y cansa, y hace pedazos; porque, si es amada, es suave de llevar; esto es cierto».

IV. La crucifixión

Tratemos ya de la crucifixión. Fue revelado a Santa Brígida que, cuando el Salvador se vio en la cruz, extendió la mano derecha al sitio en que había de ser clavada. Después le clavarón la otra mano, luego los sagrados pies, y se dejó que Jesucristo muriese en aquel lecho de dolor. Dice San Agustín que el suplicio de la cruz era acerbísimo, porque en ella, como escribe, era la muerte más lenta, para acrecentar el padecimiento.

¡Oh Dios, qué espanto debió de apoderarse del cielo al ver al Hijo del Eterno Padre crucificado en medio de dos ladrones!, como había predicho Isaías: *Y haber sido entre los delincuentes contado*. Por eso, San Juan Crisóstomo, contemplando a Jesús crucificado, exclama, lleno de estupor y de amor: «En medio de la Santísima Trinidad, en medio de Moisés y Elías y en medio de dos ladrones...» Cual si dijese: Yo miro a mi Salvador, primero en el cielo entre el padre y el Espíritu Santo, luego en el monte Tabor entre los santos Moisés y Elías, y ¿cómo es posible que lo vea después crucificado en el calvario entre dos ladrones? Así debía, empero, suceder, porque, según el divino decreto, así debía, morir para satisfacer con su muerte por los pecados de los hombres y salvarlos, según la ya citada profecía: *Haber sido entre los delincuentes contado, llevando los pecados de muchos*.

El mismo profeta pregunta: *¿Quién es este que viene de Edom, rojos los vestidos, de Bosrá; que resplandece en su vestidura, camina altivo en la plenitud de su fuerza? ¿Quién es este, tan hermoso y fuerte, que viene de Edom, con los vestidos teñidos de sangre?* Edom significa color de rosa, un tanto obscuro, bermejo, según se lee en el Génesis. A la pregunta anterior responde Jesucristo, según los intérpretes: *Yo soy el que habla con justicia, el que es grande en el salvar.* Yo soy el Mesías prometido, que vine a salvar a los hombres, triunfando de sus enemigos. Torna de nuevo a preguntar el profeta: *¿Por qué está roja tu vestidura y tus ropas como las de quienes pisan el lagar?* ¿Por qué está rojo tu vestido y semejante al de los que pisan la vendimia en el lagar?, y responde: *El lagar he pisado yo solo, y de los pueblos nadie ha estado conmigo.* Tertuliano, San Cipriano y San Agustín entienden por lagar la pasión de Cristo, en la que su vestido, es decir, su sacrosanta carne, fue cubierta de sangre y de llagas, según aquello de San Juan: *E iba envuelto en un manto de sangre, y es llamado por nombre el Verbo de Dios.* San Gregorio, al explicar las palabras *El lagar he pisado yo solo*, escribe: «El lagar en que pisó y fue pisado». Dice *pisó*, porque Jesucristo, con su pasión, venció y trituró al demonio; y dice *fue pisado*, porque en la pasión fue su cuerpo pisoteado y prensado como el racimo en la prensa. *Mas a Yahveh* —dice Isaías— *le plugo destruirlo con padecimiento.*

Y el Señor, el más bello de los hombres —*Tú eres el más hermosos entre los hombres*—, aparece en el Calvario tan desfigurado por los tormentos, que causa horror al que lo contempla, si bien tal deformidad lo torna más bello a vista de las almas amantes, porque las llagas y las carnes, lívidas y desgarradas, son otras

tantas pruebas y demostraciones del amor que nos tiene. Petrucci cantó: «Al veros, Señor, tan maltratado por los verdugos, los corazones amantes os tienen por más hermoso cuanto más deformado os contemplan».

San Agustín dice que la fealdad de Cristo es nuestra hermosura; y, en efecto, la deformidad de Jesús crucificado fue causa de la belleza de nuestras almas, que, antes deformes y luego lavadas con la divina sangre: *Estos que andan vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son?*, y responde: *Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus vestidos y las blanquearon con la sangre del Cordero*. Todos los santos, como hijos de Adán, excepción hecha de la Santísima Virgen María, estuvieron durante algún tiempo cubiertos con el manto de la culpa de Adán y de los personales pecados; mas, una vez purificados con la sangre del Cordero, tornáronse hermosos y agradables a los ojos de Dios.

Razón tuvisteis, Jesús mío, para decir que, cuando fueseis levantado en alto de la cruz, atraeríais a vos todas las cosas. Sí, porque nada habéis omitido para atraeros el afecto de todos los corazones. Y icuántas y cuántas felicísimas almas, al veros crucificado y muerto por su amor, lo abandonaron todo, riquezas, dignidades, patria y parientes, y desafiaron los tormentos y la muerte, para entregarse del todo a vos! ¡Desventurados los que resisten a la gracia que les ganasteis con tantas fatigas y dolores! Este será su mayor tormento en el infierno: haber tenido un Dios que, para conquistarse su amor, murió en una cruz y que ellos espontáneamente quisieron perderse, sin esperanza de remedio, por toda una eternidad.

¡Ah, Redentor mío!, después de las ofensas que os causé merecía haber caído en tamaña desgracia. ¡Qué

de veces resistí a vuestros llamamientos amorosos y a los esfuerzos que hacíais para cautivarme con los lazos de vuestro amor! ¡Ojalá hubiera muerto antes de ofenderos por primera vez! ¡Ojalá os hubiera amado siempre! Gracias, amor mío, por haberme llamado con tanta insistencia, en lugar de abandonarme, como tenía merecido; gracias por las luces e impulsos amorosos que me habéis infundido. *Las gracias del Señor contaré siempre.* Por favor, no ceséis, Salvador mío y esperanza mía, de continuar cautivándome con vuestras gracias, para que os pueda amar en el cielo con más fervor, recordando tantas misericordias como habéis usado conmigo, después de tantos disgustos como os he causado. Todo lo espero de aquella preciosa sangre por mí derramada y de la afrentosa muerte que habéis por mí padecido.

¡Oh Santísima Virgen María!, protegedme y rogad a Jesús por mí.

V. Jesús, clavado en la cruz

Jesús en la cruz fue espectáculo que conmovió al cielo y a la tierra. ¡Un Dios omnipotente, Señor de todo, muriendo en un patíbulo infame, condenado cual malhechor entre dos facinerosos! Sorprendente caso de justicia del Eterno Padre, que castigó los pecados de los hombres en la persona de su Hijo, a quien amaba como a sí mismo, para que quedase aplacada la divina justicia. Sorprendente espectáculo de misericordia del inocente Hijo, que moría con muerte tan cruel e ignominiosa para salvar a sus criaturas de la pena por los pecados merecidos. Sorprendente espectáculo de amor de un Dios que ofrece y da la vida para redimir de la muerte a sus enemigos,

los esclavos. Estas maravillas del Señor fueron y serán siempre el más agradable motivo de la contemplación de los santos, pues con sólo su recuerdo se despojaron de todos los bienes y placeres terrenos y abrazaron, ansiosos y alegres, las penalidades y la muerte, para corresponder de alguna manera a un Dios muerto por su amor.

Alentados con el ejemplo de Jesucristo, despreciado en la cruz, los santos amaron los desprecios más aún que los mundanos los honores terrenos. Al ver a Jesús morir en la cruz, despojado de sus vestiduras, abandonaron los bienes terrenos. Al verlo plagado de llagas y chorreando sangre, aborrecieron los placeres sensuales y se dieron a mortificar la propia carne, para acompañar con sus dolores los dolores del Crucificado. Al ver la obediencia de Cristo y su total conformidad con la voluntad del Padre, se esforzaron en mortificar y vencer todos los apetitos opuestos a la voluntad divina; y muchos, si bien ocupados en obras de caridad, con todo, conocedores de que el privarse de la propia voluntad era el sacrificio más grato al corazón de Dios, se recluyeron en cualquier instituto religioso para vivir sujetos a obediencia y sometidos a la voluntad ajena. Al ver la paciencia de Jesucristo, sufriendo tantas penalidades y oprobios por nuestro amor, aceptaron con paz y alegría las injurias, enfermedades, persecuciones y tormentos de los tiranos. Al ver, finalmente, el amor que nos demostró Jesucristo, sacrificando su vida a Dios por nosotros en la cruz, sacrificaron a Jesucristo cuanto tenían: bienes, placeres, honores y vida.

¿Cómo, pues, explicar que haya tantos cristianos que, sabiendo por la fe lo mucho que Jesucristo padeció por su amor, en vez de consagrarse a su servicio y amor, vivan entre continuas ofensas y despre-

cios entregados a gustos pasajeros y mezquinos? ¿De dónde procede tamaña ingratitud? De que se olvidan de la pasión y muerte de Jesucristo. Y ¿cuál no será su remordimiento y vergüenza cuando el Señor les eche en cara cuanto por ellos hizo y padeció?

Almas devotas, tengamos siempre ante la vista a Jesús crucificado, que muere entre tanto dolores e ignominias por amor nuestro. Todos los santos sacaron de la pasión de Cristo las llamas de caridad que les hicieron olvidar los bienes de este mundo, y aun a sí mismos, para dedicarse sólo a amar y complacer a este divino Salvador, tan enamorado de los hombres, que ya no supo qué más hacer para ser amado de ellos. La cruz, en una palabra, o la pasión de Jesucristo, nos alcanzará la victoria de todas las pasiones y tentaciones de que el infierno se sirviere para apartarnos de Dios. La cruz es el camino y la escala para llegar al cielo. ¡Dichosa el alma que se abraza con ella y no la abandona ni en la hora de la muerte! Quien muere abrazado a la cruz tiene segura garantía de la vida eterna, prometida a cuantos siguieren con la propia cruz a Jesús crucificado.

Crucificado Jesús mío, nada habéis perdonado para haceros amar de los hombres, llegando hasta perder vuestra vida con afrentosísima muerte. ¿Cómo, por tanto, se explica que los hombres, tan amantes siempre de quienes reciben alguna muestra de afecto, sean con vos tan ingratos que desprecien vuestro amor y vuestra gracia por bienes viles y miserables? ¡Ah, desventurado de mí!, yo fui uno de esos ingratos que por una nonada renuncié a vuestra amistad, volviéndoos las espaldas. Merecido tengo que me arrojéis de vuestra presencia, como os arrojé de mi alma. Pero oigo que aun me reclamáis mi amor: *Amarás, pues, a Yahveh, tu Dios.* Sí, Jesús

mío; puesto que deseáis que os ame y me brindáis con el perdón, renuncio a todas las criaturas y no quiero amar de hoy en adelante más que a vos sólo, Criador y Redentor mío. Vos seréis el único amor de mi alma.

¡Oh María, Madre de Dios, refugio de pecadores!, rogad por mí, alcanzadme la gracia de amar a Dios, y nada más os pido.

CAPÍTULO IV

REFLEXIONES SOBRE LOS IMPROPERIOS DIRIGIDOS A JESUCRISTO MIENTRAS ESTABA EN LA CRUZ

I. Agonía de Jesús en la cruz

El orgullo, como hemos dicho, fue la causa del pecado de Adán y, en consecuencia, de la ruina del género humano; por eso vino Jesucristo a reparar tamaña catástrofe con su humildad, abrazándose generoso con los oprobios que le preparaban sus enemigos, como dijo David: *Porque yo por tu causa sufrí afrenta y se cubrió de confusión mi rostro*. Toda la vida del Redentor estuvo plagada de menosprecios y humillaciones, recibidas de parte de los hombres, que El no rehusó padecer hasta la muerte, para librarnos de la eterna humillación: *El cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión*.

¡Oh Dios!, ¿quién no lloraría de ternura y no amaría a Jesucristo si considerara cuánto padeció en las tres horas en que estuvo crucificado y agonizando en la cruz? Cada miembro de su cuerpo estaba llagado y dolorido, sin que ninguno pudiera socorrer al otro. El afligido Señor no podía moverse en aquel lecho de dolor, pues tenía clavados manos y pies; sus sacrosantas carnes estaban plagadas de llagas, y las de las manos y pies eran las más dolorosas, pues que de

ellas pendía todo el cuerpo; por lo que, si en aquel patíbulo se apoyaba en las manos o en los pies, no hacía más que acrecentar el dolor. Con toda verdad se puede afirmar que Jesús en aquellas tres horas de agonía sufrió tantas muertes cuantos fueron los instantes que estuvo clavado. ¡Oh Cordero inocente, que tanto padeciste por mí!, tened de mí compasión.

Estas eran las penas exteriores del cuerpo, las menos acerbas, pues mucho mayores eran las penas interiores del alma benditísima, que se sentía completamente desolada y privada de la más mínima partecita de consuelo o alivio sensible; todo en ella era tedio, tristeza y aflicción. Esto quiso dar a entender con las palabras: *Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me desamparaste?* Y, anegado en este mar de dolores, internos y externos, quiso morir nuestro Redentor, según lo había predicho por David: *He llegado hasta el fondo de las aguas, y las olas me anegan.*

II. «Si... eres Hijo de Dios, baja de la cruz»

Mientras que Jesús agonizaba en la cruz y estaba para llegar la muerte, cuantos le rodeaban, sacerdotes, escribas, ancianos y soldados, rivalizaban en burlas y sarcasmos. *Y los que por allí pasaban le ultrajaban, moviendo sus cabezas, palabras de San Mateo, que profetizó David al escribir: Todos cuantos me ven, de mí se mofan, tuercen los labios, mueven la cabeza.* Los que pasaban ante El le decían: *Tú, el que destruyes el santuario y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, si es que eres Hijo de Dios, y baja de la cruz.* Jesús no había hablado del templo material, diciendo que lo podía derribar y levantar en tres días, sino que había dicho: *Destruid este santuario, y en*

tres días lo levantaré, con cuyas palabras quiso significar su poder; pero propiamente, como escriben Eutimio y otros expositores, habló alegóricamente, prediciendo que los judíos, al darle muerte, separarían el alma del cuerpo, a pesar de lo cual El resucitaría en tres días.

Añadían: *Sálvate a ti mismo*. ¡Ingratos! Si el Hijo de Dios, hecho hombre, hubiera querido salvarse a sí mismo, no hubiera elegido espontáneamente tal muerte. *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz*; pero si Jesús baja de ella y no lleva a cabo la obra de nuestra redención con su muerte, no nos hubiéramos librado de la muerte eterna. «No quiso bajar —dice San Ambrosio— para no bajar para El, sino para morir por mí». Escribe Teofilacto que los judíos hablaban de esta manera por instigación diabólica, que intentaba impedir la salvación que mediante la cruz nos había de merecer Jesucristo. Y añade después que el Señor no hubiera subido a la cruz si hubiera querido bajar de ella sin llevar a cabo la obra de nuestra redención.

Opina San Juan Crisóstomo que los judíos decían estas cosas para hacerlo morir entre vituperios, para que a los ojos de todos pasase cual impostor, presentándolo como incapaz de librarse de la cruz, luego de haberse gloriado de ser Hijo de Dios. Pero se engañaban en sus cuentas los judíos, prosigue el santo Doctor, porque si Jesucristo hubiera bajado de la cruz antes de morir, no hubiera sido el Hijo de Dios, prometido a la humanidad, a quien debía salvar con su muerte. Por esto, dice el Santo, no baja de la cruz, porque es Hijo de Dios y, como tal, vino al mundo para alcanzarnos la vida eterna. De igual modo se expresa San Atanasio, al decir que nuestro Redentor se dio a reconocer como verdadero Hijo de Dios permaneciendo en la cruz hasta la muerte. Así, en efecto,

estaba predicho por los profetas, que nuestro Redentor había de morir crucificado: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho por nosotros objeto de maldición, porque escrito está: Maldito todo el que está colgado de un palo.*

III. «A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse»

Continúa San Mateo relatando los restantes improperios que los judíos dirigían a Jesucristo: *A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse*, con lo que le tachaban de impostor, respecto a los milagros, y después le echaban en cara su impotencia, al no serle dado salvarse a sí propio. Pero San León les responde que aquél no era tiempo de manifestar su divino poder y que no debía prescindir de la humana redención para acallar sus blasfemias. San Gregorio aduce otro motivo por el que no le plugo a Cristo bajar de la cruz, no nos hubiera dado tan admirable ejemplo de paciencia». Ciertamente que muy bien podía Jesucristo librarse de la cruz y del resto de los sufrimientos; pero no era aquel tiempo oportuno para hacer gala de su omnipotencia, sino para enseñarnos la paciencia en los trabajos, resignados a la voluntad de Dios; por eso renunció Jesucristo a libertarse de la muerte, primero para cumplir la voluntad de su Padre y después para no privarnos de tan admirable ejemplo de paciencia.

La paciencia que Jesucristo manifestó en la cruz, tolerando la confusión de tantos improperios de parte de los judíos, nos mereció la gracia de padecer con paz y resignación las humillaciones y persecuciones del mundo. Por eso San Pablo, hablando del viaje de Jesucristo al Calvario cargado con la cruz, nos exhor-

ta a acompañarlo, diciendo: *Salgamos, pues, a El fuera del campamento, llevando su oprobio*. Cuando los santos eran injuriados, no pensaban en venganzas ni se turbaban por ello, sino que se consolaban viéndose despreciados como lo fue Jesucristo. No nos avergoncemos, pues, de abrazar los desprecios por amor de Jesucristo, que tantos sufrió por nosotros.

Redentor mío, cierto que no obré en lo pasado, pero en adelante quiero sufrirlo todo por amor vuestro; ayudadme a ponerlo por obra.

IV. «Líbrele ahora (Dios) si de verdad le quiere»

No contentos los judíos con las injurias y blasfemias proferidas contra Jesucristo, las dirigieron ahora al Eterno Padre, diciendo: *Ha puesto en Dios su confianza: líbrele ahora si de verdad le quiere; como que dijo: «de Dios soy Hijo»*.

Estas palabras sacrílegas de los judíos las anunció de antemano David, cuando dijo: *Todos cuantos me ven, de mí se mofan, tuercen los labios, mueven la cabeza: «Confió en el Señor, pues que El le libre; ya que en El se complace, que le salve»*. Pues bien, quienes así hablaban fueron llamados por David en el mismo salmo toros, perros y leones: *Me rodean becerros numerosos, toros bravíos de Basán me cercan. Tienen abierta contra mí su boca, como león rampante y rugiente*. Pues bien, cuando los judíos pronunciaban las palabras que recuerda San Mateo: *Líbrele ahora si de verdad le quiere*, se delataron a sí mismos cual toros, perros y leones de que habla David. Estas blasfemias que un día habían de proferir contra el Salvador y contra Dios las profetizó más expresamen-

te el Sabio con estas palabras: *Presume poseer ciencia de Dios, y a si mismo se apellida Hijo de Dios..., se jacta de tener a Dios por padre... Que si el justo es hijo de Dios, El le protegerá y le librará de manos de sus adversarios. Con afrenta y tormento hagamos experiencia de él, para que conozcamos su medida y aquilatemus su firmeza en sufrir. Condenémosle a muerte ignominiosa.*

Los príncipes de los sacerdotes, carcomidos de envidia y odio, se complacieron en afrentar de ese modo a Jesucristo; pero, a la vez, no estaban exentos de temor de algún castigo, pues no podían negar los milagros del Señor. Por eso muchos de los sacerdotes y jefes de la sinagoga vivían inquietos y temerosos, por lo que quisieron asistir personalmente a su muerte, para que tal muerte los librara del temor que les atormentaba. Viéndolo, pues, clavado en cruz y que no lo había librado de ella su Padre, Dios, comenzaron a insultarle con mayor audacia, echándole en cara su impotencia y la presunción de haberse tenido por Hijo de Dios. Decíanle: *Confió en el Señor, pues que El le libre si de verdad le quiere; como que dijo: «De Dios soy Hijo».* Pero torpemente les engañaba su malicia, porque Dios amaba a Jesucristo, y le amaba como a Hijo, y le amaba cabalmente porque Jesús estaba sacrificando su vida en la cruz para salvación de los hombres, obedeciendo al Padre, según El mismo dijo: *Y doy mi vida por las ovejas... Por esto me ama mi Padre, porque yo doy mi vida.* El Padre lo había destinado para víctima de aquel gran sacrificio, que debía proporcionarle gloria infinita, por ser la víctima un Hombre Dios y al género humano había de traerle la salvación; pero si el Padre hubiese librado a Jesús de la muerte, el sacrificio habría quedado imperfecto, por lo que el Padre se hubiera pri-

vado de aquella gloria y los hombres no hubieran alcanzado la salvación.

V. Jesús sufrió tanto por salvarnos

Escribe Tertuliano que todos los ultrajes que recibió Jesucristo fueron un misterio de salvación, para curar nuestra soberbia, y si bien aquellas afrentas eran injustas e inmerecidas, con todo, eran necesarias para nuestra salvación y dignas, por consiguiente, de un Dios que a tanta costa quería salvar al hombre. Y, hablando de los improperios dirigidos a Jesús, añade: «Eran indignos para El y necesarios para nosotros, por lo que se convertían en dignos a los ojos de Dios, porque nada hay más digno a los ojos de Dios que alcanzar la salvación del hombre».

Avergoncémonos, pues nos gloriamos de ser discípulos de Jesucristo, cuando Dios sufre ante los desprecios que recibimos, cuando Dios sufre con tanta paciencia por nuestra salvación. Y no nos avergoncemos, por el contrario, de imitar a Jesucristo en el perdón de quien nos ofenda, ya que declaró que en el día del juicio se avergonzará de quienes en la vida se hubieren avergonzado de El.

¡Jesús mío!, y ¿cómo puedo yo dolerme de las ofensas recibidas, cuando mil veces merecí ser pisoteado por los demonios en el infierno? ¡Ah!, por los méritos de tantos desprecios como sufristeis en vuestra pasión, dadme gracia para sufrir con paciencia por amor vuestro, como vos sufristeis por amor mío. Os amo sobre todas las cosas y deseo padecer por vos, que tanto padecisteis por mí. Todo lo espero de vos, que me comprasteis al precio de vuestra sangre.

También lo espero de vuestra intercesión, ¡oh Madre mía, María!

CAPÍTULO V

REFLEXIONES SOBRE LAS SIETE PALABRAS DE JESUCRISTO EN LA CRUZ

I. «Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt» (Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen)

¡Oh ternura del amor de Jesucristo hacia los hombres! Dice San Agustín que el Salvador pedía perdón, al mismo tiempo que le injuriaban sus enemigos, ya que entonces no miraba tanto las injurias y la muerte que de ellos recibía, cuanto al amor con que por ellos moría. Mas dirá alguien: Y ¿por qué Jesús rogó al Padre que los perdonara, pudiendo El mismo perdonar las injurias que recibía? Responde San Bernardo que rogó al Padre no porque le faltara poder para perdonar, sino para enseñarnos a orar por quienes nos persiguen. Y añade el santo Abad en otro pasaje: «¡Cosa digna de admiración! Jesucristo exclama: *Perdónalos*, y los judíos vociferan: ¡Crucifícalo!» Mientras que Jesucristo, añade Arnolfo de Chartres, se esforzaba por salvar a los judíos, éstos se esforzaban por condenarse; pero ante Dios podía más la caridad del Hijo que la ceguera del pueblo ingrato. Y San Cipriano añade: «La sangre de Cristo da la vida hasta a quienes la derraman». Tanto fue el deseo que tuvo Jesucristo de salvar a todos, que no negó participación en sus méritos ni aun a sus mismos enemigos,

que derramaban su sangre a fuerza de tormentos. Mira, dice San Agustín, a tu Dios clavado en la cruz, oye la plegaria que dirige por sus verdugos, y después niega la paz al hermano que te ofende.

San León atribuye a la oración de Cristo la conversión de tantos millares de judíos como se rindieron a la predicación de San Pedro, según se lee en los Actos de los Apóstoles. Dios no permitió, dice San Jerónimo, que la oración de Jesucristo quedase estéril, y por eso millares de judíos abrazaron la fe. Pero ¿por qué no se convirtieron todos? Porque la oración de Jesucristo fue condicional; se aplicaba a los que no fueran del número de aquellos a quienes se dijo: «Vosotros siempre chocáis contra el Espíritu Santo»

En la oración de Jesucristo entraron también los pecadores, de suerte que todos podemos decir a Dios: Padre Eterno, oíd la voz de vuestro amado Hijo que os pide nos perdonéis. Ciertamente que no merecemos tal perdón, pero lo merece Jesucristo, quien con su muerte satisfizo sobreabundantemente por nuestros pecados. No, Dios mío, no quiero obstinarme en el mal como los judíos; me arrepiento, Padre mío, ya sabéis que soy un pobre enfermo, perdido por mis pecados; pero vos cabalmente vinisteis del cielo a la tierra para sanar a los enfermos y salvar a los extraviados que se arrepienten de haberos ofendido, como lo declarasteis por Isaías: *Vino el Hijo del hombre a buscar y a salvar lo que había perecido*; e igual dijisteis por San Mateo: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido*.

II. «Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso» (En verdad te digo que estarás conmigo en el paraíso)

Enseña San Lucas que, de los dos ladrones crucificados con Jesucristo, uno permaneció en su obstinación, al paso que el otro se convirtió, y al ver que su pérfido compañero blasfemaba del Señor, diciéndole: *¿No eres tú el mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros*, lo reprendió, diciéndole que ambos sufrían el merecido castigo, al paso que Jesús era inocente: *Nosotros, a la verdad, lo estamos justamente, pues recibimos el justo pago de lo que hicimos; mas éste nada inconveniente ha hecho*. Y, vuelto después al propio Jesús, le dijo: *Acuérdate de mí cuando vinieres en la gloria de tu realeza*. Con tales palabras lo reconoció por verdadero Señor suyo y por Rey del cielo, que fue cuando Jesús le prometió el paraíso. Escribe cierto docto autor que el Señor, en virtud de su promesa, se mostró cara a cara al buen ladrón, colmándole de felicidad, aunque no le dio a gustar, antes de entrar en él, todas las delicias del paraíso.

Arnoldo de Chartes, en su *Tratado de siete palabras*, enumera los actos de virtud que San Dimas, buen ladrón, ejercitó en su muerte. «Cree —dice—, se arrepiente, se confiesa, predica, ama, confía y ora». Ejercitó *la fé*, diciendo: *Acuérdate de mí cuando vinieres en la gloria de tu realeza*, creyendo que Jesucristo después de la muerte entraría victorioso en su gloria. «Lo ve morir —dice San Gregorio— y cree que ha de reinar».

Se ejercitó en *la penitencia* con la confesión de sus pecados, al decir: *Nosotros, a la verdad, lo estamos justamente, pues recibimos el justo pago de lo que hicimos*. Nota San Agustín que el buen ladrón no se

atrevió a esperar el perdón antes de la confesión de sus delitos, y añade San Atanasio: «¡Feliz ladrón que arrebataste el cielo con esta confesión!»

Otras hermosas virtudes practicó este santo penitente en aquella hora. Se ejercitó en *la predicación*, declarando la inocencia de Cristo: *Mas éste nada inconveniente ha hecho*. Se ejercitó en el *amor divino*, aceptando con resignación la muerte en pena de sus pecados, cuando dijo: *Recibimos el justo pago de lo que hicimos*. De ahí que San Cipriano, San Jerónimo y San Agustín no titubeen en llamarle mártir, porque, según Sylveira, este feliz ladrón fue verdadero mártir, pues los verdugos, al quebrarle las piernas, se ensañaron más en él porque había proclamado la inocencia de Jesús, tormento que el santo aceptó por amor de su Señor.

Notemos aquí de paso la bondad de Dios, que siempre da, según San Ambrosio, más de lo que se le pide. Pedía, dice el Santo, que se acordara de El, y Jesucristo le responde: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Y San Juan Crisóstomo añade que nadie antes que el buen ladrón mereció la promesa del paraíso. Entonces tuvo cumplimiento lo que Dios afirmó por Ezequiel: que cuando el pecador se arrepiente de todo corazón, de tal modo se le perdona, que hasta se llegan a olvidar sus culpas. E Isaías nos recuerda que Dios se siente tan inclinado a hacernos bien, que acude presto a nuestras súplicas: «Con certeza obrará gracia contigo, atendiendo a la voz de tu grito de auxilio». Dice San Agustín que Dios está siempre dispuesto a estrechar contra su corazón a los pecadores arrepentidos. y ved cómo la cruz del mal ladrón, llevada con impaciencia, fue su mayor ruina para el infierno, en tanto que, por haberla llevado con paciencia y resignación, el buen ladrón se valió

de ella como de escala para el paraíso. ¡Dichoso ladrón, que tuviste la suerte de unir tu muerte a la pasión de tu Salvador!

¡Oh Jesús mío!, de hoy más os sacrifico mi vida y os pido la gracia de poder, en la hora de la muerte, sumarla al sacrificio de la vuestra en el ara de la cruz; por los merecimientos de vuestra muerte espero morir en gracia y amándoos con todo mi corazón, despojado de todo afecto terreno, para seguir amándoos con todas mis fuerzas por toda la eternidad.

III. «Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua» (Mujer, he ahí a tu hijo... He ahí a tu madre)

Dice San Marcos que en el Calvario había varias mujeres mirando a Jesús crucificado, pero de lo lejos. Es de creer que la Madre de Jesús se hallara entre ellas; San Juan dice que la Santísima Virgen se hallaba no lejos, sino cerca, en unión de María Cleofé y María Magdalena. Queriendo Eutimio explicar esta aparente contradicción, dice que la Santísima Virgen, al ver que su Hijo estaba para expirar, se aproximó más que el resto de las mujeres a la cruz, sin temor a los soldados que la rodeaban y llevando pacientemente los insultos y empujones de los que custodiaban a los condenados, para poder hallarse más cerca de su amado Hijo. Lo propio dice un docto autor que escribió la vida de Jesucristo: «Allí estaban los amigos que lo observaban de lejos, pero la Santísima Virgen, la Magdalena y otra María estaban cerca de la cruz, con San Juan, por lo que Jesús, viendo a su Madre y a San Juan, les dijo las palabras antes citadas: *Mujer, he ahí a tu hijo*, etc. El abad Guerric escribe: «¡Verdadera Madre, que ni en los horrores

de la agonía abandonó al Hijo!» Madres hay que se retiran para no presenciar la agonía de sus hijos; su amor no les consiente asistir a tal espectáculo ni verlos morir sin poderlos socorrer. La santísima Madre, por el contrario, cuanto más proximo estaba el Hijo a la muerte, tanto más se acercaba a la cruz.

Estaba junto a la cruz esta Madre afligida, y, mientras que Jesús ofrecía la vida por la salvación de los hombres, María unía sus dolores al sacrificio del Hijo y, perfectamente resignada, tomaba parte en todas las penas y oprobios que sufría el moribundo Jesús. Observa un autor que no enaltecen la constancia de María quienes la pintan desmayada al pie de la cruz, pues fue la mujer fuerte que no llora ni se desvanece, como atestigua San Ambrosio.

El dolor que experimentó la Virgen en la pasión de su Hijo superó a todos los dolores que puede padecer el corazón humano; pero el dolor de María no fue estéril ni sin provecho, como el de las madres que presencian los dolores de sus hijos, sino que fue un dolor fecundo, pues así como es madre natural de Jesucristo, nuestra cabeza, así también es madre espiritual de todos nosotros, que somos sus miembros, cooperando. como dice San Agustín, con su caridad a engendrarnos a la vida de la gracia y a ser hijos de la Iglesia.

En el monte Calvario, dice San Bernardo, callaban estos dos ilustres mártires, Jesús y María, pues que el excesivo dolor les oprimía el pecho y les quitaba el habla. La Madre miraba al Hijo agonizante sobre la cruz, y el Hijo miraba a la Madre agonizante al pie de ella, por la gran compasión que sentía al verle padecer tan crueles agonías.

María y Juan estaban, pues, más próximos a la cruz que las otras mujeres, de suerte que en medio de

aquel gran tumulto podían más fácilmente oír la voz y percibir las miradas de Jesucristo. San Juan escribe: *Jesús, pues, viendo a la Madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo»*. Pero si María y Juan estaban acompañados de las otras mujeres, ¿por qué dice el evangelista que Jesús miró a la Madre y al discípulo, sin hacer cuenta de ellas? Es que el amor, responde San Juan Crisóstomo, hace que siempre se mire con mayor distinción los objetos más amados. Lo que San Ambrosio confirma diciendo que es cosa natural que entre los demás veamos mejor a las personas que amamos. Reveló la Santísima Virgen a Santa Brígida que Jesús, para mirar a la Madre, que estaba junto a la cruz, tuvo que sacudir los párpados con fuerza, para limpiar la sangre, que le impedía ver.

Jesús, señalando con la vista a San Juan, que estaba al lado de ella, dijo a la Madre: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Y ¿por qué la llamó mujer y no madre? Porque, estando próximo a la muerte, quería despedirse de ella, como si dijera: Mujer, voy a morir dentro de poco y no te quedará otro hijo sobre la tierra, por lo que te dejo a Juan, que te servirá de hijo y como hijo te amará. Por lo que se deduce que San José había muerto, porque, de vivir, no lo hubiera separado de su esposa.

Toda la antigüedad sostiene que San Juan guardó perpetua virginidad, y por ello precisamente mereció ocupar el lugar de Jesucristo; de ahí que canta la Iglesia: «Jesús confió su Madre virgen al discípulo virgen». Y desde aquel punto de la muerte del Señor, San Juan recibió a María en su casa y la asistió y sirvió en toda su vida como a su misma madre: *Y desde aquella hora la tomó el discípulo en su compañía*. Quiso Jesucristo que este su amado discípulo fuese

testigo ocular de su muerte, para que con mayor autoridad pudiera decir y afirmar en su Evangelio: *Y el que lo ha visto lo ha testificado*, y en su primera carta: *Lo que hemos visto con nuestros ojos... damos testimonio y os anunciamos*. Y por eso el Señor, mientras que los demás discípulos le abandonaron, dio a San Juan la fortaleza de asistir a su muerte entre tantos enemigos.

Pero volvamos a la Santísima Virgen e indaguemos la principal razón por la que Jesús llamó a María mujer y no madre. Con esto nos quiso dar a entender que María era aquella mujer excelsa que había de quebrantar la cabeza de la serpiente: *Y enemistad pondré entre ti y la mujer y entre tu prole y su prole, la cual te apuntará a la cabeza mientras tú apuntarás a su calcañar*. Nadie pone en duda que esta mujer fue la bienaventurada Virgen María, quien mediante su Hijo, o si se quiere, el Hijo, que se sirvió de la que le dio a luz para aplastar la cabeza de Lucifer. María debía ser la enemiga de la serpiente, porque Lucifer fue soberbio, ingrato y desobediente, en tanto que ella fué humilde, agradecida y obediente. Dícese *la cual te apuntará a la cabeza*, porque María, por medio de su Hijo, humilló la soberbia de Lucifer, quien se atrevió a poner asechanzas a su calcañar, por el cual hay que entender la sacratísima humanidad de Jesucristo, que era la parte que le ponía más en contacto con la tierra; pero el Salvador con su muerte tuvo la gloria de vencerlo y derrocarlo del imperio que le había dado el pecado sobre el género humano.

Dijo Dios a la serpiente: *Enemistad pondré entre tu prole y su prole*, para denotar que después de la ruina de los hombres, ocasionada por el pecado, Jesucristo había de redimir a la humanidad, y que

entonces habría en el mundo dos familias y dos posteridades: la de Satanás, que había de tener por hijos a los pecadores, corrompidos con mil suertes de pecados, y la de María, que tendría por descendencia a la almas santas y como jefe de ella a Jesucristo. Por eso María fue predestinada para ser la madre de la cabeza y de los miembros, que son los fieles, según aquello del Apóstol: *Todos vosotros sois unos en Cristo Jesús, y si vosotros sois de Cristo, descendencia sois, por tanto, de Abrahán*. Por manera que Jesucristo con los fieles forma un solo cuerpo, pues la cabeza no se puede dividir de sus miembros, y estos miembros son hijos espirituales de María y tienen el mismo espíritu que su hijo natural, que es Jesucristo. Por eso San Juan no es llamado por su nombre propio, sino por el genérico de discípulo amado del Señor, a fin de que entendamos por Jesucristo y en quienes vive por su espíritu, que es lo que quiso dar a entender Orígenes al escribir: «Cuando Dios dijo a su Madre: *He ahí a tu hijo*, es como si hubiera dicho: Este es Jesús, a quien diste al mundo, porque el cristiano perfecto no vive ya de su propia vida, sino que Cristo vive en él.»

Dice Dionisio Cartujano que en la pasión del Salvador los pechos de María se llenaron de la sangre que corría de sus llagas, para que con ella pudiese alimentar a sus hijos. Y añade que esta divina Madre, con sus plegarias y con los merecimientos que atesoró asistiendo a la muerte de su Hijo adorable, nos alcanzó la gracia de participar de los méritos de la pasión del Redentor.

¡Oh Madre de los dolores!, ya sabéis que merecí el infierno y que no tengo más esperanza de salvarme que en la participación de los méritos de la muerte de Jesucristo. Vos me habéis de alcanzar esta gracia que

os pido por amor de aquel Hijo que en el Calvario visteis con vuestros propios ojos inclinar la cabeza y expirar. ¡Oh Reina de los mártires y Abogada de pecadores!, ayudadme siempre, y especialmente en la hora de la muerte. Ya me parece estar viendo a los demonios, que en los postreros momentos de mi agonia se esforzarán por desesperarme a vista de mis pecados; por favor, no me abandonéis cuando veáis por todas partes combatida mi alma; ayudadme con vuestras oraciones y alcanzadme la esperanza y la santa perseverancia. Y si entonces, por haber perdido la palabra y hasta el uso de los sentidos, no puedo pronunciar vuestro nombre ni el de vuestro Hijo, ahora los invoco, diciendo: Jesús y María, en vuestras manos encomiendo el alma mía.

IV. «Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?» (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?)

Antes de estas palabras escribe San Mateo: *Y hacia la hora nona clamó Jesús con gran voz, diciendo: Eli, Eli lemá sabakhthani.* ¿Por qué pronunció Jesucristo estas palabras con tan grande voz? Dice Eutimio que las pronunció tan fuerte para darnos a entender su divino poderío, ya que, estando para expirar, pudo hablar tan alto, cosa que no les es dado a los agonizantes, por la suma debilidad que padecen. Y, además, gritó tan firme para darnos a entender la extraordinaria pena en que moría, pues no faltaría quien creyese que, siendo Jesús hombre y Dios, el poder de la divinidad habría impedido el golpe que le asestaban los tormentos. Para evitar, pues, tales sospechas, quiso manifestar con estas palabras que su muerte fue la más amarga de las muertes, pues mientras los

mártires eran regalados en sus tormentos con divinos consuelos, El, como Rey de los mártires, quiso morir privado de todo alivio y sostén, satisfaciendo rigurosamente a la divina justicia por todos los pecados de los hombres. Por eso hace notar Sylveira que Jesús llamó al Padre Dios y no Padre, porque entonces tenía, como juez, que tratarlo cual reo y no como padre trata al hijo.

Según San León, el clamor del Señor no fue lamento, sino enseñanza. Enseñanza, porque con aquella voz quiso enseñarnos cuán grande era la malicia del pecado, que pone a Dios como en la obligación de entregar los tormentos, sin ningún género de consuelo, a su amadísimo Hijo, tan sólo por haber cargado con el peso de satisfacer por nuestros delitos. Sin embargo, Jesús en aquel angustioso trance no fue abandonado de la divinidad ni privado de la visión beatífica, que gozaba su alma benditísima desde el primer instante de su creación; sólo se sintió privado del consuelo sensible con que suele el Señor sostener en la prueba a sus más leales servidores, y por eso cayó en un abismo de tinieblas, temores y amarguras y otras penas que nuestros pecados habían merecido. Esta ausencia sensible de la presencia divina la había experimentado también en el huerto de Getsemaní, pero la que padeció estando en la cruz fue mayor y más amarga.

Pero, ¡oh Eterno Padre!, ¿qué disgusto os ha dado este inocente y obedientísimo Hijo, para que así lo castigéis con muerte tan amarga? Miradlo cómo está en aquel leño, con la cabeza atormentada por las espinas; cómo pende de tres garfios de hierro, y si quiere reposar, sólo puede hacerlo sobre sus llagas; todos lo han abandonado, hasta sus discípulos; todos, al pasar delante de la cruz, blasfeman y se mofan de

El. Y ¿por qué vos, que tanto lo amáis, lo habéis abandonado? No hay que olvidar que Jesucristo estaba cargado con los pecados de todo el mundo; y aunque personalmente era el más santo de todos los hombres, ya que era la propia santidad, sin embargo, como se había obligado a satisfacer por nuestros pecados, aparecía a los ojos del Padre como el mayor pecador del mundo, y, como tal y fiador de todos, era menester que pagase por todos. Pues bien, nosotros merecíamos ser condenados a vivir eternamente en el infierno, con eterna desesperación, y para librarnos de esta muerte eterna quiso Jesús verse en la muerte privado de todo consuelo.

Blasfemó Calvino en el comentario que hizo acerca de San Juan, al decir que Jesucristo, para reconciliar a los hombres con su Padre, debía sentir toda la cólera de Dios contra el pecado y experimentar todos los padecimientos de los condenados, y especialmente el de la desesperación. ¡Necedad y blasfemia! ¿Cómo pudiera haber satisfecho por nuestros pecados cayendo en otro mayor, cual es el de la desesperación? Y ¿cómo puede compadecerse esta desesperación soñada por Calvino, con las palabras que entonces pronunció Jesucristo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?* Lo cierto es, como explican San Jerónimo, San Crisóstomo y otros, que nuestro Salvador exhaló este gran lamento no para demostrar su desesperación, sino la amargura que experimentaba al morir privado de todo consuelo. Además, la supuesta desesperación de Jesús sólo podía tener fundamento en el odio que el Padre le tuviese; mas ¿cómo podía Dios aborrecer a Jesucristo, cuando por obedecerle se había ofrecido a pagar por los crímenes de la humanidad? Esta obediencia fue la que movió al Padre a otorgar perdón al género humano, como

escribe el Apóstol: *El cual en los días de su carne, habiendo ofrecido plegarias y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que le podía salvar de la muerte, y habiendo sido escuchado por razón de su reverencia...*

Lo cierto es que este desamparo de Jesús fue el mayor tormento de su pasión, pues nadie ignora que había hasta entonces padecido sin lamentarse horribles dolores, y sólo de éstos se quejó dando una gran voz, envuelta, al decir de San Pablo, con muchas lágrimas y oraciones. Estas lágrimas y aquella voz recia nos dan a entender cuánto le costó a Jesús inclinar a nuestro favor la misericordia divina y cuán espantoso es el castigo dado a un alma que se ve lanzada lejos de Dios y privada para siempre de su santo amor, según la amenaza divina: *De mi casa los arrojaré, no volveré a amarlos.*

Dice, además, San Agustín que Jesucristo se turbó en presencia de la muerte para consuelo de sus siervos, a fin de que, al mostrarse cara a cara con ella, no se conturben, ni por eso se tengan por réprobos, ni se abandonen a la desesperación, porque también Cristo se amedrentó con su muerte.

Entre tanto, agradezcamos a la bondad de nuestro Salvador por haber cargado con los castigos que teníamos merecidos, librándonos así de la muerte eterna, y procuremos, de hoy más, vivir agradecidos a este nuestro Libertador, desterrando del corazón todo amor contrario al suyo. Y cuando nos veamos desolados de espíritu y privados de la presencia sensible de la divinidad, unamos nuestra desolación a la que Jesucristo padeció en la hora de su muerte. A las veces se oculta el Señor a la vista de sus almas más predilectas, pero no se aparta de su corazón y las asiste con gracias interiores. Ni se ofende porque en

semejante abandono le digamos, como El mismo dijo a su Padre en Getsemaní: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero añadamos inmediatamente: Mas no como yo quiero, sino como quieres tú.* Y si continúa la desolación, prosigamos haciendo actos de conformidad, como los prosiguió haciendo Jesús en las tres horas de la agonía de Getsemaní: *Oró por tercera vez, repitiendo de nuevo las mismas palabras.* Dice San Francisco de Sales que Jesucristo es tan amable cuando se declara como cuando se esconde. Sobre todo, el alma que ha merecido el infierno y se ha visto libre de él, no debe cansarse de repetir: *Ben-deciré al Señor en todo tiempo.* Señor, no merezco consuelos; con tal de que me concedáis la gracia de amaros, me resigno a vivir desolado todo el tiempo que os pluguiere. Si los condenados pudieran en sus tormentos conformarse de esta manera con la divina voluntad, su infierno dejaría de ser infierno.

Mas tú, Señor, no permanezcas lejos; mi amparo a socorrerme te apresura. Jesús mío, por los méritos de vuestra desolada muerte, no me privéis de vuestra ayuda en el gran combate que habré de sostener en la hora de la muerte con el infierno. Entonces, cuando todos me hayan abandonado y nadie pueda valerme, no me abandonéis vos, que habéis muerto por mí y sois el único que entonces me podrá socorrer. Hacedlo por los méritos de aquella pena que sufristeis en vuestro abandono, por el que nos merecisteis no vernos privados de la gracia, como habíamos merecido por nuestras culpas.

V. «Sitio» (Tengo sed)

Después de esto —dice San Juan—, sabiendo Jesús que ya todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la escritura dice: «Tengo sed». La escritura aludida era la de David: Pusiéronme además hiel por comida e hiciéronme en mi sed beber vinagre. Grande era la sed corporal que experimentó Jesucristo en la cruz a causa de tanto derramamiento de sangre, primero en Getsemaní, luego en la flagelación del pretorio, después en la coronación de espinas y, finalmente, en la cruz, donde manaban cuatro ríos de sangre de las llagas de sus manos y pies, tras pasados por los clavos. Pero mucho mayor fue la sed espiritual, es decir, el deseo ardiente, que le consumía, de salvar a todos los hombres y padecer luego por nosotros, como dice L. de Blois, para patentizar nos su amor; que es lo que decía San Lorenzo Justiano: «Esta sed nace de la fuente del amor».

¡Oh Jesús mío, tanto deseáis vos padecer por mí y tan insoportable se me hace a mí el padecer, que a la menor contrariedad me impaciento contra mí y con los demás. Jesús mío, por los méritos de vuestra paciencia, hacedme paciente y resignado en las enfermedades y contratiempos que me sobrevengan; antes de morir hacedme semejante a vos.

VI. «Consummatum est» (Consumado está)

Cuando, pues, hubo tomado el vino—dice San Juan—exclamó Jesús: «Consumado está». Antes de exhalar el postrer suspiro, el Redentor se puso a considerar todos los sacrificios de la antigua ley, figuras del sacrificio que se hallaba consumando en la cruz;

todas las oraciones de los antiguos patriarcas, todas las profecías relacionadas con su vida y su muerte, todos los ultrajes y afrentas que debía sufrir, y, viendo que todo estaba realizado, exclamó: *Consumado está.*

San Pablo nos anima a luchar con paciencia y generosidad contra los enemigos de la salvación, que nos presentan batalla, y dice: *Corramos por medio de la paciencia la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador de la fe, el cual en vista del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz.* Aquí nos exhorta el Apóstol a resistir con paciencia las tentaciones hasta el fin, a ejemplo de Jesucristo, que no quiso bajar de la cruz sin dejar en ella la vida. Por eso San Agustín comenta el Salmo 70 diciendo: «¿Qué te enseña Cristo desde lo alto de la cruz, de la cual no quiso bajar, sino que te armes de valor, apoyado en tu Dios?» Jesús quiso consumir su sacrificio hasta la muerte, para que entendamos que el premio de la gloria no se da sino a quienes perseveran en el bien hasta el fin, como atestigua San Mateo: *El que permanezca hasta el fin, éste será salvo.*

Por tanto, cuando en las luchas contra las pasiones o contra las tentaciones del demonio nos sintamos molestados y expuestos a perder la paciencia y a ofender a Dios, dirijamos una mirada a Jesús crucificado, que derramó toda su sangre por nuestra salvación, y pensemos que aun no hemos derramado ni una gota por su amor, como dice el Apóstol: *Todavía no habéis resistido hasta derramar sangre, luchando contra el pecado.*

Y cuando tengamos que renunciar a nuestra propia honra, u olvidar algún resentimiento, o privarnos de alguna satisfacción o curiosidad o de otra cualquier cosa que no sea de ningún provecho para nues-

tra alma, avergoncémonos de rehusar a Jesucristo estos sacrificios, pues su generosidad llegó hasta el extremo de dárnoslo todo, hasta su sangre y su vida.

Resistamos con tesón y energía a todos nuestros enemigos, pero la victoria esperémosla únicamente de los méritos de Jesucristo, mediante los cuales tan sólo los santos, y particularmente los santos mártires, superaron los tormentos y la muerte: *Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de aquel que nos amó.* Cuando el demonio nos traiga a la mente dificultades que se nos hagan harto difíciles por nuestra flaqueza, dirijamos una mirada a Jesús crucificado, y confiados en su ayuda y merecimientos, digamos con el Apóstol: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta.* Por mí no puedo nada, pero con la ayuda de Dios lo podré todo.

Entre tanto, animémonos a sufrir las tribulaciones de la presente vida, con la mirada fija en las penalidades de Jesús crucificado. Mira, dice el Señor desde la cruz, mira la muchedumbre de los dolores y villanías que padezco por ti en este patíbulo: mi cuerpo está pendiente de tres clavos y sólo descansa en llagas; las gentes que me rodean no hacen más que afligirme con sus blasfemias, y mi alma interiormente se halla más afligida que mi cuerpo. Todo esto lo padezco por tu amor; mira cómo te amo y ámame y no repares en padecer algo por mí, ya que por tu amor he llevado vida tan trabajada y ahora estoy muriendo por ti con muerte tan afrentosa.

¡Ah, Jesús mío!, vos me pusisteis en el mundo para serviros y amaros; me iluminasteis con tantas luces y gracias para seros fiel, y yo, ingrato, por no privarme de mis gustos y placeres, preferí muchas veces perder vuestra amistad, volviéndoos las espaldas. Os suplico, por la angustiosísima muerte que por mí su-

fristeis, me ayudéis a seros fiel en lo que me restare de vida, pues estoy dispuesto a arrancar de mi corazón todo afecto que no sea para vos, Dios mío, mi amor y mi todo.

Madre mía, María, ayudadme a ser fiel a vuestro Hijo, que tanto me ha amado.

VII. «Pater, in manus tuas commendo spiritum meum»

(Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu)

Escribe Eutiquio que Jesús pronunció estas palabras con gran energía de voz para dar a entender que era verdadero Hijo de Dios, que llamaba a su Padre. Y San Juan Crisóstomo dice que habló tan alto para dar a entender que no moría por necesidad, sino por propia voluntad, clamando tan recio precisamente en el momento de morir. Todo lo cual concuerda con lo que Jesús había dicho durante su vida, que El se sacrificaba voluntariamente por nosotros, sus ovejas, y no ya por voluntad y malicia de sus enemigos.

Añade San Atanasio que en aquel trance Jesucristo, encomendándose al Padre, nos encomendó también a todos los fieles, que por su medio habíamos de alcanzar la salvación, porque los miembros y la cabeza no forman más que un solo cuerpo. De donde deduce el Santo que Jesús entonces quiso renovar la oración que en otras ocasiones dirigiera al Padre, diciendo: *Padre santo, guárdalos en tu nombre... para que sean uno como nosotros*; y un poco más adelante: *Padre, los que me has dado quiero que, donde estoy yo, también ellos estén conmigo*.

Esto le impulsaba a decir a San Pablo: *Sé a quien he creído y estoy firmemente persuadido de que es*

poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día. Así escribía el Apóstol desde el fondo de una prisión donde padecía por Jesucristo, en cuyas manos confiaba el depósito de sus padecimientos y de todas sus esperanzas, pues no ignoraba que es fiel y agradecido con quienes padecen por amor. David despositaba toda su esperanza en el futuro Redentor, diciendo: En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad. ¡Con cuánta más razón debemos nosotros confiar en Jesucristo ahora que ha ultimado la obra de la redención! Digámosle, pues, con entera confianza: En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Gran alivio experimentan los moribundos al pronunciar estas palabras en el trance de la muerte, al verse agobiados por las tentaciones del infierno y el temor de los pecados cometidos. Pero yo no quiero, Jesús mío, aguardar a la hora de la muerte para encomendaros mi alma, sino que desde ahora lo hago; no permitáis que de nuevo os vuelva las espaldas. Veo que mi pasada vida sólo me ha servido para ofenderos; no permitáis que en los días que me restaren continúen mis ofensas.

¡Oh Cordero de Dios!, sacrificado en la cruz, muerto por mí cual víctima de amor y acabado de dolores, haced que, por los méritos de vuestra muerte, os ame con todo mi corazón y sea todo vuestro en lo que viviere. Y, cuando llegue el término de mi carrera, haced que muera abrasado en vuestro amor. Vos habéis muerto por mi amor, y yo quiero morir por el vuestro. Vos os disteis del todo a mí, y yo me doy todo a vos. *En tus manos mi espíritu encomiendo; me librarás, Señor, Dios de verdad.* Vos derramasteis toda vuestra sangre y estregasteis la vida para salvar-

me; no permitáis que por mi culpa queden estériles vuestras fatigas y trabajos. Jesús mío, os amo, y apoyado en vuestros méritos, espero amaros eternamente. *A ti, Señor, me acojo; no quede para siempre confundido.*

¡Oh María, Madre de Dios!, en vuestras oraciones confío; pedid que viva y muera fiel a vuestro Hijo. También con San Buenaventura os repetiré: «En ti, Señora, esperé y no quedaré para siempre confundido».

CAPÍTULO VI

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE DE JESUCRISTO Y LA NUESTRA

I. Jesús triunfa de la muerte

Escribe San Juan que nuestro Redentor, antes de expirar, *inclinando la cabeza entregó el espíritu*, queriendo con ello darnos a entender que aceptaba la muerte con plena sumisión, de mano del Padre, llegando su obediencia hasta el extremo, pues como dice San Pablo: *Se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. Estando Jesús en la cruz, clavado de pies y manos, no podía mover libremente otra parte del cuerpo que la cabeza. Dice San Atanasio que la muerte no se atrevía a acercarse a quitar la vida a su autor, por lo que necesitó que el Señor inclinara la cabeza para invitarla a que llegase a acabarlo. San Ambrosio nota que San Mateo escribe, hablando de la muerte de Jesús: *Mas Jesús, habiendo clamado con gran voz, exhaló el espíritu*; y dice *exhaló* para denotar que Jesús no murió por necesidad ni por la violencia de los verdugos, sino porque quiso morir voluntariamente para salvar al hombre de la muerte eterna a que se hallaba condenado.

Esto predijo el profeta Oseas en aquellas palabras: *¿Los rescataré de las puertas del seol? ¿Los redimiré de la muerte? ¿Dónde están tus epidemias, oh muerte? ¿Dónde tu peste, oh seol?* Este texto lo aplican los

Santos Padres San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio, como asimismo San Pablo, según luego apuntaremos, literalmente a Jesucristo, que con su muerte nos libró de las garras de la muerte, es decir, del infierno, en que se padece muerte eterna; y con toda verdad, pues, según explican los intérpretes, en el texto hebreo, en vez de la palabra *muerte* se lee *seol*, que significa infierno. ¿Cómo se explica, por lo tanto, que Jesucristo fuese muerte de la muerte? Porque nuestro Salvador, con su muerte, venció y destruyó la muerte que nos había ocasionado el pecado. Por eso escribe San Pablo: *Sumióse la muerte en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado.* Jesús, Cordero divino, con su muerte, destruyó el pecado, causa de nuestra muerte; y ésta fue la victoria de Jesús, que muriendo desterró el pecado del mundo, librándonos así de la muerte eterna, a que desde el principio estaba sujeto el género humano. Esto confirma el otro texto del Apóstol que dice: *Para destruir por medio de la muerte al que tenía el señorío de la muerte, esto es, al diablo.* Jesús destruyó al demonio, esto es, destruyó su poderío, que se adueñaba de la muerte a causa del pecado, esto es, que tenía potestad para dar la muerte temporal y eterna a todos los hijos de Adán inficionados por el pecado. Y ésta fue la victoria de la cruz, en que muriendo Jesús, autor de la vida, con su muerte nos alcanzó la vida, que es lo que canta la Iglesia:

La enseña se enarbola del Rey fuerte;
brilla el misterio de la cruz sagrada;
en ella padeció vida la muerte,
y vida con la muerte nos fue dada.

Todo esto fue obra del amor divino, que, haciendo oficio de sacerdote, sacrificó al Eterno Padre la vida de su unigénito Hijo por la salvación de los hombres, que también canta la Iglesia:

... Después que ofreció su cuerpo
el amor en sacrificio.

De aquí que exclame San Francisco de Sales: «Miramos a este divino Redentor extendido en la cruz, cual sobre un honroso altar en que murió de amor por nosotros... Y ¿por qué no nos arrojamos nosotros en sus brazos, al menos en espíritu, para morir sobre la cruz con El, que por nuestro amor quiso morir?» Sí, dulce Redentor mío, me abrazo con vuestra cruz y abrazado a ella quiero vivir y morir, besando siempre amorosamente vuestros pies, llagados y traspasados por mi amor.

II. Jesús muere en la cruz

Pero antes de pasar adelante detengámonos a contemplar a nuestro Redentor muerto en la cruz. Hablemos primero a su divino Padre: Eterno Padre, *en la faz de tu Hijo pon los ojos*. Mirad a vuestro Unigénito, quien, para cumplir vuestra voluntad y salvar al hombre perdido, vino al mundo, tomó carne humana y con ella todas nuestras miserias, excepto el pecado. Hízose hombre y quiso vivir durante toda su vida entre los hombres, pero el más pobre de todos y el más despreciado y atribulado. Mirad cómo vino a terminar vida tan penosa: después que los hombres le rasgaron las carnes con azotes, y le clavarón las espigas en la cabeza, y le atravesaron con clavos manos y

pies, muere en el madero de la cruz agobiado de dolores, despreciado cual el más vil de los hombres, burlado como falso profeta, blasfemado como falso impostor por el crimen de afirmar que era vuestro Hijo, maltratado, en fin, de tantas maneras y condenado a morir ajusticiado como el más criminal de los malhechores. Vos mismo le tornasteis la muerte tan amarga y desolada al privarle de todo consuelo. ¿Qué falta, decidme, cometió este vuestro amado Hijo para merecer tan horrendo castigo? Vos, que conocéis su inocencia y santidad, ¿por qué lo tratasteis así? Mas ya sé que me respondéis diciendo: Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte. Bien sé que no merecía ni podía merecer castigo alguno, siendo, como era, la misma inocencia y santidad; el castigo lo merecíaís vosotros por vuestras culpas, merecedoras de la muerte eterna, y yo, para no veros a vosotras, mis amadas criaturas, perdidas para toda la eternidad y para libraros de tamaña ruina, abandoné a este Hijo mío a vida tan atribulada y a muerte tan acerba. Pensad, ¡oh hombres!, hasta qué extremo os amé. *Porque así amó Dios al mundo* —nos asegura San Juan—, *que entregó su Hijo unigénito.*

Permitidme, pues, que ahora me dirija a vos, Jesús, Redentor mío. Os miro en esa cruz pálido y abandonado de todos, sin hablar ni respirar, porque ya carecéis de vida y de la sangre que derramasteis, según predijisteis: *Esta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos.* Carecéis de vida porque la disteis para dar vida a mi alma, muerta por sus pecados. Y ¿por qué perdisteis la vida y derramasteis la sangre por nosotros, miserables pecadores? Lo explica San Pablo, diciendo: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.*

III. Frutos de la muerte del Redentor

Mira cómo este divino Redentor, sacerdote a la vez y víctima, sacrificando la vida por la salvación de los hombres, a quienes amaba, consumó el sacrificio de la cruz y acabó la obra de la redención del género humano. Jesucristo, con su muerte, despojó la nuestra de su natural espanto; hasta entonces era un suplicio reservado a los rebeldes, mas por la gracia y méritos de nuestro Salvador se trocó en holocausto tan grato a Dios, que, uniéndole al de Jesucristo, nos hace dignos de gozar de la misma gloria que Dios tiene y de oír un día, como esperamos, estas palabras: *Entra en el gozo de tu Señor.*

Merced a la muerte de Jesucristo, ha dejado de ser nuestra muerte tan terrible y espantosa, porque el peligro de eterna ruina se ha trocado en seguridad de eterna felicidad y en paso franco de las miserias de esta vida a las inmensas delicias del paraíso. De ahí que los santos miraran a la muerte no ya con temor, sino con alegría y hasta con deseo. Dice San Agustín que los amadores del Crucifijo viven en paz y mueren con alegría. Y la experiencia es testigo de que las personas virtuosas, que mientras vivieron fueron probadas con tentaciones, persecuciones, escrúpulos y otros mil géneros de tribulaciones, en la hora de la muerte recibieron grandes consuelos del Crucifijo, soportando con gran paz todos los temores y angustias de la muerte. Si ha habido santos, como en sus vidas se lee, que murieron entre grandes temores, el Señor lo permitió para mayor mérito de ellos, porque cuanto más duro ofrecieron su sacrificio, tanto más grato fue a los ojos de Dios y más provechoso para la vida eterna.

¡Cuánto más dura era la muerte para los antiguos

fieles antes de la muerte de Cristo! Aun no había venido a la tierra el Salvador, se suspiraba por su venida al mundo, la esperaban apoyados en las profecías, pero ignoraban cuándo había de ser; el demonio tenía gran dominio sobre la tierra, y el cielo estaba cerrado para los hombres. Mas, después de la muerte del Redentor, el infierno quedó vencido, la divina gracia se dispensó a las almas, Dios se reconcilió con los hombres y se abrió la patria del paraíso a cuantos mueran en la inocencia o hayan expiado con la penitencia sus culpas. Si algunas almas, a pesar de morir en gracia, no entran luego en el cielo, es debido a los defectos no purgados aún en el purgatorio; la muerte no hace más que romper los lazos para que puedan ir a unirse perfectamente con Dios, de quien se hallan alejadas en esta tierra de destierro.

Procuremos, pues, almas piadosas, mientras vivimos en el destierro, mirar a la muerte no como una desgracia, sino como fin de nuestro peregrinar, tan lleno de angustias y de peligros, y como principio de eterna felicidad, que esperamos alcanzar un día por los méritos de Jesucristo. Y, con este pensamiento del cielo, desprendámonos de las cosas de la tierra que pueden hacernos perder el cielo y lanzarnos a los tormentos eternos. Pongámonos en manos de Dios, protestando querer morir cuando a El pluguiere y aceptando la muerte en el modo y tiempo que El designare. Pidámosle siempre que, por los méritos de Jesucristo, nos haga salir de esta tierra en estado de gracia.

Jesús mío y Salvador mío, que para obtenerme una buena muerte os abrazasteis con muerte tan penosa y desolada, me arrojo por entero en brazos de vuestra misericordia. Años ha que debía estar sepultado en el infierno por las ofensas que os hice, separado siem-

pre de vos; y, en vez de castigarme como lo merecía, me llamasteis a penitencia y espero que me habréis ya perdonado; si aun no lo habéis hecho por culpa mía, perdonadme ahora que, arrepentido, a vuestro pies pido clemencia; quisiera, Jesús mío, morir de dolor, pensando en las injurias que os he hecho. ¡Oh sangre inocente!, lava las manchas de un corazón penitente. Perdonadme y dadme la gracia de amaros con todas mis fuerzas hasta la muerte, y, cuando llegue el término de mi carrera, haced que expire inflamado en vuestro amor, para continuar amándoos por toda la eternidad. Desde ahora uno mi muerte a la vuestra, por la santidad de cuyos méritos espero salvarme. *En ti, Señor, esperé; no seré confundido eternamente.*

¡Oh excelsa Madre de Dios!, vos, después de Jesús, sois mi esperanza. «En ti, Señora, esperé; no seré confundido eternamente».

CAPITULO VII

REFLEXIONES SOBRE LOS PRODIGIOS ACONTECIDOS EN LA MUERTE DE JESUCRISTO

I. Duelo general de la naturaleza. La tinieblas

Cuentan, como refiere Cornelio Alápide, que, hallándose San Dionisio Areopagita en Heliópolis de Egipto, exclamó en el tiempo en que expiraba Jesucristo: «O padece Dios, autor del universo, o se descompone la máquina del mundo». Otros autores, como Miguel Syngelo y Suidas, lo refieren de otra manera, pues cuentan que dijo: «El Dios desconocido padece en su cuerpo, por lo que el universo se obscurece con estas tinieblas». Y Eusebio escribe, tomándolo de Plutarco, que en la isla de Praxas se oyó una voz potente que decía: «El Gran Todo ha muerto». Y luego oyeron gran estruendo y vocerío, como de gentes que se lamentaban. Eusebio interpretó la palabra *Pan* por Lucifer, que quedó muerto con la muerte de Cristo, al verse despojado del imperio que ejercía sobre los hombres, si bien Barradas la toma por el mismo Cristo, ya que la palabra *Pan* en griego significa *Todo*, y se aplica a Jesucristo, Hijo de Dios, que es el *Todo*, es decir, toda clase de bienes.

Lo cierto es lo que nos dice el Evangelio, que en el día de la muerte del Salvador, desde la hora de sexta a la de nona, permaneció obscurecida la tierra, y que, en el momento de expirar el Señor, el velo del templo

se desgarró por medio y sobrevino universal terremoto, que rasó los peñascos.

Hablando de las tinieblas, observa San Jerónimo que fueron ya predichas por el profeta Amós con estas palabras: *Y en aquel día acaecerá, dice el Señor, Yahveh, que haré ponerse el sol al mediodía.* Comen-
tando a continuación el texto San Jerónimo, dice que entonces el sol, al parecer, recogió su luz, para que no gozasen de ella los discípulos de Jesucristo. Y en el mismo lugar añade que el sol se escondió, como si no se atreviese a mirar al Señor, pendiente de la cruz. Y con más propiedad añade aún San León que a la sazón quisieron todas las criaturas demostrar a su modo el dolor que las embargaba en la muerte de su Creador. De igual parecer es Tertuliano, quien, hablando especialmente de las tinieblas, dice que el mundo con aquella obscuridad quiso como celebrar las exequias del Redentor.

San Atanasio, San Crisóstomo y Santo Tomás nos advierten que esta obscuridad fue en extremo prodigiosa, ya que el eclipse total de sol no puede tener lugar más que en el novilunio y no en el plenilunio, en que acaeció la muerte del Salvador. Además, siendo el sol mucho mayor que la luna, no podía ésta ocultar toda la luz del sol, y, sin embargo, el evangelista asegura que las tinieblas cubrieron toda la tierra. Añádase a esto que, aunque el eclipse de sol hubiera sido total, la obscuridad hubiese durado contados minutos, en contra de lo que afirma el Evangelio, que duró por espacio de tres horas consecutivas, de la hora sexta a la nona. De este estupendo prodigio de las tinieblas habla Tertuliano en su *Apologético*, diciendo a los gentiles que en los documentos de sus archivos hallarán consignado el gran prodigio del obscurecimiento del sol en la muerte de Jesucristo.

Eusebio confirma este hecho en su crónica, aduciendo el testimonio de Flegón, liberto de Augusto, escritor contemporáneo, quien dice: «En el cuarto año de la olimpiada 202.^a hubo un eclipse de sol mayor que todos los conocidos hasta entonces; al mediodía se hizo de noche, de suerte que las estrellas brillaban en el firmamento».

II. Rásgase el velo del templo

Cuéntase, además, en el Evangelio de San Mateo que el velo del santuario se rasgó en dos de arriba abajo. Describe también el Apóstol el tabernáculo y el templo, en que se hallaba el *lugar santísimo*, con el arca del testamento, que contenía el maná, la vara de Aarón y las tablas de la ley; el arca constituía el propiciatorio. El primer tabernáculo, que estaba ante el *lugar santísimo*, estaba cubierto con un primer velo, y en él entraban tan sólo los sacerdotes a ofrecer sus sacrificios, y el sacerdote sacrificante mojaba el dedo en la sangre de la víctima, haciendo siete aspersiones hacia el velo. En el segundo tabernáculo del *lugar santísimo*, que siempre se hallaba cerrado y cubierto por un segundo velo, entraba solamente el sumo sacerdote, únicamente una vez al año, llevando la sangre de la víctima, que por sí mismo ofrecía.

Todo esto encerraba grandes misterios: el santuario siempre cerrado era emblema de la separación que mediaba entre los hombres y la divina gracia, la cual no podrían recibir sino mediante el gran sacrificio que un día Jesucristo ofrecería por sí mismo, figurado ya en todos los sacrificios antiguos, que por eso San Pablo lo llamaba *Pontífice de los bienes venideros*, quien por medio de un tabernáculo más perfecto, es decir, mediante su sacratísima humanidad,

había de entrar en el *lugar santísimo*, es decir, en la presencia de Dios, cual mediador entre El y los hombres, ofreciendo la sangre, no ya de becerros y machos cabríos, sino su propia sangre, con la que había de consumir la obra de la redención humana, abriéndonos así las puertas del cielo.

Pero oigamos las palabras del mismo Apóstol: *Mas Cristo, habiéndose presentado como Pontífice de los bienes venideros, penetrando en el tabernáculo más amplio y más perfecto, no hecho de manos, esto es, no de esta creación, y no mediante sangre de machos cabríos y de becerros, sino mediante su propia sangre, entró de una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una redención eterna. Léese Pontífice de los bienes venideros* para diferenciarlo del pontificado de Aaron que sólo impetraba del cielo bienes terrenos de la presente vida; en cambio, Jesucristo nos había de alcanzar los bienes venideros, que son celestiales y eternos. *Añádase en el tabernáculo más amplio y más perfecto*, cual fue la santa humanidad del Salvador, verdadero tabernáculo del Verbo divino, *no hecho de manos*, porque el cuerpo de Jesús no fue formado por obra de hombre, sino del Espíritu Santo. Sigue diciendo: *no mediante sangre de machos cabríos y de becerros, sino mediante su propia sangre*, porque la de estos animales sólo servía para purificar la carne, en tanto que la sangre de Jesucristo purifica el alma con la remisión de los pecados. Acaba diciendo: *entró de una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una redención eterna*. Esta palabra, *consiguiendo*, denota que tal redención no podíamos pretenderla ni esperarla antes que el Señor nos la hubiese prometido, sino que tan sólo pudo encontrarla la divina bondad. Llámase *eterna* porque el sumo sacerdote de la antigua alianza sólo una vez

al año podía entrar en el santuario, en tanto que Jesucristo, consumando una vez el sacrificio con su muerte, nos mereció una redención eterna, que bastará para expiar siempre todos nuestros pecados, como escribe el propio Apóstol: *Porque con una sola oblación ha consumado para siempre a los que son santificados.*

Añade el Apóstol: *Y por esto es mediador de un Nuevo Testamento.* Moisés fue mediador del Antiguo Testamento, es decir, de la antigua alianza, que no tenía virtud de reconciliar a los hombres con Dios, porque, como explica San Pablo en otro lugar, *nada llevó la ley a la perfección.* En cambio, Jesucristo, en la nueva alianza, llegó a satisfacer cumplidamente la justicia divina por los pecados de los hombres, y por sus merecimientos les alcanzó el perdón y la divina gracia. Escandalizábanse los judíos al oír que el Mesías había redimido a la humanidad con la muerte tan ignominiosa, y se amparaban para ello en la ley, diciendo: *Nosotros hemos oído de la ley que el Mesías permanece eternamente.* Pero se equivocaban de plano, porque la muerte fue el medio por el que Jesucristo se hizo mediador y salvador de los hombres, ya que, en atención a su muerte, se prometió a los predestinados la herencia del cielo: *Y por esto es mediador de un Nuevo Testamento, a fin de que, habiendo intervenido muerte para rescate de las transgresiones ocurridas durante la primera alianza, reciban los que han sido llamados la promesa de la herencia eterna.* Por eso San Pablo nos alienta a poner todas nuestras esperanzas en los merecimientos de la muerte de Jesucristo: *Teniendo, pues, hermanos, segura confianza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesucristo, entrada que El inauguró para nosotros como camino nuevo y vivien-*

te a través del velo, esto es, de su propia sangre. Tenemos, dice, gran fundamento para esperar la vida eterna en la sangre de Jesucristo, que nos ha abierto el nuevo camino del paraíso. Dice *nuevo* porque antes nadie lo había pisado, y Cristo lo allanó, sacrificando en la cruz su carne sagrada, de la cual fue figura el velo del templo, porque así como el velo se rasgó en la pasión del Señor, dice San Juan Crisóstomo, así, al ser desgarrada la carne de Cristo en su pasión, nos abrió las puertas del cielo, hasta entonces cerrado. Por eso nos exhorta el Apóstol a ir confiadamente al trono de la gracia en busca de la divina misericordia. Este trono de la gracia es puntualmente Jesucristo; si a El recurrimos en los peligros que nos acosan para perdernos, hallaremos la misericordia de que nos habíamos hecho indignos.

Volvamos ya al citado texto de San Mateo: *Mas Jesús, habiendo clamado con gran voz, exhaló el espíritu; y he aquí que el velo del santuario se rasgó en dos de arriba abajo.* El desgarrarse el velo del templo de arriba abajo, presenciado por todos los sacerdotes y el pueblo, acontecido en el mismo momento de la muerte de Jesucristo, no pudo acontecer sin un prodigio sobrenatural, porque el temblor de tierra no hubiera podido rasgar de tal manera el velo. Aconteció para darnos Dios a entender que no quería el templo cerrado, como lo ordenaba la ley, sino que en adelante El mismo sería el santuario abierto a todos por medio de Jesucristo.

Opina San León que el Señor, al permitir se desgarrara el velo, demostró patentemente que acababa el antiguo sacerdocio y comenzaba el sacerdocio eterno de Jesucristo y que quedaban abolidos los antiguos sacrificios, para dar paso a una nueva ley, como escribe el Apóstol: *Porque, transferido el sacerdocio,*

fuerza es que se produzca también la transferencia de la ley. Por aquí llegamos a convencernos de que Jesucristo es el fundador tanto de la ley primera como de la segunda, y de que la antigua, con su tabernáculo, sacerdocio y sacrificios, era figura del sacrificio de la cruz, en la cual debía llevarse a cabo la obra de la redención humana, por manera que todo cuanto había de obscuro y misterioso en la antigua ley, sacrificios, fiestas y promesas, tornóse claro en la muerte del Salvador. Finalmente, dice Eutiquio que el velo rasgado denotaba que estaba roto el muro que separaba el cielo de la tierra, de manera que quedaba abierto a los hombres el camino para ir arriba sin impedimento alguno.

III. El temblor de la tierra

Dícese, además, en el Evangelio que *la tierra tembló y las peñas se hendieron*. Es un hecho notorio que en la muerte de Jesucristo hubo un grande y universal terremoto, de modo que todo el orbe terráqueo recibió fuerte sacudida, como escribe Orosio. Y Dídimo añade que la tierra tembló hasta sus cimientos. Flegón, liberto del emperador Adriano, citado por Orígenes y por Eusebio en el año 33 de Cristo, afirmando que con este terremoto sobrevino gran ruina en los edificios de Nicea de Bitinia. Más aún, Plinio, que vivió en tiempo de Tiberio, en cuyo reinado fue Cristo crucificado, y Suetonio aseguran que por aquel tiempo un gran terremoto derribó doce ciudades del Asia; los sabios atestiguan que con este suceso se verificó la profecía de Ageo: *Dentro de un poco yo haré estremecerse los cielos y la tierra*. De ahí que escriba San Paulino de Nola que Jesucristo, aun

cuando estaba enclavado en la cruz, para demostrar quién era, aterró desde ella al mundo.

Agricomio observa que aun se guardan vestigios hasta el presente de aquel terremoto, percibiéndose aún sus señales en el Calvario, pues a la parte izquierda hay una gran hendidura, por la que cabe holgadamente un hombre y tan profunda, que no se ha podido investigar su fondo. Según Baronio, en muchas otras partes se vieron también rasgados los montes. En el promontorio de Gaeta se ve aún hoy cierta montaña de piedra viva, que, según es fama, se rasgó de arriba abajo en la muerte del Señor, manifestándose a las claras ser aquello obra prodigiosa, ya que por la hendida peña pasa un brazo de mar y las desigualdades de entrambas partes se completan proporcionalmente entre sí. Idénticas tradiciones existen en el monte Colombo, cercano a Rieti, y en Montserrat, de España, y en varias montañas tajadas cercanas a Cagliari, en la isla de Cerdeña. Más admirable es todavía lo que se contempla en el monte Alvernia, en la Toscana, donde San Francisco recibió el don de las sagradas llagas y donde se ven en revuelta confusión masas enormes de peñascos, y según el testimonio de Wadingo, el ángel reveló a San Francisco que aquél fue uno de los montes que se quebraron en la muerte de Jesucristo.

«¡Oh pechos de los judíos, exclama San Ambrosio, más duros que las peñas, pues éstas se quiebran y sus corazones se endurecen!»

IV. Resurrecciones y conversiones

Prosigue San Mateo describiendo los prodigios acaecidos en la muerte de Cristo, y dice: *Y los monu-*

mentos se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que descansaban resucitaron, y saliendo de los monumentos después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. Este abrirse los monumentos, opina San Ambrosio, anunciaba la derrota de la muerte y la restitución de la vida a los hombres mediante la resurrección.

San Jerónimo, San Beda el Venerable y Santo Tomás son de opinión que aun cuando a la muerte de Cristo se abrieron los sepulcros, con todo, los muertos no resucitaron antes de la resurrección del Señor, como categóricamente afirma San Jerónimo. Lo que concuerda con lo que dice el Apóstol al llamar a Jesucristo primogénito de los muertos, para que en todas las cosas obtenga El la primacía, pues no convenía que, habiendo triunfado de la muerte, resucitase otro antes que Cristo.

Dice también San Mateo que resucitaron varios santos y que, saliendo de las tumbas, se aparecieron a muchos: no fueron otros sino quienes creyeron y esperaron en el Redentor, cuya fe y confianza en el Mesías quiso Dios premiar, según la predicción de Zacarías, en que, hablando con el futuro Mesías, le dice: *También tú, en razón de la sangre de tu alianza (conmigo), yo soltaré a tus cautivos de la fosa sin agua*; es decir: Y tú, ¡oh Cristo!, por los méritos de tu sangre bajaste a la prisión o lago subterráneo —al limbo, donde estaban detenidas las almas de los santos patriarcas, privadas del agua del consuelo— y las libraste de aquella cárcel para llevarlas a la eterna gloria.

San Mateo continúa diciendo que el centurión y sus subordinados, que fueron los encargados de la ejecución de la sentencia de muerte contra el Salvador, no obstante la ceguedad y obstinación de los ju-

díos, que proseguían aplaudiendo la injusta muerte, con todo, movidos por los prodigios de las tinieblas y el terremoto, fueron los primeros en reconocerlo como verdadero Hijo de Dios. Estos soldados fueron las dichas primicias de los gentiles que abrazaron la fe de Jesucristo después de su muerte, puesto que, apoyados en los méritos de Jesús, tuvieron la gran ventura de reconocer sus pecados y de esperar el perdón.

Añade San Lucas que todos los demás que presenciaron la muerte de Jesucristo y los prodigios referidos volvieron dándose golpes de pecho en señal de arrepentimiento por haber cooperado o al menos aplaudido la muerte del Salvador. También en los Actos de los Apóstoles vemos que muchos judíos, al oír la predicación de San Pedro, se arrepintieron y le preguntaron qué debían hacer para salvarse, y San Pedro les respondió que hicieran penitencia y se bautizaran, cosa que al punto hicieron sobre tres mil personas.

V. Abren el costado de Cristo

Vinieron después los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones; mas al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le trataron de la misma manera, sino que uno de ellos, con la lanza, le abrió el costado, del que salió al instante sangre y agua.

Dice San Cipriano que la lanza fue directa a atravesar el corazón de Jesús, lo que también fue revelado a Santa Brígida. Del costado brotó sangre y agua, y esto se explica porque la lanza, antes de llegar al corazón, tuvo que atravesar el pericardio, que está

cargado de humor acuoso. San Agustín hace notar que el evangelista emplea la palabra *abrir* porque entonces se abrió en el corazón del Señor la puerta de la vida, de la que salieron los sacramentos, por los que se entra en la vida eterna. Por eso se dice que en la sangre y el agua que brotaron del costado de Jesucristo estuvieron figurados los sacramentos, pues el agua es símbolo del bautismo, primero de los sacramentos; y el más excelente de todos ellos, que es la Eucaristía, está simbolizado en la sangre de Jesús.

San Bernardo añade que Jesucristo quiso recibir la herida para que por la llaga exterior viniésemos en conocimiento de la invisible herida que el amor había abierto en su pecho. ¿Quién, pues, no amará a este Corazón, llagado por nuestro amor?

San Agustín, hablando de la Eucaristía, dice que el santo sacrificio de la misa no es hoy menos eficaz ante Dios de lo que fueron la sangre y el agua que brotaron en aquel día del costado herido de Jesucristo.

VI. Sepultura y resurrección de Jesucristo

Terminemos este capítulo haciendo algunas reflexiones acerca de la sepultura de Jesucristo. Jesús vino al mundo no sólo para redimirnos, sino también para enseñarnos con su ejemplo toda suerte de virtudes, y especialmente la humildad y la santa pobreza, compañera inseparable de la humanidad. De ahí que quisiera nacer pobre en una gruta, vivir pobre en un taller por espacio de treinta años y, finalmente, morir pobre y desnudo en una cruz, hasta el punto de ver con sus propios ojos, antes de expirar, que los soldados dividían sus vestiduras; al morir tuvo necesidad

de recibir una mortaja de limosna. Consuélense los pobres mirando a Jesucristo, rey del cielo y de la tierra, viviendo y muriendo tan pobre para enriquecernos con sus merecimientos y bienes, como escribe el Apóstol: *Por vosotros, siendo rico, se empobreció, para que vosotros con su pobreza os enriquecieseis.* Con este fin de imitar la pobreza de Jesucristo despreciaron los santos todas las riquezas y honores de la tierra, para llegar un día a gozar con Cristo de las riquezas y honores celestiales que tiene preparados para quienes le aman. De estos bienes hablaba el Apóstol cuando decía: *Lo que ojo no vió, ni oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman.*

Jesucristo resucitó con la gloria de poseer, no sólo como Dios, sino también como hombre, todo poder en el cielo y en la tierra, por manera que todos los ángeles y todos los hombres le rinden vasallaje. Regocijémonos, pues, al ver glorificado a nuestro Salvador, nuestro padre y nuestro mejor amigo; alegrémonos, porque la resurrección de Jesucristo es prenda segura de la nuestra y de la gloria que un día hemos de gozar en el cielo en cuerpo y alma. Apoyados en esta esperanza, padecieron los santos mártires con alegría todas las penalidades de la vida y los más crueles tormentos de los tiranos. Pero convenzámonos de que no gozará con Cristo quien no quiera padecer ahora con Cristo ni alcanzará la corona de la inmortalidad quien no combata varonilmente para alcanzarla. Que nos sirva de aliento el consejo del mismo Apóstol, que asegura que todos los sufrimientos de esta vida son nonada y pasajeros en cotejo de los bienes inmensos y eternos que esperamos disfrutar en el paraíso. Esforcémonos, pues, por conservar siempre la gracia de Dios y pedirle la perseverancia de su amor,

porque sin oración, y continua oración, no lograremos la perseverancia ni alcanzaremos la salvación.

¡Oh dulce y amable Jesús mío!, ¿cómo habéis podido amar tanto a los hombres, que, para demostrarles vuestro amor, no rehusasteis morir desangrado y afrentado en tan infame leño? ¡Oh Dios!, y ¿cómo son tan pocos los hombres que os amen de todo corazón? ¡Ah, querido Redentor mío, entre estos poquitos quiero contarme yo, pobrecito que en lo pasado me olvidé de vuestro amor y troqué vuestra gracia por míseros deleites! Conozco el mal hecho, me arrepiento de todo corazón y quisiera morir de dolor. Ahora, amado Redentor mío, os amo más que a mí mismo y estoy presto a morir mil veces antes que perder vuestra amistad. Os agradezco las luces que me habéis dado; Jesús mío, esperanza mía, no me abandonéis y continuad prestándome vuestra ayuda hasta la muerte.

CAPÍTULO VIII

DEL AMOR QUE NOS MANIFESTÓ JESUCRISTO EN SU PASIÓN

I. El Padre nos dio al Hijo por amor

San Francisco de Sales llama al monte Calvario *monte de los amantes*, y añade que el amor que no nace de la pasión de Cristo es débil y tornadizo, queriendo con ello dar a entender que la pasión del Señor es el más poderoso incentivo que nos puede mover a inflamarnos en el amor a nuestro Salvador.

Para comprender algo, ya que todo es imposible, del gran amor que Dios nos mostró en la pasión de Jesucristo bastaría echar un vistazo a lo que refieren las divinas Escrituras; tan sólo traeré aquí los principales pasajes que se refieren a este amor.

No llevará a enojo el lector que repita textos que ya aduje en otras obritas, refiriéndome a la pasión. Los escritores de materias obscenas se complacen en repetir sus impúdicas bromas para encender más y más la concupiscencia en el pecho de sus incautos lectores, y ¿no me será dado a mí repetir los textos de las Sagradas Escrituras que más contribuyen a inflamar las almas en el amor divino?

Hablando de este amor, dijo el mismo Jesucristo: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito*. La expresión así encierra grande valor, pues nos hace ver que Dios, habiéndonos dado a su unigénito

Hijo, nos patentizó un amor tal, que nunca llegaremos a comprenderlo. El pecado nos arrastró a la muerte, arrebatándonos la vida de la gracia; pero el Eterno Padre, para hacer gala de su bondad y darnos a comprender cuánto nos amaba, quiso enviar a la tierra a su Hijo, para que con su muerte nos restituyese la vida perdida: *En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que al Hijo suyo unigénito envióle Dios al mundo para que vivamos por El.* De suerte que para perdonarnos no quiso Dios perdonar a su mismo Hijo, sino que quiso que cargase con el peso de satisfacer a la divina justicia por todas nuestras culpas: *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por todos nosotros lo entregó.* Léese lo entregó, pues lo puso en manos de los verdugos, que lo habían de acabar a fuerza de ignominias y de dolores, hasta hacerlo morir en un mar de dolores sobre un infame patíbulo. Pero antes, como dice Isaías, lo cargó con todos nuestros pecados y después quiso verlo agobiado de afrentas exteriores y de acerbísimas aflicciones internas: *Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte... Mas a Yahveh le plugo destruirle con padecimiento.*

Considerando San Pablo este amor de Dios, exclama: *Mas Dios..., por el extremado amor con que nos amó, aun cuando estábamos nosotros muertos por los pecados, nos vivificó con la vida de Cristo.* Dice el Apóstol *por el extremado amor con que nos amó.* Pero ¿cabe en el Señor exceso alguno? Sí, exclama, porque, de no asegurármelo la fe, ¿quién lo pudiera creer?

De ahí que la santa Iglesia exclame asombrada: «¡Oh dignación admirable de tu piedad para con nosotros, oh inestimable amor de los amores, que para redimir al esclavo entregases al Hijo!» Nótese aquella

expresión de la Iglesia *inestimable amor de los amores*, es decir, amor más caro a Dios que todos los amores con que amó al resto de las criaturas. Siendo Dios el mismo amor, la propia caridad, como se expresa San Juan, ama a todas las criaturas: *Amas todo cuanto existe, y nada de lo que hiciste abominas*; pero el amor que tiene al hombre parece de más subidos quilates y aun parece que lo ha preferido al amor de los ángeles, ya que quiso morir por los hombres y no por los ángeles caídos.

II. El hijo de Dios se entregó a sí mismo por nuestro amor

Hablando del amor que el Hijo de Dios tiene a los hombres, nos damos cuenta de que al ver, de una parte, al hombre perdido por el pecado, y por otra a la justicia divina, que reclamaba satisfacción cumplida por las ofensas recibidas, reparación que el hombre no podía llevar a cabo, se ofreció voluntariamente a satisfacer la pena del culpable. Y cual humilde corderillo se puso en manos de sus verdugos, a quienes permitió que le lacerasen las carnes y lo condujeran a la muerte, sin lamentarse ni abrir la boca, como estaba predicho.

Escribe San Pablo que Jesucristo, para obedecer al Padre, aceptó la muerte de la cruz. Mas no se piense que el Redentor la aceptó solamente en obediencia al Padre y como a la fuerza, puesto que se ofreció a la muerte espontáneamente, como habemos dicho, y por voluntad propia, llevado del gran amor que al hombre profesaba, como lo declaró El por San Juan: *Yo doy mi vida... Nadie me la quita, sino que yo por mí mismo la doy*. Y declara ser éste el oficio del buen

pastor, dar la vida por sus ovejas: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas.* Y ¿por qué quiso morir por ellas? ¿Qué obligación tenía, como pastor, de dar la vida por sus ovejas? *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.* Quiso morir por el amor que nos tenía y librarnos así del poderío de Lucifer.

Todo esto declaró nuestro amante Redentor, al decir: *Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a todos arrastraré hacia mí.* Con las palabras *cuando fuere levantado de la tierra* quiso denotar la muerte que había de padecer en la cruz, según dice el mismo evangelista: *Esto decía significando con cuál muerte había de morir.* Comentando San Juan Crisóstomo las referidas palabras, *a todos arrastraré hacia mí*, dice que el Señor quiere darnos a entender que con su muerte quiso arrancarnos como a la fuerza de las manos de Lucifer, que, en su tiranía, nos tenía esclavizados como esclavos, para atormentarnos después de la muerte para siempre en el infierno.

¡Desgraciados de nosotros si Jesucristo no hubiera muerto por salvarnos! Todos hubiéramos tenido que parar en el infierno. Gran motivo que debe forzarnos a amar a Jesucristo, mayormente quienes merecimos la eterna condenación, pensar que El, con su muerte y con la efusión de su sangre, nos libró de los tormentos del infierno.

Echemos de paso una mirada a las penas del infierno, donde al presente se hallan tantos desgraciados padeciéndolas. ¡Desventurados! Allí se hallan sumergidos en un mar de fuego, padeciendo continuada agonía, ya que en aquel fuego experimentan toda suerte de dolores. Allí están sometidos al poder de los demonios, que, ahitos de furor, sólo atienden a atormentar a los pobres condenados. Allí, más que

del fuego y del resto de los suplicios, se ven atormentados por los remordimientos de la conciencia, avivados por el recuerdo de los pecados cometidos en vida, que fueron causa de su condenación. Allí ven para siempre cerrado el camino de salir de aquella mazmorra de tormentos. Allí se ven arrojados para siempre de la compañía de los santos y de la patria del cielo, para el que habían sido criados. Con todo, lo que más les aflige y constituye su infierno es verse abandonados de Dios y condenados a no poderlo ya amar, sino a tener que mirarlo con odio y con rabia.

De este infierno nos ha librado Jesucristo, redimiéndonos, no con oro ni al aprecio de otros bienes mundanos, sino con el precio de su sangre y de su vida en la cruz, como dice San Lorenzo Justiniano. Los reyes de la tierra envían a la muerte a sus vasallos para conservar su propia vida, pero Jesucristo quiso morir para salvar a sus criaturas.

III. Jesucristo murió por todos y por cada uno de nosotros

Mira a Jesús conducido por los escribas y sacerdotes a Pilatos, para que lo juzgue y condene a muerte de cruz, consiguiendo su intento de verlo condenado a morir crucificado. ¡Cosa de todo punto incomprensible, exclama San Agustín, ver juzgado al juez, la justicia condenada, y condenada a muerte la vida! Todos estos prodigios tuvieron por causa el amor que Jesucristo tenía a los hombres: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros*. ¡Ah, quién tuviera siempre a la vista este texto de San Pablo! Presto saldría de su corazón todo afecto a los bienes de la tierra y no pensaríamos más que en amar a nuestro

Redentor, que derramó toda su sangre para prepararnos saludable baño: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre.*

Dice San Bernardino de Siena que Jesucristo, desde lo alto de la cruz, contempló todos y cada uno de nuestros pecados y que por cada uno de ellos ofreció sangre. En suma, el amor lo redujo, de Señor que era de todos, a comparecer en la tierra como el más vil y el más abyecto de todos. «¡Oh fuerza del amor! —exclama San Bernardo—, ¿conque el Ser supremo por excelencia se ha hecho el último de todos?» Y añade: «¿Quién hizo esto? El amor, que no entiende de dignidad, que es poderoso en su cariño... El amor triunfa de Dios». ¿Quién hizo esto? El amor, que, para darse a conocer al objeto amado, hace que el amante prescinda de su dignidad para no hacer más que lo agrade al amado. De ahí que San Bernardo dijera que Dios, que de nadie puede ser vencido, fue vencido por el amor que tenía a los hombres.

No olvidemos, además, que cuanto padeció Jesucristo en su pasión, lo padeció por cada uno de nosotros en particular, por lo que San Pablo dice: *Vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí.* Lo que el Apóstol dice debe repetirlo cada uno de nosotros; por eso afirma San Agustín que el hombre fue a tal precio rescatado, que, al parecer, vale tanto como Dios, y hasta se atreve a decir al Señor: Me amaste a mí más que a ti, porque, por librarme de la muerte, quisiste morir por mí.

Mas ¿por qué, pudiendo Jesucristo salvarnos con una sola gota de su sangre, quiso derramarla toda a puros tormentos, hasta expirar de dolor en una cruz? Quiso derramarla toda para demostrarnos el amor excesivo que nos profesaba, dice San Bernardo. Llamó *excesivo* este amor porque Moisés y Elías, en su

conversación del monte Tabor, llamaron exceso a la pasión del Redentor, exceso de misericordia y de amor. Hablando San Anselmo de la pasión del Señor, dice que la misericordia sobrepujó a la deuda contraída por nuestros pecados, porque, siendo infinito el valor de la muerte de Jesucristo, superó de infinita manera la satisfacción debida a la justicia divina por nuestros pecados. Razón, pues, tenía el Apóstol para exclamar: *Pero a mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*. Y lo que decía San Pablo podemos también decirlo cada uno de nosotros, porque ¿qué mayor honra puedo esperar ni tener en la vida que ver a un Dios muerto por mi amor?

Eterno Dios mío, con mis pecados os he deshonrado, pero Jesús con su muerte satisfizo por mí y os restituyó sobreabundantemente el honor; por amor, pues, de la muerte de Cristo, tened compasión de mí. Y vos, Redentor mío, que quisisteis morir por mí para ganaros mi corazón, haced que os ame. Por haber menospreciado vuestra gracia y vuestro amor, merecería ser condenado a no poder amaros más; pero no, Jesús mío, castigadme con cualquier otro castigo que no sea éste; os ruego que no me lancéis al infierno, porque en el infierno no os podría amar; con tal que os ame, dadme el castigo que os pluguiera; privadme de todo, pero no de vuestro amor.

Acepto cualquier enfermedad, ignominia, dolor que me enviareis, pues me basta con amaros. Ahora comprendo, merced a las luces con que me favorecéis, cuán amable sois y cuánto merecéis ser amado, por lo que ya no sabría vivir sin amaros. En lo pasado amé las criaturas y os volví las espaldas a vos, bondad infinita; pero ahora profeso amaros a vos sólo y nada más que a vos. Amado Salvador mío, si

prevéis, que en lo que me resta de vida he de ser infiel a vuestro amor os suplico que ahora me quitéis la vida, porque antes prefiero verme aniquilado que separado de vos.

¡Virgen santa, María, Madre de Dios!, ayudadme con vuestras plegarias; obtenedme la gracia de amar siempre a Jesús, muerto por mí, y a vos, reina mía, que tantas misericordias me habéis dispensado hasta el presente.

CAPÍTULO IX

DEL AGRADECIMIENTO QUE DEBEMOS A JESUCRISTO POR SU PASIÓN

I. Jesús murió por nosotros y nosotros debemos vivir y morir por El

Dice San Agustín que, habiendo sido Jesucristo el primero que dió su vida por nosotros, nos ha obligado a dar la vida por El, y añade: «Conocéis la mesa del poderoso, es decir, la participación de su cuerpo y de su sangre; prepárese, pues, quien se acerque a tal banquete». Quiere decir que cuando nos acerquemos a comulgar, pues nos alimentamos del cuerpo y sangre de Jesucristo, aun cuando no sea más que por agradecimiento, debemos estar dispuestos, si así lo exigiere su gloria, a dar por El sangre y vida.

Sobrado tiernas son las palabras de San Francisco de Sales comentando el texto de San Pablo: *El amor de Cristo nos aprieta*; ¿a qué? Oigamos lo que dice San Francisco de Sales: «Saber que Jesucristo, verdadero Dios eterno y omnipotente, nos amó hasta el extremo de querer padecer por nosotros muerte, y muerte de cruz, ¿no es sentir como prensados nuestros corazones y apretados fuertemente para exprimir de ellos el amor con violencia, que, cuanto es más fuerte, es tanto más deleitoso?» Y después añade: «Mi Jesús se da todo a mí, y yo me doy todo a El;

viviré y moriré sobre su pecho, y ni la muerte ni la vida me separarán nunca de El».

Para exhortarnos a ser agradecidos con nuestro Salvador, San Pedro nos recuerda que hemos sido rescatados de la esclavitud del infierno, no con oro ni plata, sino con la preciosa sangre de Jesucristo, que se sacrificó por nosotros como inocente corderillo en el altar de la cruz. Grande, por tanto, sería el castigo de quienes sean ingratos a tamaño beneficio y no correspondán a él. Ciertamente que Jesús vino a salvar a todos los hombres que se hallaban perdidos, pero ciertas son también las palabras del anciano Simeón, cuando María presentó en el templo a Jesús Niño: *He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como señal a quien se contradice.* Con las palabras *para resurgimiento de muchos* profetizó la salvación que por los méritos de Jesucristo conseguirían todos los creyentes, quienes mediante la fe habían de resucitar de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Pero antes, con la palabra *caída*, predijo que muchos habían de caer en la más lamentable ruina por corresponder con ingratitude al Hijo de Dios, bajado del cielo a la tierra para exponerse al escarnio de sus enemigos, como lo expresan las palabras *y como señal a quien se contradice.* Esto se verificó puntualmente en Jesucristo, colocado como señal a que apuntaban todas las calumnias, injurias y malos tratos de los judíos. Esta *señal*, es decir, Jesucristo, no fue sólo contradicha por los judíos de su tiempo, que lo negaron como Mesías, sino también por los cristianos de tan ingrato corazón, que al amor de Cristo corresponden con ofensas y desprecios de sus preceptos.

Nuestro Redentor, dice San Pablo, llegó hasta dar la vida por nosotros para conquistarse nuestros cora-

zones por medio del amor que nos mostraba muriendo por nosotros. No, escribe el Apóstol, ya no nos pertenecemos más, pues hemos sido rescatados por la sangre de Jesucristo. Por tanto, si no le amamos ni observamos sus preceptos, el primero de los cuales es amarlo, no sólo somos ingratos, sino injustos y merecedores de ejemplar castigo. El esclavo rescatado por Jesucristo de la esclavitud del demonio tiene la estrechísima obligación de amarlo y de servirle en vida y en muerte.

San Juan Crisóstomo trae una bella reflexión acerca del citado texto de San Pablo, y dice que Dios piensa más en nosotros que nosotros mismos, y por eso considera nuestra vida como su tesoro y como gran pérdida suya nuestra muerte; de ahí que, al perder la vida espiritual, morimos doblemente, para nosotros y para Dios. Gran dicha es la nuestra, pues mientras vivimos en este valle de lágrimas, rodeados de tantos enemigos y de tantos peligros de perdernos, podemos exclamar: Somos del Señor, pertenecemos a Jesucristo, y siendo propiedad suya, El cuidará de conservarnos su gracia en esta vida y de guardarnos consigo en la venidera.

II. En qué consiste el vivir y morir por Jesucristo

Jesucristo murió, pues, por cada uno de nosotros, para que cada uno de nosotros viva únicamente para aquel Redentor que murió por su amor. Quien vive para sí, dirige hacia sí mismo sus deseos, temores, dolores, y cifra en sí mismo la propia felicidad; pero quien vive para Jesucristo no tiene más deseos que amarlo y darle gusto en todo; todas sus alegrías las cifra en agradarle, y todo su temor es disgustarle. Su

única aflicción es ver a su Jesús despreciado, y su único gusto, verlo amado por los demás. En esto consiste el vivir y morir para Jesucristo, y esto es lo que El pretende de cada uno de nosotros, y si quiso padecer tanto, fue para ganar todo nuestro amor.

¿Será ésta excesiva pretensión? ¡No!, responde San Gregorio, sino que es justísima pretensión, después de habernos dado tales muestras de su amor que se diría enloquecido por el nuestro. El se dio sin reserva a nosotros, por lo que con sobrada razón pretende que nosotros nos demos a El sin reserva y a El consagremos todo nuestro amor, y si le restamos parte, amando cualquier otra cosa fuera de El o no por El, razón tiene para lamentarse. «Menos, Señor, os ama quien juntamente con vos ama alguna otra cosa que no la ama por vos».

¿Qué podríamos amar, fuera de Jesucristo, sino a las criaturas? Y ¿qué son éstas, comparadas con Jesucristo, más que gusanillos de la tierra, fango, humo y vanidad? Al papa San Clemente le ofreció el tirano un montón de plata, oro y perlas con tal de que renegara de Jesucristo, y el Santo, exhalando un gran suspiro, exclamó: «¡Ah, Jesús mío, bien infinito!, ¿cómo podéis consentir que los hombres os tengan en menor aprecio que al polvo vil de la tierra?» No fue un arranque de locura o de temeridad lo que movió a los santos mártires a desafiar los ecúleos, las planchas de hierro enrojecidas y las muertes más crueles, sino el amor a Jesucristo, muerto en la cruz por su amor.

Valga por muchos el ejemplo de los Santos Marco y Marceliano, que, clavados de pies y manos, eran insultados por el tirano, quien los tachaba de locos por no renegar de Jesucristo, a trueque de padecer tan crueles tormentos, a lo que ellos repondieron que nunca habían experimentado tan suaves delicias

como las que a la sazón experimentaban al verse clavados con aquellos clavos. Y todos los santos, para agradar a Jesucristo, tan abatido y humillado por nosotros, se abrazaron alegremente con la pobreza, las persecuciones, los desprecios, enfermedades, dolores y muerte. Las almas desposadas con Jesucristo en la cruz hallan todo su placer en llevar consigo las injurias del Crucificado, que son los padecimientos.

Oigamos lo que dice San Agustín: «No os está permitido amar con amor menguado, pues debéis llevar grabado en vuestro corazón al que por vosotros murió clavado en la cruz». a los que sabemos por la fe que un Dios murió por nosotros en la cruz, no nos es lícito amarle con tibieza, pues en nuestro corazón sólo ha de estar grabado aquel que por amor nuestro quiso morir crucificado. Unámonos, pues, todos con San Pablo y digamos con él: *Con Cristo estoy crucificado, pero vivo... no ya yo, sino que Cristo vive en mí...*, que me amó y se entregó por mí. Comenta así San Bernardo estas palabras: «Para todas las cosas estoy muerto; no oigo ni entiendo; sólo los intereses de Cristo me hallan vivo y preparado». Todo el que ama al Crucificado ha de decir con el Apóstol: He dejado de vivir para mí mismo después que Cristo quiso morir por mí, cargando con la muerte que se me debía, por lo que estoy muerto a todas las cosas del mundo; no oigo ni atiende a las cosas que no son por Jesucristo, mas en cuanto a las que respectan a su gloria y a su gusto, me hallan vivo y presto a abrazarlas, sean sudores, desprecios, dolores y hasta la muerte. Por eso decía San Pablo: *Para mí el vivir es Cristo*; es decir: Jesucristo es mi vida, porque absorbe mis pensamientos, planes, esperanzas y deseos, pues El es todo mi amor.

Digna de fe es esta palabra —prosigue el Apóstol—.

Pues si con El morimos, también con El viviremos; si constantemente sufrimos, también con El reinaremos; si le negáremos, también El nos negará. Los reyes de la tierra, pasadas las victorias sobre sus enemigos, reparten el botín cogido entre quienes les ayudaron a combatir; así hará Jesucristo en el día del juicio: dará parte de los bienes celestiales a quienes trabajaron y sufrieron por su gloria. Dice el Apóstol que *si con El moriremos, también con El viviremos.* Morir con Cristo es renunciar a nosotros mismos, es decir, negarnos las satisfacciones que no podemos permitirnos sin renegar de Dios, quien en el día del juicio no reconocerá por suyos a los que le negaron con sus obras. Tengamos muy presente que no sólo renegamos de Jesucristo cuando negamos su fe, sino también cuando le negamos la obediencia; por ejemplo, cuando nos manda perdonar al prójimo la afrenta de él recibida, o el pisotear puntillos de honra, o romper la amistad que nos pone en peligro de perder la amistad de Dios, o menospreciar el vano temor de pasar por ingratos, ya que toda nuestra gratitud, antes que a los hombres, la debemos a Jesucristo, que dio sangre y vida por nosotros, lo que no ha hecho ninguna criatura.

¡Oh amor divino!, ¿cómo sois de los hombres tan despreciado? ¡Oh hombres!, mirad en la cruz al Hijo de Dios, que, cual inocente cordero, está sacrificado para pagar por vuestros pecados y conquistar así vuestro amor. Miradlo, miradlo y amadlo.

Jesús mío, amabilidad infinita, no permitáis que viva ingrato a tamaña bondad; en lo pasado viví olvidado de vuestro amor y de cuanto por mí padecisteis, mas de hoy en adelante quiero pensar sólo en amaros.

¡Oh llagas de Jesús!, llagadme de amor; sangre de

Jesús, embriagadme de amor; muerte de Jesús, haced que muera a todo amor que no sea el amor de Jesús. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas, os amo con toda mi alma, os amo más que a mí mismo. Os amo, y porque os amo quisiera morir de dolor, pensando que en lo pasado os volví tantas veces las espaldas y desprecié vuestra gracia. Por vuestros merecimientos, Salvador mío crucificado, dadme vuestro amor y haced que sea todo vuestro.

¡Oh María, esperanza mía!, haced que ame a Jesucristo, y nada más os pido.

CAPÍTULO X

QUE DEBEMOS PONER TODA NUESTRA ESPERANZA EN LOS MÉRITOS DE JESUCRISTO

I. Jesús crucificado, fuente de bienes

No se da en ningún otro la salud. Dice San Pedro que toda nuestra salvación está en Jesucristo, quien por medio de la cruz, en que sacrificó por nosotros la vida, nos abrió la puerta del cielo y nos da esperanzas para alcanzar de Dios todo bien si permanecemos fieles en la guarda de sus mandamientos.

Oigamos las palabras de San Juan Crisóstomo: «La cruz es la esperanza de los cristianos, el báculo de los cojos, el consuelo de los pobres, la destrucción del orgullo, el triunfo contra los demonios, el maestro de los principiantes, el piloto de los navegantes, el puerto de los náufragos, la consejera de los justos, el descanso de los atribulados, el médico de los enfermos y la gloria de los mártires».

La cruz, por consiguiente, dice el Santo, es decir, Jesús crucificado, es *la esperanza de los fieles*, porque, de no tener a Jesucristo, no tendríamos esperanza alguna de salvación. Es *el báculo de los cojos*, porque todos claudicamos en el presente estado de corrupción, y para caminar por el sendero de la salvación no tenemos más fuerza que la que nos comunica la gracia de Jesucristo. Es *la destrucción del orgullo*,

porque los secuaces del Crucificado ignoran la soberbia, si le consideran muerto cual malhechor en la cruz. *Es el triunfo contra los demonios*, porque huyen a la sola señal de la cruz. *Es el maestro de los principiantes*, porque la cruz predica hermosas enseñanzas a quienes comienzan a caminar por las vías del Señor. *Es el piloto de los navegantes*, porque la cruz es nuestra guía en las tempestades de la presente vida. *Es el puerto de los náufragos*, porque ¿dónde se hallará mayor descanso que contemplando la cruz en que padeció Dios por nuestro amor? *Es el médico de los enfermos*, porque cuantos se abrazaren a la cruz quedarán curados de todas las llagas del alma. *Es la gloria de los mártires*, porque no pueden ambicionar mayor gloria que la de asemejarse a Jesucristo, Rey de los mártires.

En suma, toda nuestra esperanza se cifra en los méritos de Jesucristo, por lo que decía el Apóstol. *Bien sé vivir con estrechez y sé también nadar en la abundancia; en todo caso y en todas cosas he aprendido el secreto, lo mismo de estar harto que de andar hambriento, lo mismo de estar sobrado que de andar escaso. Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta.* San Pablo, amaestrado por el Señor, decía: Bien sé cómo debo portarme; cuando Dios me humilla, me resigno a su voluntad; cuando me ensalza, le cedo toda la gloria; cuando me hace sobrenadar en la abundancia, le doy las gracias; cuando me hace sufrir penuria, le bendigo; mas todo esto no lo hago por mi propia virtud, sino con la fuerza de la gracia que Dios me da. *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta*, esto es, *en Cristo*, como se lee en el texto griego. Quien desconfía de sí mismo y confía en Jesucristo, adquiere invencible fortaleza.

El Señor, decía San Bernardo, hace omnipotentes

a cuantos en El cifran su confianza. Y añadía que el alma que no presume de fuerzas propias, sino que está fortalecida por Jesucristo, tendrá tan gran dominio de sí misma, que nunca la subyugará pecado alguno; de lo que concluía que quien se apoya en Jesucristo no halla poder, ni engaño, ni placer que lo pueda abatir.

Tres veces rogó el Apóstol a Dios que lo librase de un cosquilleo impuro que le molestaba, y oyó esta respuesta: *Te basta mi gracia, porque la fuerza culmina en la flaqueza. ¿Cómo puede la virtud sacar fuerzas de la flaqueza?* Lo explican Santo Tomás y el Crisóstomo, diciendo que, cuanto mayor es nuestra debilidad e inclinación al mal, tanto mayor es la fortaleza que Dios comunica a quienes en El confían. Por lo que añadía San Pablo en el lugar citado: *Con sumo gusto, pues, me gloriaré más bien en mis flaquezas, para que fije en mí su morada la fuerza de Cristo. Y añadía: Por lo cual me agrado en las flaquezas, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en los aprietos por el nombre de Cristo. Porque cuando flaqueo, entonces soy fuerte.*

Pues la palabra de la cruz, para los que perecen es una insensatez; mas para los que se salvan, para nosotros, es una fuerza de Dios. Con estas palabras nos amonesta San Pablo que no sigamos el ejemplo de los mundanos, que ponen toda su confianza en las riquezas o en sus parientes y amigos y tachan de locos a los santos, que, despreciando estos humanos apoyos, ponen toda su esperanza a la sombra de la cruz, es decir, en Jesús crucificado, que colma de bienes a quienes en El confían.

Nótese aquí que el poder y la fortaleza del mundo es por completo diferente del poder de Dios; el primero se logra por medio de las riquezas y honores del

mundo, al paso que el segundo se alcanza con la paciencia y la humildad, por lo que dice San Agustín que «nuestra fortaleza estriba en reconocernos débiles y confesar humildemente lo miserables que somos». Y San Jerónimo añade que «la perfección de la vida presente estriba en reconocer nuestras imperfecciones». Sí, porque cuando reconocemos nuestras imperfecciones, desconfiamos de nuestras fuerzas, nos abandonamos en Dios, el cual protege y salva a quienes en El confían. Añade David, que *los que confían en el Señor son como el monte de Sión, que no se mueve*. Y San Agustín nos aconseja que en los peligros de pecar y en las tentaciones debemos recurrir y ponernos en manos de Jesucristo, que no se retirará para dejarnos caer, sino que nos abrazará para sostenernos, remediando así nuestra material debilidad.

Tomando Jesucristo sobre sí nuestras flaquezas, nos ha alcanzado una fortaleza que vence a nuestra debilidad natural; por eso dice San Pablo: *Pues por cuanto El mismo fue probado con lo que padeció, puede socorrer a los que son tentados*. ¿Cuál es la explicación? Porque Jesucristo, tentado, está más inclinado a compadecerse de nosotros y a socorrernos en la tentación; que es lo que dice San Pablo: *Pues no tenemos un Pontífice incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien probado en todo, a semejanza nuestra, excluido el pecado*. Y por eso nos exhorta el Apóstol: *Lleguémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia en orden a ser socorridos en el tiempo oportuno*.

Sometiéndose Jesucristo, en la noche anterior a la pasión, a padecer en el huerto de Getsemaní los temores, angustias y tristezas, como dicen los evangelistas, nos mereció el valor de resistir las amenazas de

los que quieren pervertirnos, nos alcanzó el valor de vencer el tedio que experimentamos en la oración, en la mortificación y en otros ejercicios de piedad, y la fortaleza para sufrir con paz y alegría los rigores de la adversidad.

Sabemos también que en el huerto, a vista de tantos dolores y de la muerte que le aguardaba, quiso experimentar en su humanidad la gran flaqueza que le obligó a exclamar: *El espíritu, sí, está animoso, mas la carne es flaca*. Y, vuelto al Eterno Padre, le dijo: *Padre mío, si es imposible, pase de mí este cáliz, aun cuando a continuación añadió: Mas no como yo quiero, sino como quieres tú*. Y durante todo el tiempo que prosiguió orando en el huerto no cesó de repetir: *Hágase tu voluntad*. *Oró por tercera vez, repitiendo de nuevo las mismas palabras*. Con aquel *fiat* que entonces pronunció mereció Jesucristo y nos alcanzó la gracia de la resignación en todas las adversidades, y, como escribe San León, alcanzó para los mártires y confesores de la fe la fortaleza necesaria para hacer frente a todas las persecuciones y tormentos de los tiranos.

Además, por el aborrecimiento que cobró entonces a nuestros pecados, que le hicieron padecer áspera agonía —y, venido en agonía, oraba más intensamente—, nos mereció la contrición de nuestras culpas. Por el abandono en que su Padre lo dejó en la cruz nos mereció la gracia de no perder la calma en las desolaciones y sequedades de espíritu. Al inclinar la cabeza, cuando estaba a punto de expirar, para obedecer al Padre —hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz—, nos mereció las victorias que reportaremos contra las pasiones y las tentaciones, y la paciencia en los dolores de la vida, y en las amarguras y angustias que se sufren en la muerte.

En suma, Jesucristo, dice San León, vino a tomar sobre sí nuestras enfermedades y flaquezas para comunicarnos su virtud y constancia. Dice San Pablo que *aun con ser Hijo de Dios, aprendió de las cosas que padeció lo que era obediencia*. No quiere esto decir que Jesucristo antes de su pasión no entendiese lo que era obedecer, sino que, como explica San Anselmo, al conocimiento que tenía de esta virtud se añadió la propia experiencia, que le enseñó cuán dolorosa era la pasión y muerte que había de sufrir en obediencia al Padre. Entonces supo también cuán grande es el mérito de la obediencia, puesto que por medio de ella alcanzó para sí el mayor grado de gloria, que fue sentarse a la diestra del Padre, y nos mereció a nosotros la salvación eterna. *Y consumado*—prosigue San Pablo—, *vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna*. Es decir, que habiéndose ejercitado con toda perfección en la obediencia, soportando con admirable resignación los tormentos de su muerte, mereció la salvación eterna a todos los que por obedecerle soportan pacientemente los trabajos de la vida actual.

Del ejemplo de Jesucristo y de su admirable paciencia sacaron los mártires valor y entereza para soportar los más fieros tormentos que la crueldad de los tiranos supo inventar; y no sólo los soportaron pacientemente, sí que también con alegría y gran deseo de padecerlos mayores por amor de Jesucristo. Léase, si no, la célebre carta que San Ignacio Mártir, condenado ya a las fieras, escribió a los romanos antes de llegar al lugar del suplicio: «Dejadme, hijos míos, que sea molido por los dientes de las fieras, como trigo de mi Redentor. No busco más que a El, que murió por amor mío. El que es el único objeto de mi amor, ha muerto crucificado por mí, y tan grande

es el afecto que le profeso, que por El deseo ser crucificado». Del mártir San Lorenzo escribe San León que, al estar tendido sobre las parrillas, más que el fuego exterior que le devoraba, sentía el fuego del amor que le consumía. Paladio y Eusebio escriben de Santa Potamiana, virgen de Alejandría, que habiendo sido condenada a ser arrojada a una caldera de pez hirviendo, a fin de padecer más por su Esposo crucificado, pidió al tirano que la metiese en la caldera despacio, para que la muerte le fuera más dolorosa; y consiguió lo que pedía, pues comenzaron a sumergirla por los pies, de modo que el martirio duró tres horas y sólo murió al llegarle la pez al cuello. Tan grandes son la paciencia y fortaleza que reportaron los mártires de la pasión de Jesucristo.

Alentado por el valor y entereza que el Crucificado infunde a quien le ama, exclama San Pablo: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada?* Y a la vez declaraba que esperaba triunfar de todo en virtud y por amor de Jesucristo: *Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de aquel que nos amó.* El amor de los mártires a Jesucristo era invencible, por recibir la fortaleza del Invencible, que los alentaba a padecer. No nos forjemos la ilusión de que por virtud de un milagro se tornaban los mártires insensibles a los tormentos o que un torrente de divinos consuelos les quitaba el sentimiento de dolor; esto, que alguna vez pudo suceder, de ordinario no acontecía; por manera que los mártires sentían toda la intensidad de los tormentos, que por eso muchos de ellos cedieron y flaquearon a la violencia de los suplicios; pues padecer el martirio con valor y constancia era puro don de Dios, que les suministraba el valor necesario.

El objeto primario de la esperanza cristiana es la eterna bienaventuranza, o sea el gozo de Dios, como enseña Santo Tomás. Los restantes medios para alcanzar la salvación, que consiste en gozar de Dios, como son el perdón de los pecados, la perseverancia final en la divina gracia y la buena muerte, los debemos esperar, no de nuestros esfuerzos ni de nuestros buenos propósitos, sino únicamente de los méritos y de la gracia de Jesucristo. A fin de que nuestra confianza sea firme, es menester creer con infalible certidumbre que la consecución de todos estos méritos de salvación sólo la debemos esperar de los méritos de Jesucristo.

II. De la esperanza que tenemos de que Jesucristo nos alcance el perdón de los pecados

Y, ya que hablamos de la remisión de los pecados, recordemos que nuestro Redentor vino al mundo a perdonar a los pecadores, como El lo aseguró: *Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido*. De ahí que el Bautista, cuando presentó a los judíos su Mesías ya llegado, les dijese: *He aquí al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*. La palabra *cordero*, a la que precede el artículo definido *el*, según el texto griego, significa *aquel Cordero divino* tantas veces anunciado por Isaías: *Y cual oveja ante sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca*; y por Jeremías: *Yo era como manso cordero que es llevado a degollar*; y prefigurado antes por Moisés en el cordero pascual, en el que todas las mañanas se ofrecía en holocausto al Señor y en el que se inmolaba por las tardes en expiación por los pecados. Todos estos corderillos eran impotentes para

borrar un solo pecado, y sólo servían para representar el sacrificio del Cordero divino, Jesucristo, que con su sangre había de lavar nuestra alma, purificarlas de las manchas del pecado y librarlas de los eternos tormentos por nuestras culpas merecidos. Todo esto quieren decir las palabras del evangelista, porque Jesucristo había recibido el encargo de satisfacer con su muerte a la divina justicia, como decía Isaías: *Mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros*. Por eso dice San Cirilo que «uno por todos es sacrificado, para satisfacer por el género humano ante el Eterno Padre».

¡Cuántas acciones de gracias debemos a Jesucristo! Si al ser conducido al cadalso un condenado a muerte le saliese al encuentro un amigo, le quitase el lazo que llevara al cuello y lo colgase al propio y, muriendo en patíbulo, librarse así al reo, ¡cuán obligado había de quedar éste al amor de su salvador! Esto puntualmente es lo que hizo Jesucristo, queriendo morir en la cruz para librarnos de la muerte eterna.

Jesucristo, dice San Pedro, *llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia, con cuyas heridas fuisteis sanados*. Jesús, pues, cargó con nuestros pecados y los llevó a la cruz para pagar la pena con su muerte y alcanzarnos el perdón, devolviéndonos así a los muertos la vida perdida. ¡Qué cosa más admirable, exclama San Buenaventura, que la muerte dé vida y que las heridas curen! ¡Que unas llagas sanen las llagas de otros y que la muerte de uno dé la vida a todos los hombres muertos por el pecado! Dice San Pablo que Dios aborrecía y odiaba a los pecadores, pero que *nos agradeció en el amado, en el cual tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que hizo*

desbordar sobre nosotros. Esto es fruto del pacto hecho entre Jesús y su Eterno padre; el Padre nos perdonaría las culpas y nos recibiría en su amistad en consideración a la pasión y muerte de su mismo Hijo.

En este sentido llamó el Apóstol a Jesucristo *mediador de un nuevo testamento*. La palabra *testamento* tiene dos significados en la Sagrada Escritura: el de *pacto*, o acuerdo entre dos personas que están discordes, y el de *promesa*, o disposición de última voluntad, por la cual el testador transmite sus bienes a los herederos, disposición que sólo se hace revocable con la muerte del testador. Del testamento como promesa hablaré en el apartado 4.º; al presente trataré del testamento como pacto, pues en este sentido habló el Apóstol al escribir de Jesucristo: *Y por esto es mediador de un nuevo testamento*.

El hombre, caído en pecado, era deudor a la divina justicia y enemigo de Dios. vino el Hijo de Dios al mundo y se revistió de carne humana, y en el mismo tiempo, como Dios y hombre que era, se constituyó mediador entre el hombre y Dios, en calidad de representante de entrambas partes, para restablecer la paz entre ellas y alcanzar al hombre la gracia divina, ofreciéndose a pagar con su sangre y con su muerte la deuda del hombre. Esta reconciliación estuvo ya figurada en el Antiguo Testamento en todos los sacrificios que entonces se hacían y en todos los símbolos ordenados por Dios, como eran el tabernáculo, el altar, el velo, el candelabro, el incensario y el arca donde se guardaban la vara de Aarón y figura de la prometida redención; y como esta redención debía llevarse a cabo con la sangre de Cristo, por eso Dios determinó que la sangre de los animales, figura de la del Cordero divino, y que todos los objetos simbóli-

cos arriba mencionados fuesen rociados con sangre: *Por donde tampoco el primero (testamento) se inauguró sin sangre.*

Dice también San Pablo que el primer testamento, o sea la primera alianza, pacto o mediación de Jesucristo en la ley nueva, se celebró también con sangre de novillos y de machos de cabrío, sangre con la que se rociaba al libro, al pueblo, al tabernáculo y todos los vasos sagrados: *Moisés, después de recitar todos los mandatos, a tenor de la ley, a oídos de todo el pueblo, habiendo tomado la sangre de los becerros y machos cabríos con agua y lana teñida en grana e hisopo, roció así al libro como a todo el pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que para vosotros dispuso Dios». De semejante manera roció también con la sangre el tabernáculo y todos los objetos del culto. Y casi todo, según la ley, se purifica con sangre, y sin efusión de sangre no se obtiene remisión.* La lana teñida de grana era también figura de Jesucristo, porque así como la lana es de ordinario blanca y sólo el tinte la torna roja, así también Jesucristo, blanco por su naturaleza y por su inocencia, apareció en la cruz ensangrentado y ajusticiado cual malhechor, verificándose lo que de El decía la Esposa de los Cantares: *Mi amado es blanco y colorado.* El hisopo, que es una hierba humilde, significaba la humildad de Jesucristo.

Vuelve otra vez a hablar el Apóstol de la sangre de Jesucristo, para grabar en el corazón de los judíos y de todos que sin la sangre de Jesucristo no había esperanza de perdón de nuestras culpas. Y así como en la antigua ley por medio de la sangre de las víctimas se purificaban los hebreos de las manchas exteriores producidas por el quebranto de la ley y se les perdonaba la pena temporal por la ley impuesta, así tam-

bién en la nueva alianza la sangre de Jesucristo lava las manchas interiores de la culpa como dice San Juan: *Al que nos ama y nos rescató de nuestros pecados con su sangre y nos libra de la pena eterna del infierno.*

Todo esto lo explica San Pablo cuando prosigue así en el mismo capítulo: *Mas Cristo, habiéndose presentado como pontífice de los bienes venideros, penetrando en el tabernáculo más amplio y más perfecto, no hecho de manos, esto es, no de esta creación, y no mediante la sangre de machos cabrios y de becerros, sino mediante la sangre, entró de una vez para siempre en el santuario, consiguiendo una redención eterna.* El pontífice de la antigua ley entraba en el *sancta sanctorum* y con la aspersion de la sangre de los animales purificaba a los delincuentes de las manchas exteriores contraídas y de la pena temporal, puesto que para alcanzar el perdón de la culpa y la remisión de la pena eterna necesitaban los hebreos, de necesidad absoluta, la contrición, con esperanza en el Mesías prometido, que debía morir para alcanzarles el perdón.

Jesucristo, por el contrario, con su precioso cuerpo, que es el tabernáculo más excelente y más perfecto, de que habla el Apóstol, sacrificado en el ara de la cruz, entró en el *sancta sanctorum* del cielo, para nosotros hasta entonces cerrado, y nos lo abrió por medio de la redención.

Por eso San Pablo, para animarnos a esperar el perdón de nuestras culpas, fiados en la sangre de Jesucristo, nos dice: *Porque si la sangre de machos cabrios y de toros y la ceniza de la becerra santifican con su aspersion a los contaminados en orden a la purificación de la carne, icuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mis-*

mo inmaculado a Dios, purificará vuestra conciencia de obras muertas, para que rindáis culto al Dios viviente!

Jesucristo se ofreció a Dios puro y sin sombra de culpa; de otra suerte no hubiera, sido digno mediador ni apto para reconciliar a Dios con el hombre pecador ni su sangre hubiera tenido la virtud de purificar nuestra conciencia de las *obras muertas*, esto es, de los pecados, que se llaman así, o porque no son dignas de mérito alguno, o porque son dignas de castigos eternos. *Para que rindáis culto al Dios viviente.* Y si Dios nos perdona nuestras culpas es para que empleemos el tiempo que nos rescatare de vida en su servicio y amor. Y acaba diciendo el Apóstol: *Y por esto es mediador de un nuevo testamento.* Por eso nuestro Redentor, cautivado por el amor inmenso que nos tenía, quiso rescatarnos, a costa de su sangre, de la muerte eterna. Tal fue el testamento, mediación o pacto entre Jesucristo y Dios.

El mismo Jesucristo ratificó esta promesa de perdonarnos los pecados por los méritos de su sangre, cuando en la noche que precedió a su muerte, al instituir la Eucaristía, dijo: *Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre de la alianza, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.* Estaba próximo el sacrificio, en que había de derramar, no parte de su sangre, sino toda ella para expiar nuestros pecados y alcanzarnos el perdón. Por eso quiso que este sacrificio se renovase diariamente en todas las misas que se celebrasen, a fin de que su sangre clamase de continuo en favor nuestro. Por eso también fue llamado Jesucristo sacerdote según el orden de Melquisedec. Aarón ofreció sacrificios de animales, en tanto que el sacrificio de Melquisedec fue de pan y de vino, figura del sacrificio del altar, en el que nues-

tro Salvador, bajo las especies de pan y vino, ofreció en la cena a Dios su cuerpo y su sangre, que al día siguiente había de sacrificar en la pasión y que continúa a diario ofreciéndole por manos de los sacerdotes, que renuevan el sacrificio de la cruz.

San Pablo explica por qué David llamó a Jesucristo *sacerdote eterno*, y dice: *Mas El, a causa de subsistir perpetuamente, posee el sacerdocio intransferible*. Los antiguos sacerdotes acababan su ministerio con la vida, mas Jesucristo, siendo como es eterno, lo es también en su sacerdocio. Pero ¿cómo seguirá en el cielo ejerciendo tal sacerdocio? También lo explica San Pablo, y dice: *Por donde puede también salvar perennemente a los que por El se llegan a Dios, siempre viviente para interceder a favor de ellos*. El gran sacrificio de la cruz, perpetuado por el sacrificio del altar, conserva siempre la virtud de salvar a todos cuantos, debidamente dispuestos por la fe y las buenas obras, se acercan a Dios por medio de Jesucristo. San Ambrosio y San Agustín dicen que Jesucristo, en cuanto hombre, prosigue haciendo en el cielo lo que hacía en la tierra en favor de los hombres, es decir, ejerciendo el oficio de abogado, mediador y aun de pontífice, oficio que consiste, como dice el Apóstol, en estar *siempre viviente para interceder a favor nuestro*.

Dice San Juan Crisóstomo que las llagas de Cristo son otras tantas bocas que de continuo están pidiendo a Dios perdón de nuestras culpas. ¡Con cuánta mayor eficacia, dice San Pablo, implora por nosotros clemencia la sangre de Cristo que pedía venganza la de Abel contra Caín! Se lee en las *Revelaciones* de Santa María Magdalena de Pazzi que el Señor le dijo cierto día estas palabras: «Desde que tomé venganza en la carne inocente de Cristo, mi justicia se ha troca-

do en clemencia. La sangre de este mi Hijo amadísimmo no pide venganza, como la de Abel; sólo pide misericordia; y al oír sus clamores no puede menos de calmarse mi justicia. Esta sangre divina me liga las manos, de tal suerte que no las puedo levantar, como antes, para tomar venganza de los pecadores».

El Señor nos había prometido perdonar y dar la vida eterna, pero dice San Agustín que hizo más de lo que prometió. El perdonarnos y abrírnos las puertas del paraíso nada costaba a Jesucristo, pero el redimirnos le costó la sangre y la vida. El apóstol San Juan nos exhorta a evitar el pecado; pero, temiendo que decaigamos de ánimo, al recordar nuestras pasadas culpas, nos alienta a esperar el perdón, con tal que tengamos la firme resolución de no caer, diciéndonos que tenemos que habérnoslas con Cristo, que no murió sólo para perdonarnos, sino que además, después de muerto, se ha constituido abogado nuestro ante el Padre celestial: *Hijuelos míos, esto os escribo para que no pequéis; si todavía alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre a Jesucristo, justo.* Según todo el rigor de la divina justicia, nuestros pecados nos han hecho incurrir en la desgracia de Dios, y, por consiguiente, nos han hecho merecedores de la eterna condenación; mas también la pasión del Salvador pide en nuestro favor gracia y eterna misericordia, y la pide en todo rigor de justicia, porque el Eterno Padre, en atención a sus méritos, prometió perdonarnos y salvarnos, siempre que estemos dispuestos a recibir la gracia divina y queramos someternos a sus preceptos, como escribe San Pablo: *Y, consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna.* Por manera que Jesucristo, al morir acabado de dolores, obtuvo la salvación eterna a cuantos observan su ley, *Corramos*

—nos dice el Apóstol—, *corramos por medio de la paciencia la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión.* Vayamos, pues, y aun corramos con ánimo esforzado, armados de paciencia para combatir con los enemigos de nuestra salvación, fijos los ojos en Jesús crucificado, quien renunció a una vida de gozo en esta tierra y se eligió vida de sufrimientos e ignominia, con el fin de poner término a nuestra redención.

¡Preciosísima sangre, eres mi esperanza! ¡Oh sangre inocente, lava las manchas de este penitente! Jesús mío, mis enemigos, después de incitarme a ofenderos, quieren lanzarme a la perdición, diciéndome que no puedo esperar de vos la salvación eterna: *Son muchos los que acerca de mí dicen: «Para él no hay salvación en Dios».* Mas yo, confiado en la sangre que por mí habéis derramado, os diré con David: *Mas tú, Señor, éresme adarga en torno.* Mis enemigos me traen aterrado, diciéndome que, si acudo a vos, me rechazaréis a causa de tantos pecados; pero San Juan me da prendas seguras de que me escucharéis, pues dijisteis: *Al que viniere a mí no le echaré fuera.* A vos, pues, acudo, lleno de confianza. «Rogámoste, Señor, que vengas en auxilio de tus siervos, salvados con tu preciosa sangre». Vos, Salvador mío, que derramasteis toda vuestra sangre con tanto dolor y con tanto amor, para no verme perdido, tened compasión de mí, perdonadme y salvadme.

III. De la esperanza que tenemos de alcanzar la perseverancia final por los merecimientos de Jesucristo

Para alcanzar la perseverancia final en el bien obrar no debemos fiarnos de nuestros buenos propósitos y promesas hechas a Dios, porque si nos apoyamos en nuestras fuerzas estamos perdidos. La esperanza que abrigamos de conservar la gracia de Dios hemos de colocarla en los merecimientos de Jesucristo; apoyados en su ayuda, perseveraremos hasta la muerte, aunque por todas partes nos veamos combatidos por todos los enemigos de la tierra y del infierno. A las veces nos sentiremos de tal modo abatidos de ánimo y asaltado de tentaciones, que nos parecerá estar ya perdidos; no decaigamos entonces de ánimo ni nos abandonemos a la desconfianza, recurramos al Crucifijo, y El nos sostendrá para no caer. Permite el Señor a veces que hasta los santos se vean en semejantes tempestades y temores. San Pablo escribe que las tempestades y temores por que pasó en Asia fueron tales, que le causaron tedio de la vida: *Sobre toda ponderación más de los que sufrían nuestras fuerzas nos vimos abrumados hasta tal punto, que aun de la vida desesperamos.* Al declararnos lo que era, según las propias fuerzas, nos insinuó que Dios permite a veces que caigamos en desolaciones, para que, conocedores de nuestra miseria y desconfiando de nosotros mismos, recurramos humildemente a su compasión y le pidamos fuerzas para no caer; y más claramente lo declara con estas palabras: *En todo atribulados, mas no reducidos a último extremo;... derribados, mas no rematados.* Nos vemos acosados por tristezas y pasiones, pero no nos abandonamos a la desesperación; atravesamos el lago, pero no nos sumergimos, porque el Señor, con su gracia, nos da for-

taleza para resistir a nuestros enemigos. Y siempre nos advierte el Apóstol que tengamos ante la vista cuán frágiles somos y cuán fácil de perder el tesoro de la gracia divina, y que sólo el poder de Dios, y no nuestra industria, lo puede guardar.

Estemos, pues, firmemente persuadidos de que en esta vida hemos siempre de desconfiar de nosotros mismos. El arma más poderosa con la cual reportaremos victoria sobre los asaltos del infierno es la santa oración. Esta es la armadura, de que nos habla el Apóstol: *Revestios de la armadura de Dios para que podáis sosteneros ante las asechanzas del diablo*, porque, añade, *no es nuestra lucha contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades del infierno*. Y continúa exhortándonos: *Manteneos, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y revestidos con la coraza de la justicia, y calzados los pies con la preparación pronta para el Evangelio de la paz, embrazando en todas ocasiones el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del malvado. Tomad también el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, orando con toda oración y súplica...*

Profundicemos algo más en las referidas palabras:

Manteneos, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad. Alude en este pasaje el Apóstol al cinturón que llevaban los soldados como prenda de la fidelidad que juraban a su soberano. El cinturón que debe ceñir el cristiano ha de ser la verdad de la doctrina de Cristo, según la cual estamos obligados a reprimir todos los movimientos desordenados, y en especial los de impureza, que son los más peligrosos.

Revestidos con la coraza de la justicia. La coraza del cristiano ha de ser la vida ejemplar; de otra suer-

te, se sentirá falto de fuerzas para rechazar los ataques del enemigo.

Calzados los pies con la preparación pronta para el Evangelio de la paz. El calzado que debe usar el soldado de Cristo, para acudir presto donde el deber le llamare, a diferencia de los que caminan lentamente por ir descalzos, ha de ser el ánimo presto de arrastrar a otros con el ejemplo a la práctica de las santas máximas del Evangelio.

Embrazando en todas ocasiones el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del malvado. El escudo que ha de servir de defensa al soldado de Cristo, y en el cual se han de embotar todos los encendidos dardos de los enemigos, ha de ser una fe inquebrantable, avalorada por una firme esperanza y divinizada por el amor.

Tomad también el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. El yelmo, según San Anselmo, es la esperanza de la salvación eterna, y, finalmente, la espada del espíritu, o sea nuestra espada espiritual, debe ser la palabra divina, por medio de la cual el Señor tantas veces nos ha prometido escuchar nuestras plegarias: *Pedid y se os dará; Porque todo el que pide, recibe; Llámame y te responderé; Invócame en el día de la angustia; yo te libraré.*

De ahí que el Apóstol termine diciendo: *Orando con toda oración y súplica en todo tiempo en espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y súplica por todos los santos.* La oración es, a no dudarlo, el arma poderosísima por la que el Señor nos da la victoria contra todas las pasiones malvadas e infernales tentaciones; pero esta oración hay que hacerla *con espíritu*, es decir, no sólo verbalmente, sino de corazón. Debe, además, ser continua y en todas las cir-

cunstancias de la vida, porque así como las batallas son continuas, así ha de serlo también la oración. Debemos orar *con todo empeño*; si la tentación no desaparece al primer impulso de la oración, hay que volver a la carga dos y tres veces y aun cuatro; y si perdurare la tentación, tenemos que repetirla con gemidos, lágrimas, insistencia y violencia con Dios, como si quisiésemos forzarlo a concedernos la gracia de la victoria; esto significa la expresión *con toda perseverancia y súplica*. Y añade el Apóstol: *Por todos los santos*, porque no sólo debemos rezar por nosotros, sino por la perseverancia de todos los fieles que se hallan en gracia de Dios, y especialmente de los sacerdotes, a fin de que trabajen con fruto por la conversión de los infieles y de todos los pecadores, repitiendo sin cesar en nuestras oraciones la oración de Zacarías: *Para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte*.

De gran provecho es para resistir a los enemigos en los combates del espíritu prevenir los combates durante las meditaciones, disponiéndonos a resistir cuanto podamos en el caso de que de improviso nos acometan. Merced a esta admirable táctica respondieron los santos con tanta mansedumbre o hasta con el silencio, conservando la calma al recibir alguna gravísima injuria, al ser perseguidos, al padecer cualquier dolor corporal o espiritual, la pérdida de un objeto valioso, la muerte de un pariente querido. Tales victorias, de ordinario sólo las consigue el alma que lleva vida muy ajustada, que frecuenta los sacramentos y tiene el hábito de la meditación, lectura espiritual y oración. De ahí que difícilmente reporten tales victorias quienes no son cautos en huir de las ocasiones peligrosas o se dejan arrastrar por la vanidad, los placeres mundanos, y tienen horror a la

mortificación de los sentidos; en una palabra, quienes viven vida muelle. Dice San Agustín que en la vida espiritual «hay que vencer primero al placer y luego al dolor»; que es como si dijera que el alma dada a los placeres sensuales, difícilmente resistirá a una gran pasión o tentación vehemente que la asalte. Quien ama la estima mundana, difícilmente sufrirá una grave afrenta sin exponerse a perder la gracia de Dios.

Cierto que todas las energías necesarias para vivir sin pecado y obrar el bien debemos esperarlas de la gracia de Jesucristo y no de nuestros esfuerzos únicamente; pero cierto también que hemos de vigilar para no debilitarnos en la lucha. Defectos hay, de que a veces no hacemos caso, que pueden ser causa de que falte la luz divina y de que el demonio se envalentone ante nosotros. Querer, por ejemplo, pasar ante el mundo por sabio o de ilustre nacimiento, buscar la vanidad en el vestir, andar tras las comodidades superfluas, picarse de cualquier palabrilla o desatención, pretender complacer a todos con detrimento del provecho espiritual, descuidar los ejercicios espirituales por respeto humano, las desobedecencillas a los superiores, las murmuracioncillas, guardar en el corazón ciertos rencorcillos, decir mentirillas, murmurar a costa del prójimo, perder el tiempo en conversaciones inútiles y vanas curiosidades; en una palabra, apegarse a las cosas terrenas y al amor propio desordenado, pueden servir al enemigo para arrastrarnos al precipicio; en todo caso, estos defectos, deliberadamente consentidos, nos privarán de la abundancia del auxilio divino, sin el cual caeremos en el momento menos pensado.

Nos lamentamos de tamaña aridez y disipación en la oración, en las comuniones y en los restantes ejer-

cicios de devoción; pero ¿cómo podrá Dios dispensar el disfrute de su presencia y amorosas visitas, si somos tan desatentos con El y tan negligentes en su servicio? *Quien siembra mezquinamente, mezquinamente también cosechará.* Si le damos tantos disgustos, ¿cómo pretendemos beneficiarnos de sus consuelos celestiales? Mientras no nos desprendamos por completo de la tierra, jamás seremos totalmente de Jesucristo, y entonces, ¿quién sabe dónde iremos a parar? Jesús, con su humildad, nos mereció la gracia de vencer la soberbia; con su pobreza, la fortaleza para vencer los desprecios e injurias. «¿Que hinchazón de soberbia —dice San Agustín— puede sanar si no se cura con la humillación del Hijo de Dios? ¿Qué avaricia se vencerá si no se domina con la pobreza de Cristo? ¿Qué cólera se amansará si no se amansa con la paciencia del Salvador?» Mas, si nos dejamos enfriar en el amor de Jesucristo y descuidamos suplicarle incesantemente que nos socorra, y alimentamos, por el contrario, en el corazón sentimientos terrenales, difícilmente perseveraremos en el bien vivir. Oremos, oremos siempre, porque con la oración lo alcanzaremos todo.

¡Oh Salvador del mundo, única esperanza mía!, por los méritos de vuestra pasión libradme de todo afecto impuro que pueda ser obstáculo al amor que os debo. Despojadme de todo afecto mundano, pues quiero que seáis el único objeto de todos mis deseos, el sumo bien y, por eso, el único bien digno de ser amado. Por vuestras sacrosantas llagas curad mis enfermedades y dadme la gracia de tener alejado el corazón de todo amor que no sea por vos, que merecéis todo el amor de mi corazón. Jesús, amor mío, vos sois mi esperanza!

IV. De la esperanza que habemos de tener de alcanzar de Jesucristo la eterna felicidad.

Y por esto es mediador de un nuevo testamento, a fin de que, habiendo intervenido muerte, reciban los que han sido llamados la promesa de la herencia eterna. Aquí habla San Pablo del nuevo testamento, no como pacto, sino como promesa, o sea disposición de la última voluntad, por medio de la cual Jesucristo nos constituyó herederos del reino de los cielos; y porque el testamento no es válido mientras viva el testador, por eso fue necesario que Jesucristo muriese, a fin de que pudiéramos, en calidad de sus herederos, entrar en la posesión del paraíso; por eso continúa San Pablo: Pues donde hay testamento, menester es que conste la muerte del testador; pues un testamento es válido en caso de defunción, como quiera que nunca tiene valor mientras el testador vive.

Por los merecimientos de Jesucristo, nuestro mediador, recibimos en el bautismo la gracia de ser hechos hijos de Dios, a diferencia de los hebreos del Antiguo Testamento, que, a pesar de ser el pueblo escogido de Dios, era pueblo de siervos. *Estas mujeres son dos alianzas: la una desde el monte Sinaí, que engendra para la esclavitud.* La primera mediación se hizo en el monte Sinaí, cuando Dios, por medio de Moisés, prometió a los hebreos la abundancia de bienes temporales si guardaban la ley que les había dado; pero esta mediación, dice San Pablo, no hacía más que siervos, a diferencia de la mediación obrada por Jesucristo, que engendra hijos: *Y vosotros, hermanos, a semejanza de Isaac sois hijos de la promesa.* Pues bien, si los cristianos somos hijos de Dios, por consiguiente, según el mismo Apóstol, somos

también herederos suyos, porque a los hijos atañe heredar a los padres, y nuestra herencia es la gloria eterna del paraíso, que Jesucristo nos mereció con su muerte: *Y si hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo.*

Con todo, San Pablo añade a continuación: *Si es que juntamente padecemos para ser juntamente glorificados.* Ciertamente que, en virtud de la filiación divina que nos mereció Jesucristo con su muerte, tenemos derecho a la herencia del paraíso, pero con tal de que respondamos fielmente a la gracia con nuestras buenas obras, y señaladamente con el ejercicio de la santa paciencia; por ello dice el Apóstol que, para alcanzar la gloria eterna en compañía de Jesucristo, tenemos que padecer en esta tierra en compañía de Jesucristo. Delante va nuestro capitán con la cruz, estandarte bajo el cual hemos de alistarnos, como el mismo Señor ordena: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame.*

Para alentarnos a sufrir denodadamente y esforzados con la esperanza del paraíso, nos recuerda luego San Pablo que la gloria que se nos dará en la otra vida sobrepujará inmensamente al mérito ganado con todos nuestros padecimientos, si en adelante los sufrimos de buen grado para cumplir el divino querer: *Porque entiendo que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros.* ¿Habría pobre tan insensato que se resistiera a trocar alegremente todos sus andrajos por un gran reino? Al presente no gozamos de la gloria celestial, porque todavía no nos hemos salvado e ignoramos si acabaremos la vida en gracia de Dios; pero la esperanza en los méritos de Jesucristo es la que nos ha de salvar, como siente san

Pablo: *Porque en esperanza hemos sido salvados. Si somos fieles en su servicio y no nos cansamos de pedirselo, Jesucristo no nos privará de ninguna gracia necesaria para salvarnos, pues prometió escuchar a todo el que le rogare: Todo el que pide, recibe.*

Yo no temo, dirá alguno, que Dios se niegue a oírme si le ruego; lo que temo es no saber rogar como es menester, Nos ressonde San Pablo; tampoco temas esto, porque cuando oramos, el mismo Dios ayuda nuestra flaqueza y nos hace orar de modo que seamos atendidos: *Y asimismo también el Espíritu acude en socorro de nuestra flaqueza. Pues qué hemos de orar, según conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu mismo interviene a favor nuestro con gemido inefables.* San Agustín explica la palabra *postulat*, pide, diciendo: «Nos hace rogar y pedir».

Afirma también el Apóstol, para aumentar nuestra confianza, que *Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman.* Quiere con esto dar a entender que no son desgracias, al modo de sentir humano, los insultos, las enfermedades, la pobreza, las persecuciones, porque Dios lo trocará todo en bien y en gloria de cuantos sepan sufrirlo pacientemente. Y el Apóstol acaba diciendo: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo;* palabras con que nos persuade a que, de querer salvarnos, nos resolvamos a padecer toda suerte de trabajos antes que perder la gracia de Dios, pues nadie puede ser admitido a la gloria de los bienaventurados si en el día del juicio particular su vida no es hallada conforme con la de Jesucristo.

Temeroso San Pablo de que tal doctrina arroje en la desesperación al pecador, al considerar sus culpas pasadas, le alienta a esperar el perdón, recordándole

que el Eterno Padre, para poder perdonar nuestros pecados, *ni a su propio Hijo perdonó, antes por nosotros todos le entregó*; y, para alentar más la esperanza en el perdón, dice a los pecadores: *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió*. Como si dijera: Pecadores, cuantos detestáis los pecados cometidos, ¿a qué tanto temer ser arrojados al infierno? Decidme: ¿quién es el juez que os va a condenar? ¿No es Jesucristo? Y ¿cómo podéis temer que os condene a la muerte eterna el amoroso Redentor, que para no condenaros quiso condenarse a sí mismo a morir ajusticiado en el infame patíbulo de la cruz? Esto se entiende de los pecadores arrepentidos, que, en expresión de San Juan, *lavarón sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero*.

Jesús mío, cuando considero mis pecados me avergüenzo de pedirlos el paraíso, pues tantas veces renuncié a él por pasajeros y miserables deleites; mas, cuando os miro clavado en cruz, no puedo menos de confiar en ir a gozar de vos a la gloria, sabiendo, como sé, que quisisteis morir en infame madero para expiar mis pecados y ganarme el paraíso, que tantas veces perdí. Dulce Redentor mío, confiado en los merecimientos de vuestra pasión y muerte, espero que me habéis perdonado las ofensas que os he hecho, de las cuales estoy arrepentido y desearía morir de dolor. Pues, aunque vos me habéis perdonado, siempre será cierto, Dios mío, que en mi ingratitud os disguste gravemente, después de lo mucho que me habéis amado. Mas lo hecho, hecho está, por lo que, al menos, Señor mío, en lo que me restare de vida, quiero amaros con todas mis fuerzas, todo, todo, todo. Vos me lo habéis de conseguir. Desprendedme de todas las cosas terrenas y dadme luz y fuerza para no buscar más que a vos, único bien mío, mi amor y mi todo.

¡Oh María, esperanza de los pecadores!, vos me habéis de ayudar con vuestros ruegos. Rogad, rogad por mí y no ceséis de rogar mientras no me veáis enteramente consagrado al servicio de Dios.

CAPÍTULO XI

QUE, A IMITACIÓN DE JESUCRISTO, DEBEMOS EJERCITARNOS EN LA PACIENCIA PARA CONSEGUIR LA SALVACIÓN ETERNA

I. Que es necesario sufrir, y sufrir con paciencia

Hablar de paciencia y de sufrimiento es lenguaje que no se da ni se entiende entre los mundanos y que sólo lo utilizan y entienden las almas amantes de Dios. «Señor —decía San Juan de la Cruz—, lo que quiero que me deis es trabajos que padecer por vos y que sea yo menospreciado y tenido en poco». Santa Teresa solía repetir: «Señor: o padecer o morir». Santa María Magdalena de Pazzi repetía también: «Padecer y no morir». He aquí cómo hablan los santos enamorados de Dios, y hablan de esta suerte porque saben perfectamente que el alma no puede dar al Señor prueba más palpable de amor que padecer voluntariamente por complacerle.

Esta es también la prueba mayor que Jesucristo nos dio del amor que nos tiene. Como Dios nos dio pruebas de su amor en la creación, al colmarnos de tantos beneficios, al llamarnos a compartir con El la gloria que eternamente disfruta, pero en ninguna ocasión quedó tan patente el amor que nos profesa como en la encarnación, abrazándose con vida tan mortificada y llena de dolores e ignominias por

nuestro amor. Y nosotros, ¿cómo demostraremos nuestro amor a Jesucristo? ¿Acaso viviendo vida de placeres y de goces terrenales?

Guardémonos de pensar que Dios se complazca en vernos padecer, porque no es de tan dura condición que se complazca en contemplar los dolores y escuchar los gemidos de sus criaturas. Es Dios de bondad infinita e inclinado por naturaleza, afabilidad y compasión hacia quienes a El recurren. Pero la condición de nuestro presente estado infeliz de pecadores y el agradecimiento que debemos al amor de Jesucristo exigen que por amor suyo renunciemos a los placeres de este mundo y nos abracemos de buen grado con la cruz que durante la vida hemos de llevar, en compañía de aquel que con una cruz más pesada que la nuestra marcha a la cabeza, para conducirnos a la conquista de una vida bienaventurada que jamás tendrá fin. No se complace, pues, el Señor en vernos padecer, sino que, siendo como es la suma justicia, no puede dejar sin castigo nuestras culpas, y para darnos un día la corona de la gloria quiere que nos purifiquemos de nuestros pecados con el ejercicio de la paciencia. ¿Puede darse más bello orden y más suave que este de la divina Providencia en conciliar al mismo tiempo los derechos de su justicia con nuestra eterna felicidad?

Por tanto, toda nuestra esperanza hemos de ponerla en los méritos de Jesucristo y esperar de El el socorro necesario para vivir santamente y salvarnos: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.* Aunque esto es muy cierto, no debemos, con todo, descuidar de poner de nuestra parte lo que podamos para satisfacer los agravios que hemos hecho a la majestad de Dios y conseguir la vida eterna por medio de las buenas obras. De esto habla el Apóstol cuando

dice: *Cumplo, por mi parte, lo que faltaba de las fatigas de Cristo en mi carne.* ¿Es que la pasión de Cristo no fue cumplida y suficiente por sí sola para salvarnos? Nada faltó, sin duda, de su valor intrínseco y fue suficientísima para salvar a todos los hombres; con todo, para que los méritos de la pasión se nos apliquen, debemos, según Santo Tomás, cooperar por nuestra parte, soportando con paciencia los trabajos que Dios nos mande, para asemejarnos a nuestra cabeza, que es Cristo, como escribe el Apóstol a los romanos: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese El primogénito entre muchos hermanos.* Esto no obstante, siempre hay que tener en cuenta, como lo advierte el Angélico Doctor, que toda la virtud de nuestras buenas obras, satisfacciones y penitencias les viene de la satisfacción de Jesucristo, pues «la satisfacción del hombre, dice el Santo, saca su eficacia de la satisfacción de Cristo». Y así se responde a los protestantes, que tachan nuestras penitencias de injuriosas a la pasión de Jesucristo, como si no fuera ésta suficiente para expiar nuestras culpas.

Afirmamos que para participar de los merecimientos de Jesucristo es menester esforzarse en cumplir los divinos mandamientos, hasta el punto de violentarnos antes que ceder a las tentaciones infernales. Esto quiso darnos a entender el Señor cuando dijo: *El reino de los cielos padece fuerza, y hombres esforzados arrebatan de él.* En el momento del peligro, si no queremos ser vencidos del enemigo, tenemos que luchar contra la incontinencia, contra las sugerencias de los malos apetitos y contra la rebeldía de los sentidos. Y si sucumbimos en la lucha y caemos en pecados, debemos hacer violencia al Señor, dice San Am-

broso, con lágrimas y oraciones, hasta alcanzar el perdón de ellos. Y continúa el Santo: «¡Dichosa violencia, que no castiga el Señor con su indignación, sino que agradece y recompensa con grandes mercedes! El alma que más violentare a Jesucristo de esta suerte, tanto más propicio lo tendrá en sus necesidades. Primero debemos reinar sobre nosotros mismo, dominando nuestras pasiones, y después lograremos, por los méritos de nuestro Salvador, reinar en el cielo de la gloria». Por eso nos debemos hacer violencia, sea sufriendo las adversidades y persecuciones, sea venciendo las tentaciones y pasiones, de las cuales no podemos triunfar sino con grandes esfuerzos.

El Señor nos amonesta que antes de perder el alma, si preciso fuera, hemos de estar aparejados a padecer todo género de males y aun la misma muerte; pero al mismo tiempo promete combatir El mismo y derrocar a nuestros enemigos: *Combate por la verdad hasta la muerte y Yahveh guerreará por ti*. San Juan vio ante el solio de Dios gran muchedumbre de santos vestidos de blancas vestiduras, porque en el cielo no entra nada manchado, y vio que llevaban palmas, en señal del martirio: *Tras esto vi, y he aquí una gran muchedumbre... de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos*. Pero ¿qué? ¿Son mártires todos los santos? Sí señor; todos los adultos que se salvan habrán de ser o mártires por la sangre o mártires por la paciencia en vencer los asaltos del infierno y los apetitos desordenados de la carne. Los placeres carnales condenan al infierno innumerables almas; por consiguiente, es indispensable determinarse a despreciarlos valientemente. Persuadámonos de que el alma ha de sojuzgar bajo los pies al cuerpo o que el cuerpo sojuzgará bajo los pies al alma.

Repitamos que para salvarnos tenemos que hacernos extraordinaria violencia. Pero yo nada puedo, replicará alguno, si Dios no me ayudare con su gracia. A esto responde San Ambrosio: «Si lo fías todo de tus propias fuerzas, nada podrás; pero si confías en el Señor, El te dará la fortaleza» Y dice bien, mas para ello es menester padecer sin remedio, porque, si queremos entrar en la gloria de los bienaventurados, dice la Sagrada Escritura que antes hemos de sufrir pacientemente muchas traibulaciones. Por lo que San Juan, cuando se quedaba extasiado contemplando la gloria de los santos, oyó una voz que le decía: *Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero*. Y cierto que se hallaban en el número de los bienaventurados por haber lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero, pero todos habían llegado allí pasando por el mar de la tribulación.

Estad ciertos, decía San Pablo a sus discípulos, de que *fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis*. Fiel es Dios, decía el Apóstol, que prometió prestaros su ayuda, capaz de resistir toda clase de tentación, si se le pidire: *Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis*; por lo que no puede faltar a su promesa. Craso error de los herejes es afirmar que Dios impone leyes imposibles de guardar. No; «Dios no manda cosas imposibles —responde el sagrado concilio de Trento—, pues al mandar te aconseja que hagas lo que en tu mano esté, y El te dará fuerzas para ponerlo en práctica». Dios no manda cosas imposibles; cuando manda, nos aconseja hacer lo que podamos y pedir su ayuda para conseguirlo. «No son los hombres tan faltos de razón —dice San Efrén— que a las bestias de carga les pongan pesos incomportables; pues con mayor motivo podemos pen-

sar esto de Dios, que, amando a los hombres con tan entrañable amor, no consentirá que les acometen tentaciones que les puedan vencer».

«La cruz siempre está aparejada —escribe Kempis—, y te espera en cualquier lugar; es necesario que en todo lugar tengas paciencia si quieres tener paz interior y merecer perpetua corona. si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado». Todos van buscando la paz en el mundo y quisieran hallarla sin padecer; mas esto es imposible en el presente estado de cosas, pues no hay más remedio que sufrir, ya que la cruz nos sigue a todas partes. Mas ¿cómo hallaremos la paz, rodeados de tantas cruces? Con la paciencia y abrazándonos con las cruces que nos salgan al paso. Dice Santa Teresa que el que arrastra la cruz de mala gana siente su peso, por pequeño que sea; pero que quien la abraza voluntariamente, no siente su pesadez, aunque fuera muy grande. Y Tomás de Kempis añade: «¿Qué santo vivió en el mundo sin cruz? Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio, y ¿tú andas tras el gozo?» ¿Qué santo fue introducido en el cielo sin la enseña de la cruz? Y ¿cómo, por otra parte, podrían entrar sin ella en el cielo, cuando Jesucristo, Jefe nuestro y nuestro Redentor, vivió vida crucificada y martirizada? Y, sin embargo, Jesús era inocente, santo, Hijo de Dios; quiso padecer durante toda su vida, y ¿nosotros andamos tras de los placeres y pasatiempos? Para darnos ejemplo de paciencia, quiso elegir vida llena de ignominias y de dolores interiores y exteriores, y nosotros ¿queremos salvarnos sin padecer o padeciendo impacientemente? Eso sería padecer doblemente, pero sin provecho y con sobra de castigo. Mas ¿cómo podremos forjarnos la ilusión de mar a Jesucristo, si nos resistimos a padecer por su amor, después de

que tanto padeció El por el nuestro? ¿Cómo podrá gloriarse de ser seguidor del Crucificado quien rechazar o recibiere de mala gana los frutos de la cruz, que son los trabajos, desprecios, pobreza, dolores, enfermedades y todo lo que contraría nuestro amor propio?

II. La vista de Jesucristo nos consuela y sostiene en los padecimientos

Para no perder las energías en la lucha, miremos siempre las llagas del Crucificado, porque de ellas sacaremos las fuerzas necesarias para soportar los trabajos de la vida, no sólo con paciencia, sino hasta con gozo y alegría, como hicieron los santos. *Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salvación.* San Buenaventura comenta este texto de Isaías diciendo: «*De las fuentes de salvación*, es decir, de las llagas de Jesucristo». Por lo que el Santo nos exhorta a «tener siempre fijos los ojos del corazón en Jesucristo muriendo en la cruz, si queremos vivir en continua unión con Dios». La devoción consiste, explica Santo Tomás, en estar prontos a ejecutar cuanto Dios pidiere de nosotros.

He aquí un hermoso documento que nos da San Pablo para vivir unidos con Dios y soportar pacientemente las tribulaciones de la vida: *Recapacitad mirando al que tal contradicción sostuvo contra sí de parte de los pecadores, a fin de que no desfallezcáis, aflojada la resistencia de vuestras almas.* Dice *recapacitad* porque para sufrir con resignación y paz las contradicciones de la vida no basta pensar como de paso y de vez en cuando en la pasión de Jesucristo,

sino que es preciso meditar muy de asiento y a diario en las penas que padeció el Señor por amor nuestro. Y ¿cuáles penas padeció? *Tal contradicción sostuvo*, dice el Apóstol, para recordarnos que Jesucristo, merced a tales contradicciones, se convirtió en expresión del profeta, en *abandonado de los hombres y varón de dolores*, hasta tener que morir de puro dolor y saciado de oprobios en un patíbulo propio de malhechores. Y ¿por qué quiso Jesucristo abrazarse con tal cúmulo de dolores y vituperios? *A fin de que no desfallezcáis*, pues al ver lo que Dios quiso padecer para darnos ejemplo de paciencia, no debemos cansarnos de sufrir, a trueque de no caer en pecado.

El apóstol San Pablo, para alentar nuestra flaqueza, nos dice: *Todavía no habéis resistido hasta derramar sangre luchando contra el pecado*. Mirad que Cristo derramó por vosotros su sangre en la pasión a puro tormentos, y que los mártires, a ejemplo de su rey, soportaron con fortaleza las planchas ardientes y las uñas de hierro que asaban sus carnes y arrancaban sus entrañas, en tanto que vosotros aun no habéis derramado por Cristo ni una gota de sangre, y, esto no obstante, debéis estar aparejados a perder hasta la misma vida antes que ofender a Dios, como decía San Edmundo: «Antes prefiero ser arrojado a una gran hoguera que cometer un solo pecado contra Dios», o como decía San Anselmo, arzobispo de Cantorbery: «Puesto en la alternativa de padecer todos los dolores corporales del infierno o cometer un pecado, antes que cometerlo me lanzaría al infierno».

El león infernal no cesa de rodearnos toda la vida para ver de devorarnos, por lo que San Pedro dice que para resistir a sus ataques hemos de armarnos con el pensamiento de la pasión. Santo Tomás decla-

ra que el solo pensamiento de la pasión es una gran defensa contra todas las tentaciones infernales. Y San Ambrosio, o el santo que fuere, escribe que «si el Señor hubiera conocido que para salvarnos hubiera habido mejor medio que el padecer, a buen seguro que nos lo hubiera dado a conocer con el ejemplo y con la palabra»; pero, al caminar delante de nosotros con la cruz auestas, demostró no haber medio más a propósito para alcanzar la salvación que sufrir con paciencia y resignación; y de esta manera quiso darnos ejemplo manifiesto en su propia persona.

Al contemplar los grandes tormentos que padeció Jesucristo, dice San Bernardo que se truecan en livianos los nuestros. Y en otro lugar añade: «¿Qué tribulación, por grande que sea, no ha de parecerte liviana cuanto te pones a contemplar todas las amarguras de tu Señor?» Santa Delfina preguntaba en cierta ocasión a su esposo, San Eleázaro, cómo podía llevar con tranquila paz tanto cúmulo de injurias como le dirigían, a lo que él respondía: «Cuando me veo injuriado, pienso en los insultos que dirigieron a mi Salvador crucificado, y no pierdo de vista este pensamiento hasta que logro recobrar la calma».

Las almas que se esfuerzan por agradar a Jesucristo, se complacen, dice San Bernardo, en abrazarse con los desprecios que reciben. ¿Quién rehusará aceptar alegremente los desprecios y ultrajes si considera los malos tratos que recibió Jesucristo al principio de su pasión, cuando en el palacio de Caifás le escupieron en su rostro y le dieron de puñadas, y otros le abofetearon, diciendo: «Profetizanos, Mesías, ¿quién es el que te dio?»

¿Por qué los mártires soportaban con tanta paciencia los tormentos de los verdugos? ¿Por ventura no eran de carne como nosotros, o eran insensibles al

dolor cuando los desgarraban con uñas de hierro o los quemaban sobre parrillas? No, responde Pedro de Blois, sino que esos mártires no se detenían entonces a considerar sus propias llagas, sino las del Redentor, y así se disminuían los dolores propios; cierto que los tormentos no cesaban de torturarlos, pero los despreciaban por amor de Jesucristo. No hay dolor, por violento que sea, continúa diciendo, que no se soporte de buen grado al contemplar a Jesús clavado en cruz.

Dice el Apóstol que en Cristo hemos sido enriquecidos en todo. Pero quiere el Señor que, para alcanzar las gracias que necesitamos, recurramos siempre a Dios con la oración, pidiéndole se digne oírnos por los méritos de su Hijo, y Jesús nos promete que el Padre, si así lo hiciéremos, nos dará cuanto le pidamos. Los mártires, en la acerbidad de sus dolores, acudían a Dios, y Dios les daba alientos para soportarlos. Al mártir San Teodoto, entre otras crueldades que con él cometieron, le aplicaron a sus frescas llagas pedazos de teja hechos ascua; como tan cruel martirio le causara indecibles dolores, pidió a Jesús fuerza para soportarlo, logrando las que necesitaba para ceñir a sus sienes la palma del martirio.

No perdamos, pues, el ánimo en presencia de los combates que habremos de sostener contra el mundo y el infierno; si acudimos siempre a Jesucristo con la oración, nos alcanzará toda suerte de bienes, la paciencia en los trabajos, la perseverancia y, finalmente, la buena muerte.

III. La pasión del Salvador nos da fuerza para soportar los combates de la agonía

Grandes son las luchas que se padecen en el punto del morir, y sólo Jesucristo puede darnos la constancia para sobrellevarlas paciente y meritoriamente. Grandes son, de modo especial, las tentaciones del infierno, que entonces se esfuerza por perdernos, viéndonos próximos a nuestro fin. Cuenta Reinaldo que San Eleázaro, en el momento de la muerte, sostuvo con los demonios horrorosa batalla, con todo y haber vivido tan santa vida, hasta el punto que luego decía: «Grandes son entonces las tentaciones del infierno, que pierden su violencia por la eficacia y merecimientos de la pasión de Jesucristo». Por eso anhelaba San Francisco que le leyeran, al morir, la pasión del Redentor, y por eso también San Carlos Borromeo, viéndose próximo a la muerte, ordenó que le pusieran alrededor varias imágenes de la pasión, a vista de las cuales quiso que expirara su bendita alma.

Escribe San Pablo que Jesucristo quiso morir *para destruir por medio de la muerte al que tenía el señorio de la muerte, esto es, al diablo, y libertar a todos aquellos que con el miedo de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a esclavitud*. Y añade: *Pues por cuanto El mismo fue probado con lo que padeció, puede socorrer a los que son probados*. Quiso, por ende, revestirse de todas las condiciones y pasiones de la humana naturaleza, excepción hecha del pecado, la ignorancia y la concupiscencia; mas ¿para qué? *Para ser compasivo*, es decir, para que, experimentando sobre sí nuestras miserias, sintiera mayor compasión de nosotros, ya que más se conocen las miserias experimentándolas que considerándolas, y así

sería más fácil en socorrernos cuando nos viese tentados en la vida, y en especial en la hora de la muerte. A esto alude la sentencia de San Agustín que dice: «Si en la hora de la muerte te sientes turbado, no por eso te creas reprobado ni te dejes arrastrar por la desesperación, ya que Cristo se turbó en presencia de la muerte».

En la hora de la muerte, el infierno pondrá en movimiento todas sus legiones para hacernos desconfiar de la misericordia divina, trayéndonos a la memoria todos los pecados de nuestra vida; pero la memoria de la muerte de Jesucristo nos animará a confiar en sus méritos y a no temer a la muerte. Comentando Santo Tomás el texto de San Pablo arriba citado, dice: «Cristo, con su muerte, nos quitó el temor de la muerte, porque, cuando considera el hombre que el Hijo de Dios quiso morir, tampoco teme él la muerte». Cuando consideramos que el Hijo de Dios quiso morir para alcanzarnos el perdón de los pecados, se desvanece el temor de morir y hasta se desea la muerte. La muerte es, para los incrédulos, motivo de grandes temores, pues la miran como el fin de todos los bienes de que disfrutaban; pero para nosotros la muerte de Jesucristo es firme seguridad de alcanzar la vida eterna, siempre que falezcamos en gracia de Dios. San Pablo nos da de ello firme seguridad, al decir que *quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todo lo entregó, ¿cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas las cosas?* Dice que *nos dará de gracia todas las cosas*, por lo que, dándonos a Jesucristo, nos otorga el perdón, la perseverancia final, su amor, una buena muerte, la vida eterna y todo bien.

Cuando el demonio pretenda turbarnos durante la vida y en la hora de la muerte recordándonos los pe-

cados de nuestra juventud, respondámosle con San Bernardo: «Lo que a mí me falta para entrar en el paraíso, lo tomo de los méritos de Jesucristo, que quiso padecer y morir cabalmente para conquistarme la gloria eterna, que yo no merecía». De mucho consuelo son para nosotros, pecadores, estas palabras del Apóstol: *Dios es quien justifica; ¿quién será el que condene?* Dios es quien perdona a los pecadores y los justifica con su gracia; pues bien, si Dios nos justifica, ¿quién nos podrá condenar como reos? *¿Quién será el que condene? Cristo Jesús, el que murió.* ¿Es que nos condenará Jesucristo, que para no condenarnos se entregó a sí mismo por nuestros pecados, a fin de arrancarnos de este siglo perverso?

El cargó con nuestros pecados y se ofreció a sí mismo a la muerte para librarnos de este mundo maligno y conducirnos con El a su reino, donde, como prosigue el Apóstol, ejerce todavía el oficio de abogado que intercede por nosotros ante el Padre. Santo Tomás explica la expresión *intercede por nosotros*, diciendo que, en el cielo, Jesucristo aboga por nuestra causa mostrando al Eterno Padre las llagas sufridas por nuestro amor. Y San Gregorio no duda en afirmar, cosa en que algunos ponen no pocos reparos, que el Redentor, precisamente en cuanto hombre, aun después de su muerte, ruega por la Iglesia militante, que se compone de todos los fieles. Y antes dijo lo propio San Gregorio Nacianceno y San Agustín, al afirmar que Jesucristo ruega por nosotros en el cielo no con el fin de impetrarnos nuevas gracias, puesto que mientras vivió en la tierra nos alcanzó cuantas debía lograr, sino que ruega en cuanto exige del Padre, por sus merecimientos, nuestra salvación, ya prometida y alcanzada. Y, si bien el Padre comunicó a Cristo todo su poder, este poder, en cuanto

hombre, sólo lo ejerce con dependencia de Dios. Por lo demás, la Iglesia no acostumbra a pedir a Cristo que interceda por nosotros, porque reconoce en El lo que tiene de más noble y de más digno, es decir, la divinidad, y por eso le suplica que, como Dios, le conceda lo que le pide.

IV. De la confianza que debemos tener en Jesucristo

Insistamos en la confianza que debemos tener en Jesucristo respecto a nuestra salvación. San Agustín prosigue animándonos cuando nos dice que el Señor, que nos libró de la muerte derramando toda su sangre, no quiere nuestra perdición, y que, si nuestros pecados nos separan de Dios y nos hacen acreedores a ser de El menospreciados, nuestro Salvador, por el contrario, no sabrá menospreciar el precio de la sangre por nosotros derramada. Sigamos, pues, confiadamente el consejo de San Pablo: *Por tanto..., corramos por medio de la paciencia la carrera que tenemos delante, fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz sin tener cuenta de la confusión. Dice corramos por medio de la paciencia*, porque de poco nos servirá haber comenzado bien si no seguimos combatiendo hasta el fin, y sólo alcanzaremos la victoria y la corona prometida al vencedor si perseveramos combatiendo con paciencia.

Esta paciencia nos servirá también de coraza que nos defenderá de los golpes de nuestros enemigos; mas ¿cómo la lograremos? *Fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús*, responde el Apóstol; si en la lucha miramos a Jesús crucificado,

como aconseja San Agustín, el cual despreció todos los bienes de la tierra para enseñarnos a despreciarlos y a no buscar en ellos nuestra felicidad; y, por el contrario quiso soportar todos los males del mundo para enseñarnos a sobrellevarlos con su ejemplo, sin temer las desgracias que nos pudieran acarrear. Por eso quiso sujetarse a todas nuestras miserias, a la pobreza, al hambre, a la sed, a las flaquezas, a las ignominias, a los dolores y hasta a la muerte de cruz.

Luego con su gloriosa resurrección quiso alentarnos a no temer la muerte, porque, si le somos fieles hasta exhalar el postrer suspiro, lograremos la vida eterna, que nos libra de todos los males y nos colma de toda suerte de bienes. Esto significan las palabras citadas del Apóstol, *iniciador y consumidor de la fe, Jesús*: porque, así como es el autor de la fe, enseñándonos lo que debemos creer y dándonos a la vez la gracia de creerlo, así también es el consumidor de la fe, prometiéndonos llevar un día a gozar de la vida eterna, que ahora nos enseña a creer. Y para que nos aseguremos del amor que nos profesa este nuestro Salvador y de la voluntad que tiene de salvarnos, añade San Pablo: *En vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz*. San Juan Crisóstomo explica estas palabras, diciendo que Jesucristo podía salvarnos viviendo en el mundo vida feliz y dichosa, pero, para asegurarnos más del afecto que nos profesa, eligió vida y muerte llenas de sinsabores, muriendo en una cruz, con fama de malhechor.

Almas amantes del Crucificado, esforcémonos por amar cuanto podamos a este nuestro amable Redentor y padecer por El, ya que tanto quiso padecer por nuestro amor, y no nos cansemos de pedirle que nos conceda el don de su santo amor. ¡Tanto más felices seríamos cuanto mayor fuera el amor que a Jesucris-

to profesáramos! El gran siervo de Dios venerable P. Vicente Carafa decía en cierta carta a unos jóvenes estudiosos y devotos: «Para reformar toda nuestra vida bastaría poner gran empeño en ejercitarnos en el amor divino; cuando éste entra en un corazón y se enseñorea de él, lo purifica de todo amor desordenado y lo torna de súbito obediente y puro». «Y el corazón se torna puro —dice San Agustín— cuando está vacío de todo afecto terreno». Y San Bernardo añade: «El que ama, ama y nada más desea»; queriendo con esto decir que quien ama a Dios nada más desea que amarlo y destierra del corazón todo lo que no sea Dios. De aquí resulta que el corazón vacío se llena luego, pero de Dios, que lleva consigo toda suerte de bienes. Entonces es cuando los bienes terrenos se retiran del corazón y no lo fuerzan, pues no hallan en él lugar apropiado. ¿Qué influencia pueden tener sobre nosotros los placeres de la tierra, si gozamos de las divinas consolaciones? ¿Qué imperio la ambición de los vanos honores y el deseo de las riquezas terrenas, si somos honrados con la amistad de Dios y comenzamos a poseer las riquezas del paraíso? Para conocer, por tanto, el progreso que hacemos en los caminos del Señor, examinemos nuestro progreso en su amor: si durante el día hacemos repetidos actos de amor, si hablamos frecuentemente del amor divino, si procuramos insinuarlo en los demás, si hacemos nuestras devociones únicamente para agradar al Señor, si sufrimos con resignación y alegría todo género de adversidades, enfermedades, dolores, pobreza, desprecios y persecuciones. Dicen los santos del alma que de veras ama a Dios que cada respiración debe ser un acto de amor, porque la vida del alma, tanto en el tiempo como en la eternidad, consiste en amar a Dios, nuestro sumo bien.

Y estemos persuadidos de que nunca llegaremos a un alto grado de amor divino si no es por medio de Jesucristo y si no tenemos especial devoción a su pasión, por medio de la cual nos ganó la divina gracia. Escribe el Apóstol: *Por El tenemos abierta la entrada... al Padre.* Para los pecadores estaría cerrado el camino que nos conduce al trono de la gracia si Jesucristo no nos hubiera abierto la puerta. El, en efecto, nos abre la puerta, El nos introduce al Padre y El, por los méritos de su pasión, nos obtiene del Padre el perdón de los pecados y cuantas gracias recibimos de Dios. ¡Desgraciados de nosotros si nouviésemos a Jesucristo! Y ¿quién podrá alabar bastante y agradecer el amor y la bondad que este buen Redentor tuvo con nosotros, pobres pecadores, cuando quiso morir para librarnos de la muerte eterna? *A duras penas—dice el Apóstol— morirá uno por un justo, pues por el bueno tal vez se anime a morir.* Apenas se halla quien quiera morir por un justo, pero Jesucristo, continúa San Pablo, *siendo todavía pecadores..., murió por nosotros.*

De aquí saca el Apóstol la conclusión de que, si estamos resueltos a amar a Jesucristo, debemos esperar de El todo favor y ayuda; y argumenta así: *Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados por Dios por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, seremos salvos en su vida.* Adviertan, pues, quienes aman a Jesucristo, que injurian al amor que nos profesa este nuestro buen Salvador si temen que les haya de negar las gracias necesarias para santificarse y salvarse. Y, a fin de que nuestros pecados no hagan flaquear nuestra confianza, añade San Pablo: *Mas no cual fue el delito, así también fué el don; pues si por el delito de uno solo los que eran muchos murieron, mucho más la gracia de Dios y la*

dádiva de la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se desbordó sobre los que eran muchos. Con lo que nos quiere dar a entender que el don de la gracia que nos ganó el Redentor con su pasión nos trae mayor bien que mal nos trajo el pecado de Adán, porque los méritos de Cristo tienen más poder para atraer sobre nosotros la gracia y amistad de Dios que el pecado de Adán tuvo para excitar la divina cólera. «Mayores ventajas —dice San León— hemos conseguido por la inefable gracia de Cristo, que habíamos perdido por la envidia del demonio».

Terminemos. Almas devotas, amemos a Jesucristo, amemos a ese Redentor, que tanto nos amó y tanto merece ser amado, pues para conquistar nuestro amor ya nada le queda que hacer; basta saber que por amor nuestro quiso morir consumido de dolores en una cruz; y, no contento de ello, quedó en el sacramento de la Eucaristía, donde nos da en alimento el mismo cuerpo que sacrificó por nosotros y nos da a beber su misma sangre, derramada por nosotros en su pasión. Incomprensible sería nuestra ingratitud si le ultrajásemos, pero tampoco sería pequeña si le amásemos con menguado amor y no le consagrásemos todo nuestro amor.

¡Ojalá me fuera dado, Jesús mío, sacrificarme por vos, como vos os sacrificasteis por mí! Ya que tanto me amasteis y obligasteis a amaros, ayudadme a corresponder a tanto afecto, porque sería un monstruo de ingratitud si no os consagrare todos los afectos de mi corazón. Vos me amasteis sin reserva, y a vuestro amor quiero corresponder con el mío. Todo lo dejo, a todo renuncio para entregarme completamente a vos y para no abrigar en el corazón más amor que el vuestro. Recibidme, Dios mío, por favor, sin hacer cuenta de los disgustos que en mi pasada vida os cau-

sé. Mirad que soy una de aquellas ovejuelas por las que derramasteis la sangre. «Rogámoste, Señor, que os acordéis de vuestros siervos, que con vuestra sangre redimisteis». Olvidaos, querido Salvador mío, de las ofensas que os causé. Castigadme como queráis, pero apartad tan sólo de mí el castigo de no poder amaros ya, y luego haced de mí lo que pluguiere. Privadme de todo, Jesús mío, pero no me privéis de vos, que sois mi único bien. Dadme a entender lo que de mí queréis, que, ayudado de vuestra gracia, estoy dispuesto a cumplirlo. Haced que de todo me olvide para acordarme sólo de vos y de las penas que por mí padecisteis. Haced que no piense más que en daros gusto y en amaros. ¡Ah!, miradme con aquel amor con que me mirasteis en el Calvario cuando por mí agonizabais en la cruz, y escuchad mis súplicas, que en vos cifro mis esperanzas.

Virgen Santa, Madre y esperanza mía, María, encomendadme a vuestro Hijo y alcanzadme la gracia de amarlo hasta la muerte.

EL VÍA CRUCIS

MERITO Y FRUTOS, HISTORIA E INDULGENCIAS DEL VIA CRUCIS

Vía crucis quiere decir *camino de la cruz*; y se recorre «en memoria de los pasos que dio nuestro redentor Jesucristo caminando al calvario».

Entre lo mucho y siempre bueno y provechoso que los santos y doctores de la Iglesia nos han dicho, sería difícil encontrar nada tan encarecido y recomendado como la memoria de la pasión de Cristo. De la roca del Calvario brota una fuente de vida, y en ella han purificado sus almas y han bebido el agua del amor santificante los cristianos de todos los siglos. «La cruz, dice el abate Bauthier, después de rescatar una vez a la humanidad toda, sigue siendo la salvación de cada hombre en particular».

Jesús lo ha querido así para que el solo recuerdo de su pasión sea ya un manantial de gracias.

TESTIMONIO DE LOS SANTOS

Con haber escuchado San Pablo, estando en éxtasis, palabras divinas, superiores a toda comprensión de hombre, no se gloriaba sino de saber y predicar a Jesucristo clavado en la cruz.

San Agustín pedía a Dios que le dejara leer en las

llagas de Cristo los dolores que por nosotros soportó y el infinito amor que tuvo para cada uno de los hombres.

Ni hallaba San Buenaventura remedio más conducente, en orden a mejorar la vida, lograr aumento de gracias y alcanzar la santidad, que la meditación cotidiana de los padecimientos de nuestro Redentor divino.

En fin, anota el padre Fáber, tan docto en cuestiones espirituales y tan conocedor de las vidas de los siervos de Dios, que «no hay ejemplo de santo alguno que haya estado durante toda su vida de tal manera absorto en alguno de los demás misterios de nuestro Señor que haya olvidado el misterio de la pasión, o no le haya colocado entre sus principales devociones».

ÁRBOL DE LA VIDA

Los doce frutos que vio San Juan, que dava en la celeste Jerusalén el árbol de la vida, es decir, una cosecha de frutos maduros para cada mes del año, los recogemos nosotros acá en la tierra del árbol de la cruz, regado por el agua y por la sangre del costado sacrosanto de Jesús; y vamos a verlo.

I. *Fruto de paciencia en los trabajos.* Jesucristo en su pasión es el maestro único del sufrimiento. Entera paciencia fue la suya; absoluta conformidad, omnímoda resignación, total entrega de sí mismo para el sacrificio. Contemplando a Jesucristo hallamos bien pronto que nuestra cruz y nuestras heridas son siempre suaves y ligeras, puestas en comparación con la cruz acerba y las llagas crueles del Salvador. Y si no hemos de querer hacernos sordos, aprenderemos lo

que nos dice San Francisco de Sales: que todas las llagas de Cristo son otras tantas bocas que nos predicán el modo como debemos sufrir por su amor.

II. *Fruto de arrepentimiento del pecado*; supuesto que este fue el motivo de haber padecido nuestro Salvador los tormentos atroces de la cruz y la muerte más amarga. Con razón pone el Santo P. Claret en la boca del alma arrepentida y que mira a Jesús crucificado, esta reflexión: «¿Podré pensar que mis culpas os han reducido a este estado y no llorar siempre el haberos ofendido?»

IV. *Fruto de confianza*; y confianza muy grande; porque sabemos cierto que si el Hijo amado, en quien el Padre tanto se ha complacido, se sacrificó a sí mismo por nuestro bien, ninguna otra cosa que haya de convenirnos para la salvación habrá de negarnos. «¡Oh, Señor de mi alma y bien mío, Jesucristo crucificado!, exclama Santa Teresa... ¿De dónde vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?» Todo, sí, absolutamente todo podemos esperarlo a los pies de Jesús crucificado. Muy bien escribía San Agustín: «Entre todos mis trabajos y tribulaciones no he hallado tan eficaz remedio como las llagas de Cristo; en ellas duermo seguro y descanso sin temor... Las llagas de Jesucristo están llenas de misericordia, de piedad, de dulzura y caridad».

V. *Fruto de agradecimiento*. Miremos a Cristo pendiente de la cruz y ponderemos que, a pesar de ser los hombres indignos de sus beneficios, por todos ellos sufrió tanto el Señor y soportó tales tormentos que ninguna criatura se hubiera atrevido ni siquiera a pensarlo. En una ocasión encontraron a San Francisco de Asís llorando sin consuelo, y como le preguntaron la causa, respondió: «Lloro porque veo a un Dios sufriendo y cubierto de oprobios; y lloro porque veo la

ingratitude de los hombres, que no le aman y le olvidan». Conviene tanto meditar en los misterios de la sagrada pasión de Jesús y agradecerlos, que el mismo Señor dijo a Santa Matilde: «El que muestra agradecimiento por los dolores que padecí en la cruz, me presta tan gran servicio como si hubiera derramado bálsamo en mis heridas».

VI. *Fruto de enmienda de la vida.* A la verdad no cabe en corazón creyente contemplar al Hijo de Dios, que padece y muere por librarnos de la condenación y darnos vida feliz y eterna, no cabe eso, y, a pesar de todo, seguir ofendiéndole con nuevos pecados. Tenían esto los santos muy sobre su alma, y el beato Juan de Avila escribía a un caballero: «No se puede echar, señor, más carga ni mayor sobre nuestros hombros, para hacernos llorar y aborrecer los pecados, que decirnos que padeció Cristo por ellos lo que padeció». Y de esta misma consideración de los padecimientos del Señor, decía el venerable padre maestro Fray Luis de Granada: «Es cierto que este santo ejercicio ayuda grandemente para encaminar un ánima en todo bien».

VII. *Fruto de fortaleza.* Todos los días necesitamos resistir a los enemigos de Dios y nuestros; pero nos animaremos y esforcizaremos a ello, considerando que nuestro Salvador los venció a todos y para siempre en la cruz. San Felipe Neri «fue objeto de fuertes tentaciones por parte del demonio. Satanás le perseguía hasta visiblemente; pero él le ahuyentaba sin hacer más que mostrarle su crucifijo». Todos los días nos es indispensable también sufrir, y la cruz es la que da fortaleza. «El noble almirante d'Urville, muerto en Tolón el 24 de marzo de 1879, en un exceso de gran dolor, enseñaba a un miembro de su familia el crucifijo, que llevaba constantemente consigo,

diciendo: «Quisiera que los que tienen la desdicha de no creer estuviesen aquí; les enseñaría que en este recurso hay una fortaleza que no da ningún otro de cuantos recursos pueda haber».

VIII. *Fruto de generosidad.* Nada infunde tantos alientos para ejecutar obras grandes y duraderas de virtud, nada como la inmensa bondad con que Jesucristo se ofreció por nosotros. No hay ninguna cosa, asegura San Buenaventura, que apresure tanto nuestros pasos en el camino del bien ni que nos haga llegar tan pronto al término de la santificación, como el considerar atentamente los padecimientos de Cristo.

IX. *Fruto de perseverancia;* porque Jesús no quiso descender de la cruz; la había llevado siempre sobre su corazón; resucitado, conserva sus llagas adorables y gloriosas a fin de enseñarnos que aceptemos la cruz, y nunca nos separemos y la llevemos hasta morir en ella, para reinar por ella con el mismo Cristo y con sus santos.

X. *Fruto de amor a la Virgen santísima;* porque la vemos acompañando a Jesús en sus penas, siguiendo los pasos de El por el camino del calvario, constituida corredentora del mundo y hecha madre de los hombres por la palabra de Cristo moribundo; entonces, felices de nosotros, no podemos menos de amarla. Largas horas pasaba San Gabriel de la Dolorosa abismado y como trasfigurado en la contemplación de los dolores de la Virgen. Cuando hablaba de ellos, porrumpía en llanto y hacía llorar a los que le escuchaban. En la pasión del Salvador y en los dolores del corazón de María cifró su santificación y, por cierto, la alcanzó en breve tiempo. Vivió con una tranquilidad dulcísima acerca de la salud eterna de su alma, y dio el último suspiro recreado por la presencia de la Virgen santísima, su madre muy querida. No perda-

mos este fruto preciosísimo, recogido al pie de la cruz, es decir, el afecto filial a la Virgen de los Dolores. Esta devoción es eminentemente santificadora, por cuanto inspira un amor tierno y generoso hacia nuestra madre celestial. Cuando tal sentimiento es sincero, nos comunica tranquilidad en los trabajos, y hasta llega a poner una especie de dulzura íntima y consoladora en los sacrificios soportados a la sombra del manto de nuestra Madre Dolorosa.

XI. *Fruto de caridad para con los prójimos.* A procurar hacerles bien y a mirar, sobre todo, por que consigan la gloria, nos despierta el considerar que Jesucristo los ha redimido, nada menos, que a costa de toda su sangre. Escuchemos muchas veces a Jesús crucificado, que pide perdón a su Padre en favor de los pecadores; que no tarda en abrir las puertas del paraíso a un corazón creyente y arrepentido; y que, además, significa por medio de aquella ardiente palabra suya en la cruz: «Sed tengo», el ansia amorosísima de su corazón en cuanto a que todos los hijos de Adán se aprovechen de su pasión y muerte. Con caridad tan grande y verdadera desea Jesucristo que amemos a nuestros prójimos.

XII. *Fruto de amor divino;* el cual fruto contiene en sí los labores de todos los demás frutos; porque el amor de Dios encierra todo lo bueno que existe en el cielo y en la tierra. No hay ojos cristianos que, fijándose en el Señor, clavado en la cruz, no acaben por llenarse de lágrimas; lágrimas que son fiel testimonio del encendido afecto que produce en los corazones la vista de Jesús crucificado. Refiere San Alfonso María de Liguorio, que «un solitario muy devoto pedía a Dios le enseñase qué era lo que debía hacer para amarle perfectamente; y el Señor le manifestó que para llegar a ese grado de perfección no debía practi-

car otro ejercicio que meditar con frecuencia, su pasión». Sabíalo por experiencia San Bernardo, el cual al recordar los padecimientos de Jesús, decía arrebatado de amor: «Esto es lo que acaba de ganarme, esto es lo que atrae mi amor con más dulzura, le exige con mayor justicia, le estrecha con lazos más fuertes y le abraza con más ardor y vehemencia». «Alma mía, exclama el Santo padre Claret, levanta los ojos y mira a Jesús crucificado. Mira el Cordero divino sacrificado ya sobre aquel altar de dolores, es el Hijo muy amado del eterno Padre, que ha muerto por el amor que te tenía. Repara como tiene los brazos extendidos para acogerte, la cabeza inclinada para darte ósculo de paz, el costado abierto para admitirte en su corazón... ¡Oh, amor del alma mía...! ¿Cómo podré veros muerto y pendiente de ese madero y no amaros con todas mis fuerzas?»

El buen cristiano jamás se cansa de recoger estos frutos tan abundantes, ricos y substanciosos para el alma. Por ser ellos nacidos del árbol duro y áspero de la cruz, tal vez al principio se presenten con algo de amargura; después, empero, y a medida que se van gustando, «aumentan las fuerzas, purifican la sangre y refrescan las fuentes de la vida.

PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Y si de la pasión de Jesucristo conviene, en general, dejar asentado y en firme lo que acabamos de insinuar, no hay duda que la realidad se muestra más viva desde que todo eso lo referimos al ejercicio del vía crucis. El mero hecho de ir recorriendo las estaciones o de tener, por lo menos, consigo el crucifijo mientras se reza, concentra mucho la atención y

alumbra el pensamiento por una cierta realidad que percibimos y que se hace sentir mejor que nunca la compañía que hacemos al buen Jesús y la participación que tomamos en sus penas a lo largo del camino del Calvario; de donde resulta obvio suponer que los afectos se despiertan y se levantan más entendidos, y la voluntad se determina a ejecutar obras dignas de cristiano con mayor eficacia y garantías de verdad y solidez.

CONFIRMACION HISTORICA

Señálase el vía crucis como nota inequívoca de la piedad en los pueblos. Donde quiera que la religión católica se ha cultivado ordenada y seriamente, ha surgido la devoción del vía crucis, como la flor de la pasionaria en su propio clima. Por citar aquí un ejemplo menos conocido, del país holandés, recuerda monseñor Tilhamer Tolth, que es allí una de las prácticas más frecuentes; los sábados, añade, son «muchísimos los fieles» que recorren las estaciones, poseídos de visible recogimiento y luego de haberse confesado.

Fuera del recinto de las iglesias, la fe ha encontrado sabroso pábulo en los llamados «calvarios», o sea, «crucifijos y capillas puestas sobre un otero o un cerro, o una elevación del terreno artificial, cerca de una población, adonde acuden los fieles cristianos... a contemplar los pasos de la pasión, cuyas imágenes se ofrecen en dichas capillas. De ordinario, los crucifijos son en número de tres, alusivos a Jesús y al *bueno y mal ladrón*. Desde la población a dicho lugar (vía crucis) se hallan distribuidas también cruces o capillitas con representación de los misterios de la

pasión. Son de ordinario en número de catorce, y se las conoce por el nombre de *estaciones*».

Es conveniente y grato para el espíritu el recorrerlas, meditando de camino las penas de Jesús. «San Francisco de Asís quiso saber el medio más eficaz para salvar el alma y rogaba fervientemente a Dios que le diera a conocer ese medio. Al instante oyó una voz que le decía: “Abre el misal y lee”. El santo abrió el misal y su mirada se detuvo en las palabras: “Passio Domini nostri Jesu Christi” (la pasión de Nuestro Señor Jesucristo). Abrió el misal por segunda y tercera vez, y siempre se encontraba con las mismas palabras. Desde aquel momento, hacía el santo con frecuencia el vía crucis, y nunca cesaba de meditar en la pasión y muerte de Jesucristo».

ENTRE NOSOTROS

Ha conservado la historia conmovedores ejemplos de devoción al vía crucis. Desde tiempo inmemorial se acostumbraba en ciertos días señalados, como los de la Semana Santa, recorrer las estaciones y, a la vez, practicar extraordinarias penitencias, como de azotes y cadenas, o sostener los brazos el mayor tiempo extendidos en cruz. Asimismo, cuando llega el trance de rogar por apremiantes necesidades de la Iglesia y de la Patria, se celebra un vía crucis que dura sobre dos horas, y las personas que concurren cargan, en tanto, encima de los hombros pesadas cruces de madera.

El historiador y jurisconsulto Juan Pablo Restrepo, en su vida «integérrima y santa, hacía todos los días el ejercicio del vía crucis». Carlos E. Restrepo, presidente de Colombia y hombre de una «conciencia

cia siempre alerta, vigilante y sometida rigurosamente a la ley de Dios», acostumbraba todos los días, antes de penetrar en su despacho para emprender el trabajo, hacer el vía crucis. Contábase también esta admirable devoción entre las preferidas del cristianísimo presidente colombiano Marco Fidel Suárez; cuando le era factible tomaba para ella las horas de la tarde, en la dulce penumbra en el silencio íntimo de la recoleta de Sant Diego; y puso su pluma de oro en la composición de unas devotas plegarias para ir recitando en el decurso de las estaciones. Tarea que de igual modo había hecho suya el poeta de «numen poderoso y fuerte», cantor de la Patria, José Joaquín Ortiz.

INDULGENCIAS

A las ventajas y a los ejemplos antedichos urge añadir el lucro de las indulgencias concedidas por la Iglesia al vía crucis. Indulgencia plenaria por cada vez que se practique. Si el mismo día se comulga, otra indulgencia plenaria. Si por causa justa no se completa el recorrido de las estaciones, gánanse diez años de indulgencia por cada una de las estaciones que se alcanzaron a recorrer.

Cuando por viaje, por enfermedad, por estancia en lugares apartados, o por cualquier impedimento que justifique el no salir de casa, se hace moralmente impracticable el vía crucis, de la manera acostumbrada, se ganan las indulgencias rezando, devotamente y con el corazón contrito, catorce padrenuestros, avemarías y glorias, correspondientes a las catorce estaciones; cinco más, a las cinco llagas de Jesús; y otro, a intención del Sumo Pontífice. Requiere al mismo

tiempo tener en la mano un crucifijo especialmente bendecido para esos casos; pero, si algún razonable motivo impide el que se mantenga así el crucifijo, basta llevarlo consigo de cualquier modo; por ejemplo, pendiente del pecho, guardado en el bolsillo, puesto sobre las rodillas. Dado que se haga el ejercicio entre varias personas, basta un solo crucifijo.

Los enfermos que no pueden practicar el vía crucis en ninguna de las formas dichas, logran las indulgencias mirando o besando el crucifijo con ánimo devoto y arrepentido y diciendo alguna breve plegaria alusiva a la pasión y muerte del Señor; así, por ejemplo: «Adorámosle, Cristo, y bendecímoste, porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo»; que si ni eso pueden rezar, les bastaría que solamente mirasen y besasen el predicho crucifijo. Tan grande es la compasión y generosidad de nuestra santa madre la Iglesia. Y con gusto lo consignamos, ya que este vía crucis que hoy ofrecemos sale particularmente dedicado a las almas que sufren, y no son entre ellas las menos numerosas aquellas a quienes la enfermedad ha visitado.

Añadiremos, a propósito de indulgencias, que la bienaventurada Catalina Emmerich tenía frecuentes revelaciones, y declara ella que muchas veces se le aparecían almas del purgatorio rogándole que hiciera, para aliviarlas, el vía crucis. Practiquémoslo nosotros también frecuentemente, ya en sufragio de los queridos difuntos, ya por nuestras propias necesidades.

«MURIO POR MI»

Al concluir el vía crucis, llevémonos impresa en la memoria esta expresión tan breve como de alto significado: «Murió por mí». Y terminamos con el bello episodio que recuerda el meritísimo profesor y escritor Francisco Spirago:

«En el cementerio militar de Nashville, en América del Norte, vio un señor a un extranjero que con lágrimas en los ojos estaba plantando flores alrededor de una tumba. Movido por la curiosidad se acercó a él y le preguntó: “¿Acaso tiene usted aquí algún pariente enterrado?” El extranjero respondió: “No, señor, aquí descansa un buen amigo mío”. Al estallar la guerra civil de 1981, me encontraba en Illinois, y fui llamado a servir. Triste, me despedí de mi esposa y de mis hijos. Mi ansiedad por la familia era grande, pues éramos pobres y no teníamos a nadie que se interesara por nosotros. En el último momento vino éste, mi buen amigo, que aquí descansa, y me dijo: “Tu tienes una familia numerosa que se verá reducida a la miseria si le falta tu sostén. Yo, en cambio, no tengo a nadie de quien cuidar, por eso vengo a ofrecerme como tu sustituto”. Mi amigo me sustituyó, en efecto. En la batalla de Chickmanga fue gravemente herido y poco después murió, entre acerbísimos dolores, en el hospital de Nashville. Yo no pude descansar hasta que he venido aquí a visitar su sepulcro y adornarlo con flores. Desde hace algún tiempo, he estado ahorrando todo el dinero necesario para el viaje.» Entonces el extranjero tomó una tabla en la cual había esta inscripción: «Murió por mí», y la puso sobre la tumba.

Tú también, amado cristiano, tienes un buen amigo que ha dado la vida por tí; ese amigo es Jesucristo,

que por ti murió en la cruz. Tú, en agradecimiento, deberías ir en peregrinación a Jerusalén, al Calvario, al sepulcro del Salvador, a derramar allí tus «lágrimas de gratitud». Más hoy por hoy; para ti es eso materialmente imposible; podrás, no obstante, realizarlo en sentido espiritual, mediante la devoción del vía crucis.

El apóstol San Pablo escribía a los fieles de Galacia, rebotando amor, dulzura y confianza, y con una ponderación que nosotros no acertaríamos a medir: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo hasta morir por mí». Y la verdad es que cada uno puede, en rigor, apropiarse y decir para sí estas palabras infinitamente consoladoras: Jesucristo me amó y se entregó a la muerte por mí.

PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Ofrecimiento

¡Soberano Señor y Dios mío!, yo consagro a vuestra divina Majestad lo que en este santo ejercicio, caminando tras las sangrientas huellas de mi Redentor Jesús, rezare y meditare. Todo lo ofrezco por la intención, fines y motivos que tuvieron los sumos pontífices al conceder las indulgencias que pretendo y esperero ganar; y asimismo por la remisión de mis pecados y de las penas merecidas por ellos; y por el descanso de las benditas almas del purgatorio, según el orden de caridad y justicia, o como sea más del agrado de vuestra Majestad.

Finalmente, Señor, deseo rogaros por la exaltación

de la fe católica, por la paz y concordia entre las naciones cristianas, por la extirpación de las herejías, por la conversión de los infieles y pecadores, por el remedio de todas mis necesidades y el socorro de mis allegados; y para que deis consuelo a los que en esta hora sufren angustias, enfermedades, tentaciones o cualquiera clase de pena y trabajo; hacedlos participantes a todos, Dios mío, del alivio de la paciencia, del gozo de la conformidad y de la corona de los merecimientos y de la gloria.

¡Oh, María, madre afligidísima, que con el corazón herido con espada de dolor, fuiste acompañando a tu divino Hijo en el camino del Calvario y estuviste de pie junto a la cruz!, dignate permitir que yo también te acompañe y siga los pasos de Jesús en este piadoso ejercicio del vía crucis, y llena ahora, a mi alma arrepentida, de los mismos sentimientos que penetraron tu espíritu y le hicieron semejante al Corazón santísimo de Jesús en la tarde del viernes santo. Amén.

Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos; porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

(Tres años de indulgencia).

Alabada sea la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su santísima Madre. Amén.

Madre llena de aflixión
de Jesucristo las llagas
grabad en mi corazón.

PRIMERA ESTACION

Jesús es sentenciado a muerte



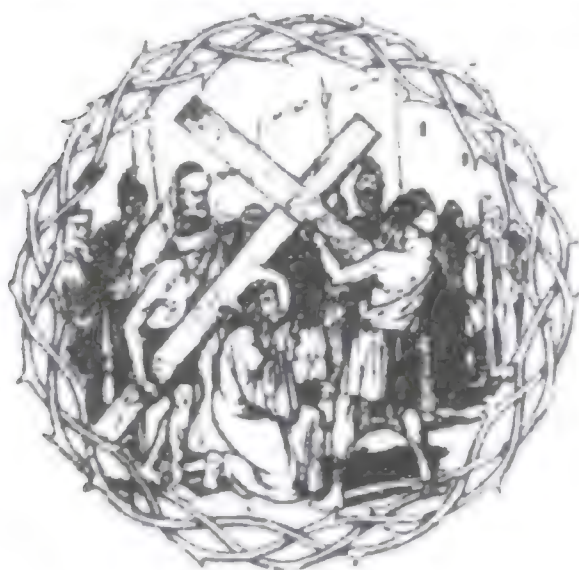
*Sellados los labios,
la frente rendida,
espera maniatado el Juez eterno
ante el juez de un día.*

*Pudiera anonadarle, —y mudo escuha
la sentencia inicua.*

¡Oh, Jesús pacientísimo!, os adoro por la conformidad con que oísteis aquella sentencia, que tan injustamente os condenaba a morir en cruz. La turba seducida clamaba contra vos, y Pilatos, por miedo y por interés, cedía ante la iniquidad de vuestros enemigos... Vos, empero, Salvador mío, en el fondo de vuestro corazón escuchábais la voz de vuestro Padre celestial, y conocíais que su voluntad era el que aceptaseis la muerte para salvarnos a todos. La voluntad del Padre era la vuestra, y debe ser también la mía. ¡Oh, Jesús!, en unión vuestra deseo conformarme con todo lo que el Padre tenga dispuesto sobre mí. Quiero sufrir con vos, Redentor mío, en prueba de que os amo y en expiación de los pecados con que hasta hoy os he ofendido.

SEGUNDA ESTACION

Jesús es cargado con la cruz



*¡La cruz! La ve venir... sabe que en ella
ha de rendir el alma...
mas al sayón que se la muestra, mira
con suavidad divinamente mansa.*

¡Divino Redentor!, por mucho que a mi flaqueza humana duela, llega la hora de sentir sobre mis hombros el peso de la cruz del sufrimiento. Con qué voluntad tan generosa, con qué paciencia tan dulce, con qué resolución y gozo de vuestro corazón, recibísteis, ¡oh, Jesús mío!, la cruz, que os presentaban los sayones; la tomásteis entre vuestros brazos y la cargásteis sobre vuestros hombros doloridos. Desde entonces tenemos todos que ir siguiendo vuestros pasos, cargado cada uno con su cruz. ¡Oh, Salvador mío!, la cruz que ahora padezco, vos me la dais: ¿cómo no he de padecer con alegría, si vuestra sangre derramada en la pasión ha ungido y suavizado la cruz que en este día me ofrecéis?

TERCERA ESTACION

Jesús cae la primera vez



*A los pocos pasos
se desploma en tierra...
Han cedido al peso
las rodillas trémulas...*

Jesús dulcísimo!, no he de ocultaros lo difícil que se me hace llevar esta cruz que siento sobre mí. Mi alma desea seguiros por el camino del Calvario. Pero el corazón y la carne desfallecen. Vos caísteis bajo el peso del santo madero y sufrísteis aquel tormento, para merecerme nuevas gracias, con las cuales mi espíritu se reanime y no quede yo rendido debajo del peso de mis padecimientos. ¡Sostenedme, oh Jesús; y si decae mi paciencia en el sufrir, dadme la mano, para que presto y con alegre resignación me levante! ¡No me desamparéis, oh Jesús, caído por mí amor; en vos pongo desde ahora mi esperanza!

CUARTA ESTACION

Jesús encuentra a su Madre en la calle de la amargura



*Más cómo no buscarle si era su madre...
El no dijo palabra.
Frente a frente se hallaron de improviso.
Y ella sólo: ¡Hijo mío!*

¡Eternamente alabada sea, Jesús mío, la providencia de vuestro Padre celestial, que tan pronto en el duro camino del Calvario, dispuso que saliera a vuestro encuentro y os acompañara hasta el fin vuestra dulcísima Madre! Ella os contempló agobiado de trabajos; vos la mirásteis a ella transida de aflicción; y si para vos fue un consuelo indecible el ver aquella fidelidad de su amor, que nunca os abandonaba; también fue para vuestra Madre el más grande alivio padecer a vuestro lado.

¡Oh, Madre dolorísima, constituida desde entonces consoladora de los afligidos!, venid a encontrarme en mi calle de amargura. Si vos estáis cerca de mí, estos trabajos que voy pasando ya no serán para mi cansado corazón calle de amargura, sino de esperanza y de consuelo.

QUINTA ESTACION

El Cireneo lleva la cruz de Jesús



*En el cielo los ángeles se miran
y le envidian su suerte
¡Oh, si supieran el don de Dios...! De súbito
la luz brilla, y comprende
... cuando sobre él se fijan
unos divinos ojos que agradecen.*

¿Cuándo me convenceré, Salvador mío amantísimo, de que es a mí a quien me corresponde cargar con la cruz, y no a vos?... ¡Señor!, soy pecador; tened piedad de mí. Perdonadme mis faltas de paciencia y de conformidad y mis pecados de soberbia y rebeldía. Tal vez el Cireneo, al primer impulso, se resistió a tomar vuestra cruz; no obstante, luego se sometió y fue dichoso. La cruz que a mí me dais y que, sin duda, encuentro dolorosa, purificará mi alma de muchas culpas, abreviará más tarde el tiempo que me espera de purgatorio y me granjeará inestimables méritos para la gloria. ¡Oh, Dios mío y Salvador mío!, ya no me negaré a tomar sobre mis hombros vuestra cruz; sólo os pido que me permitáis caminar con ella siguiendo vuestros pasos, como el Cireneo, por todo el tiempo que vuestra providencia se dignare disponer.

SEXTA ESTACION

Jesús imprime su rostro en el velo de la Verónica



*En la blanca tersura de su velo
le ha dado El su rostro,
su rostro divino,
abiertos los ojos.*

¡Oh, Jesús mío!, cuán a la letra se cumple aquí lo que había predicho vuestro profeta: «No hay en él hermosura... le vimos despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos» ... Así os miró la piadosa Verónica y, movida de compasión, se llevó a enjugaros el rostro con un lienzo. ¡Dichosa ella que en aquel mismo lienzo se llevó impresa vuestra imagen adorable! ¡Cuántos beneficios obtendría desde entonces y cuán fijo conservaría en su alma el recuerdo de vuestra presencia! Para mí, si soy cristiano, la dicha celestial, el sumo honor, han de consistir en copiar en mi vida vuestra imagen; y, pues, sois «varón de dolores y que sabe de trabajos», cuando con penas afligís mi alma y con dolencias hacéis que padezca mi cuerpo, entonces labráis en mí vuestra semejanza.

SEPTIMA ESTACION

Jesús cae segunda vez bajo la cruz



*Mientras te contemplan
mis pupilas mudas,
de lágrimas se llenan que son tuyas;
...las que tú vertías,
suprema angustia,
al dar esas caídas por mis culpas...*

¡Ya lo veis, Jesús mío; mi paciencia es muy corta y se me acaba a poco de sufrir; la conformidad de mi espíritu es escasa para soportar las pruebas; casi ninguna la fortaleza de mi corazón, y pronto caigo en tristezas y desaliento! Salvador divino, cuánto confunde mi flaqueza el amor con que quisísteis padecer las angustias y la humillación de la segunda caída. Vos sois la fortaleza del Padre, el soberano del universo, el dueño de la vida y de la muerte; y sin embargo, os veo caído de nuevo en tierra, a fin de librarme de sucumbir en la eterna perdición. Fortalecedme, Redentor amabilísimo, ahora más que nunca, para no caer en presencia de los enemigos que buscan la ruina de mi alma. Si vos no me ayudáis desfalleceré.

OCTAVA ESTACION

Jesús instruye a las mujeres de Jerusalén



*Las vio. Sus mudos labios
al paso se abrieron:
«No por mí —murmuraban— por vosotras
llorad, llorad y por los hijos vuestros...!»*

A pesar de que los tormentos, ¡oh, Jesús mío!, crecían sobre vos y la fatiga de vuestro pecho era más grande, os olvidasteis de vuestras penas, para enseñar a las mujeres de Jerusalén, que os seguían llorando, cuál debía ser el motivo principal de sus lágrimas... «No lloréis sobre mí, antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos». Me aflijo yo y me preocupo demasiado por las calamidades temporales, por una enfermedad, por las contrariedades que recibo de los hombres... Jesús mío y maestro mío: si en esta hora de amargura en que estoy, las lágrimas acuden a mis ojos, deseo ofrecéros las por mis pecados. Que no sea yo árbol seco sin frutos dignos de penitencia, destinado al fuego del infierno; antes bien, que, participando ahora de la vida del árbol de la cruz, merezca después el refrigerio y el descanso de la gloria.

NOVENA ESTACION

Cae Jesús por tercera vez



*Tercera vez bajo la cruz... El alma
parece que ya rinde.
En sus labios exangües el aliento
se ahoga y gime.*

¡Jesús mío, quisiera besar la tierra en que vos caísteis y quedó consagrada por vuestras huellas, sudor y sangre! ¿Qué significan, Salvador dulcísimo, estas reiteradas y angustiosas caídas? ¡Ah!, lo sé si me pregunto por qué caigo yo tantas veces en las mismas culpas. Habré entonces de responder que por costumbres estragadas, por pasiones que han logrado echar raíces en mi corazón, y por hábitos viciosos, que fácilmente me inclinan a los mismos desórdenes. Al veros, Jesús mío en tierra por tercera vez, con tan grande abatimiento e ignominia; comprendo mi malicia en no esforzarme por corregir y santificar tantas acciones mías desordenadas. ¡Jesús amantísimo, al veros caído por tercera vez, os prometo trabajar de veras en adelante para mejorar mi vida y aprovechar cristianamente el tiempo que todavía me permitáis llevar a la cruz en este mundo!

DECIMA ESTACION

**Despojan a Jesús de sus vestiduras y le dan a beber
vino mezclado con mirra**



*¡Oh, carne virginal, la que aparece
a la luz desnuda...
desnuda, dolorida y desangrada,
ruborosa y pura!*

Aquí habéis llegado, Salvador amantísimo, al lugar de vuestro sacrificio. Víctima de redención por los pecados de los hombres, antes de subir al altar de la cruz, sois despojado de vuestros vestidos y se os da a beber un vino mezclado con mirra amarguísima. En lo cual me enseñáis que yo debo también ofrecerme en sacrificio de amor para con vos. Por el despojo que padecísteis en vuestro cuerpo sacrosanto y por la amargura horrible que experimentásteis en vuestros labios, siempre dulcísimos para perdonar, enseñar y consolar, haced, ¡oh, Jesús mío!, que no tenga yo otro deseo que el de sufrir por vos y amaros a vos solo sobre todas las cosas de este mundo.

UNDECIMA ESTACION

Jesús es clavado en la cruz



*Tiende la mano que el sayón le pide,
la da para los clavos...
...Seco y brutal, estalla en el silencio
el primer martillazo.*

¡Oh, Redentor mío!, incapaz me confieso de comprender el excesivo tormento que padecistéis al ser clavado en el duro madero de la cruz. Clavos inclementes traspasan de parte a parte vuestras manos y pies. Quedáis inmóvil, rígido y transido de dolor en todo vuestro cuerpo adorable; y cuatro arroyos de sangre brotan de las aberturas hechas por los clavos. No hay dolor como vuestro dolor ni amor como vuestro amor en la cruz. ¿No deberé tener por cierto que son ligeros todos mis sufrimientos en comparación de los vuestros? Grandes o pequeños, largos o pasajeros, mezclados de consuelo o puramente amargos, los dolores de mi alma y los de mi cuerpo, ¡Oh Jesús mío!, los uno a los tormentos que sufristéis al ser crucificado. Miembro soy de vuestro cuerpo místico; quiero sufrir con vos y ofrecer al Padre mi sacrificio de vuestros clavos y de vuestra sangre.

DUODECIMA ESTACION

Jesús muere en la cruz



*¡Hasta el fin nos amaste... que a tus plantas
la humanidad se postre,
y a ti, Dios nuestro, hoy vivo por los siglos,
cante su eterna gratitud y adore!*

Adoremos el supremo holocausto de Jesús. El sol se había eclipsado; la Virgen, el discípulo predilecto, San Juan, la Magdalena penitente y algunas piadosas mujeres, se habían acercado lo más posible a la cruz. Grande silencio reinaba en el Calvario. Jesucristo, pontífice eterno y víctima a un mismo tiempo, había ido pronunciando las últimas palabras de su testamento, cuando a la postre exclamó con voz sonora: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Acojedme, Dios mío y Padre mío, pues ahora si creo firmemente que una vida de sacrificio en unión con Jesucristo hasta la muerte, es para mi alma la prenda más consoladora de un descanso y gozo eterno.

DECIMATERCIA ESTACION

Jesús es desclavado de la cruz y puesto en los brazos de su Madre



*Pasada la tormenta arriba al puerto
la rota nave.
El puerto son tus brazos, dolorosa
divina Madre.*

¡Oh, Virgen Santísima, Madre de los dolores!, esta es la hora en que se cumple con más aguda acerbidad la palabra que os había dicho el anciano Simeón: «Y una espada traspasará tu propia alma». Vuestro dolor es incomprensible, porque ni hombre ni ángel han podido medir el amor de vuestro corazón de madre para con Jesús. Y ahora lo tenéis difunto entre los brazos, y contempláis su cuerpo ensangrentado, sus manos y sus pies cruelmente heridos por los clavos, y el pecho abierto y hasta el corazón traspasado por el golpe inclemente de la lanza. ¡Oh, Madre de los dolores y Madre mía: permitidme que lllore a vuestros pies mis pecados. Reconciliadme con vuestro Hijo que ha muerto por mí. No permitáis que vuelva yo a crucificarle con mis culpas. Dadme una vida santa en mis dolores y ayudándome a sufrir con amor.

DECIMACUARTA ESTACION

Jesús es colocado en el sepulcro



*Manos amigas aromadas de áloe
pías le ungieron, y la Madre puso
en la lívida frente
el largo beso del adiós, el último.*

Ungido el cuerpo santísimo con aromas y envuelto en lienzos, fue conducido al sepulcro y en él piadosamente colocado. La Iglesia nos recuerda en el oficio de la sepultura de Jesús aquellas palabras del profeta: «En paz dormiré...» y reposaré; porque tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza. Concededme, ¡oh, Jesús mío!, por vuestra muerte, dormir en paz y descansar junto a vos. Divino salvador, os adoro en vuestro santo sepulcro. Benditos sean para siempre los dolores de vuestra pasión; y bendita la misericordia con que me hacéis ahora participante de estos mismos santísimos dolores. Yo sé que algún día «dormiré en paz y reposaré, porque vos, ¡oh, Señor!, singularmente me habéis afirmado en la esperanza».

ORACION

¡Oh Dios, que quisisteis santificar el estandarte de la cruz salvadora con la sangre preciosa de tu unigénito Hijo!; te rogamos nos concedas que los que se honran con la misma santa cruz, gocen siempre y en todas partes de tu protección. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

Cinco años de indulgencia. Plenaria al mes, con las acostumbradas condiciones si se ha rezado todos los días devotamente.

INDICE

Prólogo	6
Introducción	12
Capítulo I. Reflexiones sobre la pasión de Jesucristo en general	15
II. De los trabajos particulares que padeció Jesucristo en su pasión	27
III. Reflexiones sobre la flagelación, la coronación de espinas y la crucifixión de Jesucristo	42
IV. Reflexiones sobre los improperios dirigidos a Jesucristo mientras estaba en la cruz	55
V. Reflexiones sobre las siete palabras de Jesucristo en la cruz	62
VI. Reflexiones sobre la muerte de Jesucristo y la nuestra	82
VII. Reflexiones sobre los prodigios acontecidos en la muerte de Jesucristo	89
VIII. Del amor que nos manifestó Jesucristo en su pasión	102
IX. Del agradecimiento que debemos a Jesucristo por su pasión	110
X. Que debemos poner toda nuestra esperanza en los méritos de Jesucristo	117
XI. Que, a invitación de Jesucristo, debemos ejercitarnos en la paciencia para conseguir la salvación eterna	144
El Vía Crucis	163